

JAIME EYZAGUIRRE

EN SU TIEMPO



ÁLVARO
GÓNGORA

ALEXANDRINE
DE LA TAILLE

GONZALO
VIAL



Universidad
Finis Terrae



CAPÍTULO TERCERO



MADUREZ Y APOGEO DE JAIME EYZAGUIRRE (1945-1965)

Un nuevo elemento habrá de afianzar, estabilizar en Jaime Eyzaguirre los rasgos que preceden: su matrimonio y vida familiar. Físicamente, también se ha fijado la imagen adulta de Eyzaguirre. De mediana estatura, flaco, pálido, casi completamente calvo, de perfil marcado por la gran nariz aguileña... ¿vascongada? ¿hebraica?, ojos algo hundidos, a veces semicerrados, a veces abiertos y penetrantes —pero siempre expresivos— y finas manos de aristócrata, que en su lenguaje propio van subrayando lo que habla el maestro con una voz plena pero no muy fuerte, natural, sin engolamientos ni efectismos. Gestos de nerviosidad reprimida, y un «tic que le es característico... aflojar un poco el nudo de la corbata, como si lo ayudara a enunciar mejor su idea» —dice Gandolfo.

Y añade: «Ni joven ni viejo, siempre igual a sí mismo... el rostro de un monje de Zurbarán, con una chispa de malicia... que se prolonga a menudo en una carcajada trepidante, levemente nasal. Cuando ello ocurre, muy pronto una súbita seriedad, hecha del fruncimiento del ceño y de la contracción de los párpados, le confiere un ademán señorial y corrige esa momentánea concesión».

«Señorial» describe acertadamente al Jaime Eyzaguirre exterior, hasta el punto que algunos lo encuentran despectivo, prepotente en su desplante oligárquico, originando así odios y resentimientos de clase (escasos, por fortuna) que nadie ni nada logrará después desarraigar. Pero serán injustos para Eyzaguirre, que no puede esconder su apariencia aristocrática, pero tampoco cree que su sangre le confiera privilegios ni superioridades de ninguna especie.

La risa de Eyzaguirre, evocada por Gandolfo, se fijará igualmente en el recuerdo de otros que le conocieron... «(parte de la) magia de su conversación... aquella risa suya, crepitante, restallante, que al interrumpir de vez en vez la ilación de palabras e ideas, acuciaba más el interés...».

Don Jaime conferencista será asimismo una imagen —auditiva y visual— inolvidable. Aquí Fernando Silva:

«De pronto el conferenciante irrumpe por el pasillo, ágil y saludando

efusivamente a amigos y discípulos que se interponen a su paso. Dos palabras rápidas a éste, una broma a aquél. Terno gris, impecable camisa de cuello duro, rostro pálido, ojos vivísimos y alegres, cabeza alargada donde comienza a encanecer la muy escasa cabellera. Héle ya en el estrado. Algún rictus, un mecánico acomodarse la corbata y comienza la charla con rostro serio y voz débil y mal timbrada. De pronto no sabemos cómo nos sentimos subyugados ante la transformación que se está operando a nuestros propios ojos. La palabra, vacilante en un principio, se hace cada vez más intensa y rápida. Incisivo, irónico, a veces con un dejo de sarcasmo, Jaime Eyzaguirre irá desmenuzando el tema con entusiasmo, con pasión. Durante hora y media seremos testigos de un verdadero milagro de brillo, de agudeza, de inteligencia arrolladora...»¹.



EL MUNDO Y CHILE

Fueron años cruciales los que ahora recorreremos en la huella de Jaime Eyzaguirre.

La posguerra del 45, como la del 18, significó que numerosos avances técnicos de origen bélico se adaptaran a objetivos pacíficos, desencadenando procesos económico-sociales tan imprevisibles como importantes.

Son los casos del avión *jet* y del radar perfeccionado, en los transportes aéreos y marítimos. También el caso de la energía atómica, utilizada para múltiples fines civiles. V. gr., los isótopos radioactivos, que se aplican masivamente a la ciencia pura, la medicina y la industria desde 1952. O la electricidad de igual origen, que los Estados Unidos producen experimentalmente por primera vez el '51, y que ya el '56 cuenta, allí mismo, con una planta que genera 65.000 KWH. Muy luego se extenderá a toda la tierra, y de manera acentuada a ciertos países deficitarios en fuentes energéticas, v. gr. Francia y la U. R. S. S. Junto con este crecimiento, aumentarán también los temores por las posibles fugas radioactivas, la disposición de los residuos nucleares, etc., de estas plantas, y en Occidente se organizarán grupos ciudadanos para combatirlos.

Durante las décadas que analizamos, otros inventos cambian asimismo la faz material del mundo. Así el computador, versión electrónica, que debuta el año 1942 en EE. UU, país que el '58 tendrá ya 1.000 funcionando. O la píldora anticonceptiva (1952). Al difundirse, ésta desencadena la llamada re-

volución sexual —el sexo sin peligro de embarazo—, cuyas implicancias éticas han de causar ardua polémica, sobre todo entre los católicos, como se verá (Capítulo Cuarto).

Las comunicaciones sociales, igualmente, experimentaron un cambio fundamental, en particular respecto de la TV, comercializada desde mediados de los '50, y también por inventos como el transistor y el disco musical de larga duración, ambos de 1948.

Muchos de los artistas plásticos, arquitectos, músicos y escritores del período anterior (Capítulo Segundo) continúan en actividad, ya hombres maduros o ancianos. Aparecen o cimentan su fama, también, otros nuevos o hasta entonces menos conocidos. V. gr., los compositores Britten y Walton (ingleses); Milhaud y Poulenc (franceses); Bernstein (norteamericano); Menotti (italiano); el pintor español Salvador Dalí; la escultora inglesa Bárbara Hepworth; los arquitectos Saarinen (norteamericano), Mies van der Rohe (alemán) y Niemeyer (brasileño); los escritores de novela, cuento o teatro Camus, Simone de Beauvoir (la musa de Sartre), Françoise Sagan, Anouilh y Ionesco (franceses); Greene, Graves, Waugh, Tolkien, Osborne, Wilson, Pinter, Orwell, Durrell e Iris Murdoch (ingleses); Grass, alemán; Miller, Salinger, Mailer, Bradbury, Tennessee Williams, Updike y Mary Mac Carthy (estado-unidenses); Nabokov, Pasternak y Solzhenitsyn (rusos); Beckett (irlandés); y Koestler, húngaro.

Caracteriza a los últimos enumerados, los escritores, el extremo desencanto por la sociedad en que viven, y por la «utopía» soviética, antiguo paraíso imaginario de los intelectuales de izquierda, pero que Jruschev, dijimos, ha desenmascarado en el XXº Congreso (1956). Algunos de aquellos intelectuales hallarán un nirvana sustitutivo en la Revolución Cubana. Otros lo rechazarán todo, como los «*angry young men*» ingleses del '57, llegando aun a la autodestrucción, v. gr. el movimiento *beatnik* (fines de los '50).

De las mejores obras de la época, son aquéllas que denuncian la tiranía comunista, no tanto externa como interna... su anulamiento de la libertad y dignidad humanas, su esclavizamiento de la razón. Desde Orwell (*La granja de animales* y 1984) hasta Solzhentsyn (*Un día en la vida de Iván Denisovich*, 1962), pasando por Koestler (*El cero y el infinito*), estos libros producen un hondo impacto mundial. Chile no le será ajeno.

Igualmente impacta el existencialismo de Sartre, difundido victoriosamente en la inmediata posguerra —y relacionado con los sufrimientos del conflicto—, para después declinar. El propio Jean-Paul Sartre, sin embargo, continuará siendo hasta su muerte (1964) el pensador más influyente de Europa. Reivindicará al hombre, que concibe como solo y anárquicamente libre, contra las leyes naturales, las ideologías y los poderes que quieren someterlo.

Algunos de los elementos culturales que hemos citado —la TV comercializada, la radio a transistor, los discos musicales *long play*—, más los perfeccionamientos del cine (tecnicolor, cinemascope), producen estos años un auténtico estallido comunicacional en todo lo referente a música popular y entretenimiento. Millones de *fans* del mundo entero acogen el ritmo del *rock and roll*, circa 1956, y luego, empezando los '60, el sonido liverpooliano de los *Beatles*. El culto a este tipo de héroes juveniles, que se multiplican; el desencanto con la sociedad afluyente; la revolución sexual que ha significado la píldora anticonceptiva; el influjo de los *beatniks*, y del movimiento *hippie* —contracultura juvenil que rechaza la guerra (especialmente la de Vietnam) y los convencionalismos adultos—, movimiento en inicio, impulsan el consumo de drogas y, consecuentemente, su tráfico. La droga es presentada como un modo de liberarse, y de acceder a percepciones más profundas y nuevas formas de conocimiento.

El cine de las «estrellas», masculinas y femeninas, es ahora —además— el cine de los directores, que algunas veces también actúan... Los italianos, tanto neorrealistas de la posguerra —Rossellini, De Sica—, como después Antonioni, Fellini, Visconti; el sueco Bergman; los norteamericanos Hitchcock, Huston y Kubrick, que comienza; los franceses Cocteau y Truffaut; el inglés Olivier y sus films shakesperianos; el japonés Kurosawa (*Rashomon*), etc., dan al cinematógrafo una nueva estatura.

Todo lo precedente fue el telón de fondo para la gigantesca pugna, que duraría medio siglo, entre las dos superpotencias, los EE. UU. y la U. R. S. S., emergidas del conflicto 1939-1945: la «Guerra Fría».

Se libró ésta en numerosos campos.

Por ejemplo, el de las armas atómicas. Las lanzaron los norteamericanos sobre el Japón en 1945; las tendrían los rusos cuatro años después. La bomba de hidrógeno norteamericana explotó el '52... la rusa el '53.

Otro campo, el de la exploración del espacio. Fundamental para la lucha de «imagen», los soviéticos cogieron desprevenidos a sus adversarios, siendo los primeros en llevar un satélite (*Sputnik I*, 1957) y luego un hombre (Yuri Gagarin, 1961) más allá de la atmósfera. El efecto propagandístico fue mundialmente devastador. Los norteamericanos se aplicaron, con frenesí, a recuperar el tiempo perdido. El año 1965, un cosmonauta soviético salió de su cápsula por veinte minutos... y uno norteamericano de la suya por igual lapso. El piloto del *Géminis III*, estadounidense, lo maniobró en órbita. El *Géminis VII* y el *VI* tuvieron un *rendez vous* espacial, y el segundo, con dos semanas de viaje, batió los records anteriores de estadía.

La Guerra Fría mostró un momento mucho más ominoso, cuando —apenas empezada, fines de los '40— los comunistas de muchos países in-

tentaran, por instrucciones de su Internacional, asaltar los respectivos gobiernos. Cosecharon éxitos y fracasos.

Chile. En nuestro país les tocó enfrentarse con el Presidente Gabriel González Videla. Había sido el mejor amigo del «glorioso partido» hasta 1946. El comunismo respondió prestándole su apoyo irrestricto y decisivo para que conquistase La Moneda. Aportó el PC tres ministros al primer gabinete de González Videla, pero muy luego se enfriaron las relaciones. Causas, según González:

—El Partido quería ser a la vez gobierno en La Moneda y oposición en la calle. Atacaba públicamente las mismas medidas que sus ministros y jefes políticos poco antes aprobaran, cuando esas medidas no eran populares.

—Preparaba la toma del poder, por la cual el Mandatario se vería reducido a un rol decorativo, estilo Europa Oriental.

—La Tercera Guerra Mundial era inminente e inevitable. Los EE. UU. no permitirían un gobierno con ministros comunistas en su «patio de atrás». Debíamos elegir bando.

Los comunistas replicaban que la última causa era la única verdadera: González, enfrentando la supuesta inmediatez del tercer conflicto universal, había decidido traicionarlos para ganarse el respaldo norteamericano.

La pugna crece, y el Partido ensaya contra el Presidente huelgas revolucionarias en el salitre, el cobre y el carbón.

González Videla responde proponiendo al Congreso la «Ley de Defensa de la Democracia». Ella proscibiría al PC —en forma draconiana— de la vida política y sindical, del Parlamento y aún de la propaganda ideológica.

Los falangistas y el sector socialcristiano del conservantismo —los senadores Horacio Walker y Eduardo Cruz Coke— rechazan aquella ley, y se genera una ardiente polémica doctrinaria en prensa y Congreso sobre comunismo y anticomunismo. Por fin, la legislación es aprobada, y el Partido pasa a la clandestinidad (1948), que durará diez años.

Anticipamos que Eyzaguirre y sus seguidores se desinteresaron, parece, de este episodio, o no tuvieron claro qué pensar al respecto. Vimos la opinión de *Estudios* cuando partiera la ofensiva anticomunista de González, el año 1947 (Capítulo Segundo). Pero, ahora, la revista no informaría ni comentaría el debate sobre la Ley de Defensa de la Democracia y su desenlace.

La Ley precipita la crisis nacional que, tras largo camino, culminará en 1973.

Esta crisis tiene una expresión política, la más visible, pero la potencia un factor económico: crecimiento insuficiente. Y también factores sociales: progreso inarmónico, irregular, de los distintos sectores de la sociedad, con

un núcleo invariable e importante de ella en extrema pobreza. No podemos desarrollar estos factores, ni los políticos. Pero es necesario, cuando menos, enumerar los últimos:

—La ruptura entre el Presidente González y su partido, el radical, por una parte, y por la otra los excluidos comunistas y los socialistas —quienes solidarizaron con aquéllos—, quebró para siempre la alianza de centroizquierda que, desde 1938, había dado gobierno estable al país. No cuajó la sustituyese una combinación radical-derecha, como quería González Videla, o un pacto del radicalismo con los socialistas y los sectores socialcristianos, como deseaba el primero.

—El largo gobierno de los radicales había erosionado —fuere ello justo o injusto— su prestigio ante la opinión pública.

—La integridad del sistema político se hallaba en tela de juicio, siendo objeto de múltiples acusaciones —que tampoco podemos sino enunciar— y que visaban fundamentalmente a los partidos: falta de democracia interna; ausencia de principios claros, relevantes y fijos; indisciplina; fraccionamiento; inmoderado apetito presupuestario; corrupción; sujeción a intereses particulares; oscuridad de sus finanzas, etc. Todo confluía hacia la firme y extendida creencia de que los partidos «no dejaban gobernar al Presidente», paralizando el progreso nacional.

—El explosivo crecimiento del electorado —luego de otorgarse el voto pleno a la mujer (1949), y después a los mayores de dieciocho años y menores de veintiuno, y a los analfabetos (1970)—, y la decadencia del cohecho, harían progresivamente incontrolables las elecciones. Ni la compra de sufragios, ni las «máquinas», ni los «cacicazgos» bastarían para manejar una masa tan grande de aquéllos*. En las presidenciales del '46 sufragaron menos de quinientas mil personas; en las del '52, casi un millón; en las del '58, un millón doscientas mil; en las del '64, dos millones quinientas mil; y en las del '70, casi tres millones, seis veces más que un cuarto de siglo antes.

La crisis política dio su primer campanazo al ser elegido Mandatario Carlos Ibáñez (1952), con casi la mayoría absoluta de la votación, no obstante carecer prácticamente de apoyo partidista.

Medio millón de chilenos esperaba de Ibáñez un gobierno autoritario, dictatorial si fuere preciso, para reprimir los excesos del partidismo, frenar la indisciplina social, desterrar los negociados, detener la inflación y dibujar una línea inflexible de progreso patrio... Ibáñez, inevitablemente, defraudó tantas y tan altas expectativas. Los partidos recuperaron ánimo y aliento.

* En 1958 fue derogada la ley Defensa de la Democracia, volviendo al río electoral los votos comunistas. Simultáneamente, se aprobaba la «cédula (de votación) única» —impresa y distribuida por el Estado, y en la cual figuraban juntos todos los candidatos de una misma circunscripción—, muerte definitiva del cohecho.

Pero la escritura estaba ya en la pared: la vieja derecha y los radicales, desde 1952, irían cuesta abajo en votos, parlamentarios e influencia, y jamás se repondrían del golpe sufrido.

Apareció entonces un nuevo partido de centro, la Democracia Cristiana (1957), cuyo «núcleo duro» serían los falangistas, pero agregando grupos afines —conservadores socialcristianos, ex ibañistas de igual sesgo, etc.— más juventudes, tecnócratas, empresarios...

Todavía la DC no logró imponer un Presidente en 1958, pero demostró fuerza considerable con Eduardo Frei, el líder innato e indisputado del Partido.

Los electores, esta vez, prefirieron un independiente de derecha, apolítico y antipartidista (continuidad de la orientación evidenciada en 1952), alto administrador de empresas y vocero gremial de las mismas: Jorge Alessandri.

Alessandri, si bien con menos nitidez que Ibáñez, encarnaba por igual la rebelión del electorado contra los partidos. Creía que se necesitaba sólo una buena administración, como en los negocios privados, para enderezar el país (por eso se habló entonces del «gobierno de los gerentes»). Su experiencia presidencial lo convenció, sin embargo, de que no bastaba este eficaz manejo burocrático de Chile. Era indispensable, sostuvo, una profunda reforma política, modificando la Constitución. Propuso aquélla los meses finales de su período, y el Parlamento —con suprema indiferencia— la encarpetó.

1964 fue la «hora de la verdad» para la DC y Frei (que, precisamente, había escrito un libro titulado *La verdad tiene su hora*): don Eduardo era elegido Supremo Mandatario, con mayoría absoluta. La Derecha, empavorecida ante el evento de que triunfara el postulante socialista-comunista, Salvador Allende, había votado por Frei sin pacto ni condiciones.

Luego (1965) los demócratacristianos conquistaron también la mayoría absoluta de la Cámara, y un nutrido grupo de senadores. La derecha liberal-conservadora prácticamente desapareció del mapa político; se pensaba que la DC heredaría sus votos, en particular los del campo tras la reforma agraria. El país vivió jornadas de optimismo. El Presidente presentaba con claridad y convicción las «reformas estructurales» que, según su juicio, nos revigorizarían. Los Estados Unidos, a través de la Alianza para el Progreso (que nos espera un poco más abajo), las apoyaban, entusiastas. Para algunas obtenía Frei el respaldo de la derecha (pactos del cobre con los norteamericanos); para otras, el de la izquierda (reforma agraria). La Iglesia lo respaldaba sin disimulo. El equipo gobernante era joven, preparado, dinámico y resuelto. Y como todo lo bueno (así como todo lo malo) viene junto, el precio del

metal rojo se empinaba, se empinaba; alcanzaría niveles record durante la presidencia Frei.

La victoria demócratacristiana de 1964-1965 no contradecía, fundamentalmente, la rebelión electoral del '52. Ahora, la esperanza se fijaba en un partido que desplazase a los otros, que eliminara la antigüalla política, inútil y corrompida. La propia DC sintonizaba esa onda: gobernaría sola —afirmaba—, por encima de izquierdas y derechas, largamente (el «milenio demócratacristiano»), “partiendo de cero” para realizar la revolución que proclamaba, una revolución que no dañaría las libertades democráticas.

Estudios continuaba mudo respecto de política interna. Privadamente, a Eyzaguirre no le eran simpáticos, en absoluto, los demócratacristianos. De su antigua amistad y afinidad de doctrina y propósitos con Frei, poco o nada quedaba. Sin embargo, cuando días antes de la presidencial un accidente automovilístico mató a Irene Frei, hermana de don Eduardo, Eyzaguirre le escribió:

«La tremenda desgracia que de manera inesperada ha caído sobre tu familia, me ha conmovido en lo hondo».

«Recuerdo a tu hermana en los tiempos ya lejanos de estudiante universitario y me queda de ella una imagen afable. Sé que le tenías un cariño predilecto y que esta tajante rotura es como quitarte un pedazo de tu ser. Hoy que tienes el poder cerca de las manos, pierdes una parte de la vida. Parece que el tiempo quisiera marcarte su limitación, su fugacidad. ¡Qué inescrutable y misterioso es el lenguaje de Dios!».

Mientras tanto, vientos venidos de fuera, del mundo exterior, acumulaban oscuras nubes en nuestro horizonte:

—Eran los años de las grandes «planificaciones globales», que querían remodelar la sociedad —cada cual con su propia receta— en todos los aspectos. Buscaban rehacer no sólo la política, sino también la sociedad, la economía, la cultura, la educación, etc. Y ello desplegando urgencia, intransigencia y un sentido de totalidad: queremos nuestro modelo íntegro, ahora, no aceptamos modificarlo ni postergarlo. La Democracia Cristiana tenía uno de estos modelos. La Izquierda Socialista-Comunista, crecientemente adicta al marxismo-leninismo, otro. Los «adversarios» devinieron «enemigos», la lucha político-social se polarizó, tornándose agresiva y descalificadora. Una prensa canallesca echaría leña a este fuego, preparando las desgracias futuras.

—En 1959 triunfó la Revolución Cubana. Los nombres de Fidel Castro y Ernesto *Ché* Guevara se difundieron por toda la tierra. Especialmente el segundo traía al marxismo-leninismo conceptos nuevos, heréticos. La violencia era inevitable (decía) para la victoria de la revolución; el enfrentarse final, en cada sociedad, de oprimidos contra opresores, sería necesariamente

armado. Un grupo pequeño de hombres resueltos y de buen adiestramiento militar y doctrinario —un «foco»—, podía crear desde lo rural, mediante operativos de guerrilla, las condiciones para una revolución, aun donde ellas no parecieran existir. La revolución se internacionalizaría, corriendo de país en país como un incendio inextinguible... «dos, tres, cien Vietnam».

Un tiempo, la propia Internacional Comunista secundó estas tesis, abonadas por el triunfo cubano. Fomentaría guerrillas guevaristas en Latinoamérica. Las conocieron El Salvador, Guatemala, Venezuela, Colombia... El mismo *Ché* las llevó al Congo y Bolivia; aquí sería capturado y asesinado (1967). Otros guevaristas mudaron el «foco» a las ciudades —las guerrillas urbanas— y conmocionaron Brasil, Argentina, Uruguay... Todas tales experiencias fracasaron igual que la postrera del *Ché*, pero sólo concluyendo los '60 el fracaso quedó establecido como indiscutible.

Mientras tanto, el guevarismo contamina de violencia —la violencia, necesaria, inevitable, y por tanto deseable— las ideologías de izquierda. A Chile el violentismo ideológico llega en 1965, con la fundación del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). El mismo año tiñe ya los acuerdos que adopta el Partido Socialista, el más numeroso de la alianza de izquierda (Congreso de Linares).

Los EE. UU. no dejan sin respuesta la múltiple intentona revolucionaria, proveniente de Cuba e inserta en una pugna más amplia, la Guerra Fría. Por una parte, instituyen la Alianza para el Progreso (Conferencia Panamericana de Punta del Este, Uruguay, 1961), prometiendo ayuda financiera a los países de las Américas que realicen las reformas profundas (agraria, impositiva, educacional, etc.) que se espera sirvan de escudo contra el guevarismo. Y simultáneamente, adiestran oficiales de aquellos mismos países, por centenares, para que enfrenten la insurgencia y sus «focos» (escuelas bélicas de la Zona del Canal; de Fort Leavenworth, Kansas —allí va Carlos Prats—; de Fort Benning, Georgia; de Fort Belvoir, Virginia —allí va Manuel Contreras—, etc.). Será el origen de una extremización en la «doctrina de la seguridad nacional»: Occidente *versus* Comunismo, «guerra sucia» sin fronteras ni limitantes éticas.

Los católicos experimentan, los mismos años, la crisis de la Iglesia, quizás la mayor y más extendida desde la Reforma.

La Iglesia. Venía esta crisis, soterrada, desde los '50. En 1950, precisamente, Pío XII condenó el existencialismo (encíclica *Humani Generi*), que había penetrado con fuerza la intelectualidad católica (Gabriel Marcel, el mismo Berdiaeff). Casi a la par, proclamó como dogma la Asunción de la Virgen María, que una parte de esa intelectualidad, influenciada por corrientes racionalistas, rechazaba. Hubo en ambos casos resistencias internas, que

la férrea mano del Pontífice no dejaría prosperar.

Pío XII murió el año 1958. Sucedió por Juan XXIII, el anciano «Papa bueno», éste adoptó la decisión —sorpresiva y visionaria— de rejuvenecer la Iglesia convocándola a Concilio (1959).

Es el Concilio Vaticano II, que inicia sus sesiones el '62 y se cierra, ya bajo Paulo VI, el '64. El Concilio renueva la Iglesia, pero el dinamismo reformista que nace de él va más allá de sus acuerdos («constituciones»), y amenaza desestabilizar el milenario edificio espiritual del catolicismo. Ya en 1965 el propio Paulo VI será mirado por los ultrarreformistas como entregado al conservantismo religioso, y se preguntará si buscan «reformar» o «demoler» la Iglesia.

En Latinoamérica el ultrarreformismo, parcial y paulatinamente —a través de algunas de las ramas o variantes de la Teología de la Liberación—, va identificando la tarea evangelizadora con un actuar revolucionario, que cambie por la fuerza las estructuras opresoras —«estructuras de pecado»— de la economía y la sociedad. «Es deber del cristiano ser revolucionario —dice el sacerdote guevarista Camilo Torres, de Colombia— y es deber del revolucionario hacer la revolución». Acto seguido toma las armas y muere combatiendo (1966). Su ejemplo electrifica a los católicos de izquierda, incluyendo sacerdotes, monjas y laicos «comprometidos».

Esta variable cristiana del guevarismo aparece dispersamente en Chile. Su primera manifestación pública —la «toma» de la Catedral de Santiago por la llamada «Iglesia Joven», el '68— causará (veremos) devastadora impresión sobre Jaime Eyzaguirre.

Pero la crisis de la Iglesia no es sólo por temas políticos o económico-sociales. Las enseñanzas éticas del catolicismo son objeto de duda y disputa en su propio seno. Se impugna el celibato eclesiástico, la castidad prematrimonial; y se defiende el divorcio, la licitud de «la píldora», la homosexualidad, aun el aborto. En otro campo, se impugna la infalibilidad y poderes pontificios. Presas de la inquietud y la desorientación, sacerdotes y monjas abandonan por miles la vida religiosa. Al proscribir los anticonceptivos (encíclica *Humanae Vitae*, 1968), Paulo VI levantará un auténtico vendaval de críticas, amargando las últimas horas de Jaime Eyzaguirre (Capítulo Cuarto).

La Universidad. Todas las inquietudes que hemos descrito repercuten sobre las universidades —el campo fundamental de acción para Eyzaguirre— y las agitan. Se las tacha de «profesionalizantes» y «torres de marfil»; se las quiere comprometidas con «los cambios» (después, con la revolución) y que sean sus agentes. Las juventudes demócratacristianas controlan las federaciones estudiantiles y comparten estas ideas, y aun —de modo progresivo— otras situadas más a la izquierda. El guevarismo las tienta. Es el caso de la

FEUC (Federación de Estudiantes de la Universidad Católica) desde 1959.

Don Jaime asiste con angustia a semejantes fenómenos. Sobre todo lo perturban aquellos que experimenta la Iglesia, arriba vistos; el entrecruzamiento de ésta con la Democracia Cristiana; el olvido de la evangelización que cree percibir en las nuevas actitudes del clero, y el eco universitario de la tempestad que se aproxima².

Letras y artes. En nuestro mundo intelectual, brillan aún, pero desvanecientes, las estrellas del pasado. La gran producción de Huidobro está atrás, con libros que datan de 1941; muere el año 1948. Parecido cabe afirmar de Gabriela Mistral, salvo respecto de la prosa, todavía hoy en buena parte dispersa. Su ciclo poético termina el '54 (*Lagar*). Ha recibido el Premio Nobel el '51 y fallece seis años después. Neruda sigue escribiendo, fecundamente, mas sus obras mayores concluyen con las tres series de «odas elementales» (1954-1957). Nicanor Parra comienza un intento de renovar la poesía nacional, abandonando la huella nerudiana a través de los «antipoemas» (1954); tiene entonces cuarenta años.

La ficción se emancipa del criollismo, destacando como figura señera la de Manuel Rojas (*Hijo de Ladrón*, 1951, primera novela de una cuatrilogía que cerrará en 1971, con *La Oscura Vida Radiante*), y luego se anima y multiplica al aflorar la «generación del 50», que produce una pléyade de novelistas y cuentistas. De ésta, persistirán los nombres de José Donoso, Jorge Edwards, Enrique Lafourcade y alguno más. El grupo está marcado por la crítica social, v. gr. en *Coronación* de Donoso (1957) y *El peso de la noche*, de Edwards (1965). Son escritores descontentos con la sociedad, pero mirándola burguesa y no revolucionariamente.

Va extinguiéndose el antiguo teatro de numerosos dramaturgos y obras, pero generalmente de modesto valor como literatura y como representación. De reemplazo, aparecen los elencos universitarios: «experimental» en la Chile (1941) y «de ensayo» en la Católica (1943), con obras clásicas o muy modernas, y que colocan el acento sobre una actuación netamente profesional, el vestuario, las luces y la escenografía. A su vez, de esta nueva manera de hacer teatro surgen autores de mayor categoría, nacidos durante la década 1920-1930, v. gr. Fernando Debesa, Egon Wolff, Luis Alberto Heiremans, Jorge Díaz, Fernando Cuadra, Juan Guzmán y Alejandro Sieveking, por citar unos pocos.

Ellos expresan asimismo la crisis de la sociedad nacional, y lo hacen de una manera similar a la que advertimos en novelistas y cuentistas. También el teatro chileno toca la decadencia aristocrática —Heiremans, *Moscas sobre el mármol*, 1951; Debesa, *Mama Rosa*, 1957—, los conflictos internos de la familia y de ésta con la sociedad (Wolff, Díaz), la corrupción política (Wolff,

El senador no es honorable, 1957), las miserias populares (Sieveking, *Dionisio*, 1962), y la marginalidad juvenil (Juan Guzmán, *El Wurlitzer*, 1964; Fernando Cuadra, *La niña en la palomera*, 1967).

En la pintura ya no hay más «generaciones», sino individualidades destacadas, hijas de la última entre aquéllas... la «del 28» (Capítulo Segundo). Algunos, sin embargo, llaman a esas personalidades —agrupándolas— «generación del 40», comprendidos Sergio Montecino, inventor del término, el muralista Gregorio de la Fuente, Nemesio Antúnez, Ernesto Barreda, Roser Bru, Pablo Burchard, Carlos Pedraza, José Venturelli, Hardy Wistuba, etc.

Finalmente, la música culta —bastante deprimida la década anterior— se expande al fundar la Universidad de Chile el Instituto de Extensión Musical (1942). Dirigido por Domingo Santa Cruz, ayuda e impulsa a nuestros compositores mediante los conciertos de la Orquesta Sinfónica, los «festivales» y los «premios por obra». Los segundos significan la presentación y aún, mayoritariamente, el estreno de 215 obras chilenas, debidas a 59 autores, en el lapso 1948-1969. Santa Cruz es por igual maestro de compositores, y esta actividad y la del Instituto dan a conocer los trabajos del mismo don Domingo, Juan Orrego, Gustavo Becerra, Alfonso Letelier, etc. Apreciaremos que Eyzaguirre, «músico frustrado», según él mismo, sigue con sumo interés este movimiento y es amigo estrecho de Letelier.



LA FAMILIA EYZAGUIRRE PHILIPPI

Adriana Paulina Philippi Izquierdo, que casaría con Jaime Eyzaguirre, era la mayor entre los seis hijos de Julio Philippi Bihl, abogado que derivó hacia las ciencias económicas —las cuales enseñaría en la Universidad de Chile—, tres veces Ministro de Hacienda (1919, 1924 y 1930), y el primer Superintendente de Bancos del país, nombrado al crearse la institución (1924).

Los Philippi eran fundamentalmente hombres de ciencia. El padre de don Julio, y abuelo de Adriana, Federico Philippi, fue director del Museo Nacional, y reputado naturalista (botánico, entomólogo) y geógrafo-explorador. Y por su parte el padre de don Federico —bisabuelo de Adriana, y fundador de la familia aquí— había sido el famoso sabio berlinés Rodolfo Amando Philippi, médico que nunca ejerció, consagrándose a las ciencias naturales, y a dirigir largos años aquel mismo museo, hasta que su hijo Federico «heredara» el cargo.

Don Rodolfo Amando y sus descendientes fueron fervorosos luteranos, pero don Julio Philippi Bihl sería convertido por su mujer a un catolicismo no menos intenso.

No era extraño, atendida la suma religiosidad —también católica, por supuesto— de los Izquierdo. El abuelo de Adriana Philippi, por este lado, fue Vicente Izquierdo, médico, botánico y sobre todo investigador científico de muy alto nivel. Archipiadoso, innecesario es decirlo. Sus trabajos de entomología, histología y microscopía alcanzaron eco exterior, alabándolos Ramón y Cajal.

De un primer matrimonio tuvo don Vicente seis hijos. La última entre éstos fue Sara, la madre de Adriana, mujer formidable en todo sentido... inteligencia, cultura, carácter y actividad. Hemos visto su enérgico cristianismo social (Capítulo Segundo). Incluía una inteligente, meditada preocupación por la mujer pobre. No menos intenso sería para doña Sara el creer milenarista, integrando el grupo chileno que afrontó la tempestad eclesíastica alrededor de esta doctrina, los años '40, y que —sabemos— comprendió a Eyzaguirre (Capítulo Segundo). Veía doña Sara el «fin de los tiempos» sólo dar vuelta la esquina, y toda clase de hechos prodigiosos o simbólicos que lo anunciaban. Tenía igualmente una viva percepción de la realidad del demonio —su existencia y actuar—, que asimilaron Julio Philippi, hijo, y también, en menor medida, don Jaime.

(Diversos testimonios, no muy contestes entre sí y todos de oídas, presentan a Eyzaguirre, con un sacerdote amigo, ingresando subrepticamente, de madrugada, en la Casa Central de la Universidad Católica —la Escuela de Derecho de la Chile, dicen otros—, y exorcizando la oficina de uno o varios profesores que, según don Jaime, corrompían a sus alumnos).

Anticipemos que Eyzaguirre se adaptó sin dificultades a su familia política. Profesaba por doña Sara una admiración levemente irónica. «Para la venerable anciana profetisa, mis respetos» —dice la posdata de una carta a su mujer, los años '50. Y con Julio, hermano de ésta, fueron más que amigos, se consideraban y se llamaban hermanos². Ambos venían del Liceo Alemán, pero no se conocieron sino superficialmente allí, pues Eyzaguirre era seis años mayor que Philippi.

La relación entre Adriana Philippi y Jaime Eyzaguirre tuvo un inicio de novela romántica. Se vieron por primera vez, de lejos, sin hablarse, en el restorán del Hotel Puerto Varas. Ninguno de ellos, sin embargo, olvidó la ocasión.

«Porque ese verano mis padres hicieron un viaje al sur, solos conmigo. Recuerdo, lo estoy viendo,... (que entraba al comedor del establecimiento) esta señora, con este muchacho con un cuello redondo, tieso —entonces se

usaban así—, un muchacho que me daba que hacer, tan serio y tan callado, que entraba detrás de mi (futura) suegra... a la hora de almuerzo. Ahí me divisó, pero no se me acercó... Me fijé en él, pero no en *ese* sentido, en cambio él sí. “Esta me gustaría”, dijo, desde ahí. ¿Buenmozo? No. Me llamó la atención porque era muy bien puesto, se veía...».

Luego Adriana y sus padres partieron a Europa por un año completo. De regreso, 1929, don Julio decidió que la niña necesitaba «una fiesta, para que conozca muchachos (dijo) y *salga*». La lista de invitados incluyó a Eyzaguirre, pues fue confeccionada con la ayuda de un primo hermano de Adriana, Benjamín Izquierdo, compañero de aquél en Leyes.

Dos días antes de la fiesta, no obstante, la pareja se conoció en otra recepción juvenil, que daba María Teresa Huneus, hija del político conservador Francisco Huneus.

«Me atendió toda la noche. Y mi mamá llegó (de vuelta) medio molesta y me dijo: “Por Dios, ese flaco chico... qué querrá de ti”...».

Cuarenta y ocho horas después, el “flaco chico” volvía a la carga, ahora en la fiesta de la misma Adriana. Allí las cosas se enhebraron definitivamente.

Continuaron viéndose. «Me hacía convidar por un amigo de él... *Malugo* (Ismael) Pereira (ambos, vimos, trabajaban juntos en la Cancillería)... también amigo mío. Y entonces yo sabía que cuando a mí me llamaba (Pereira) por teléfono, era porque Jaime quería salir conmigo. Y así siempre me convidaba a través de un tercero, nunca él directamente. Eran costumbres muy distintas a las de ahora...».

Iban a bailar, jugaban «en unas canchas de golf chicas, como de salón»...

Sobrevino luego un largo separarse, un nuevo viaje europeo de Adriana con sus padres, en 1932.

Eran comunes, aquella época, los noviazgos prolongados. Recordemos además la situación económica de Eyzaguirre, no excesivamente sólida, sobre todo para mantener una familia. Por otra parte, se trataba de una pareja muy joven.

Finalmente, el 26 de diciembre de 1934, en la parroquia de la Vera Cruz, los casó el presbítero Juan Salas. Eyzaguirre tenía 26 años y Adriana apenas alcanzaba la mayoría de edad³.

Se amaron inmensamente durante el tercio de siglo que les fue permitido. Discutían muy poco (casi siempre por detalles de la educación de los hijos). Eran frecuentes entre ellos los gestos de ternura recíproca. Por ejemplo, recuerdan los Eyzaguirre Philippi, los ramitos de violetas que —durante el invierno— compraba en la calle don Jaime para la señora Adriana. Cuando él muriera, una de sus hijas continuaría la costumbre.



☞ Jaime y Adriana el día de su matrimonio (26 de diciembre de 1934).

una asamblea de padres de los colegios donde estudiaban los Eyzaguirre Philippi. Era tarea materna.

Suegra y nuera. Prueba palmaria de la adaptabilidad de doña Adriana, y de su inmovible decisión en orden a facilitar el esfuerzo intelectual y docente que cumplía Eyzaguirre, fueron las relaciones entre ella y su suegra, Amelia Gutiérrez.

Ésta pasó a vivir con los flamantes cónyuges. Ocupaba la mejor habitación de la casa, y tenía una empleada exclusiva y comida propia (que aquélla preparaba), las tres cosas pagadas por don Jaime.

Ya de bastante edad, no hacía sino sentarse en un sillón recto, muy bien arreglada, oír radio, leer la prensa, recibir amigas y... observar críticamente a su hijo, nuera y nietos.

Es probable que esta última actitud, parcialmente, fuese cosa de los años; del carácter mismo de doña Amelia, dominantísimo como sabemos (Capítulo Primero); de la anterior posición que ocupara: dueña y señora todopoderosa en un hogar de viuda; y de alguna distancia respecto de quien le «levantara» el hijo menor. Aparentemente, ella había querido que don Jaime fuese sacerdote, y él no desechaba de plano la idea... hasta que apareció doña Adriana. A quien, es cierto, cabía consolarse por la relativa frialdad de doña Amelia, comprobando la temperatura ambiente cuando aquélla se juntaba con su *otra* nuera, la mujer de Ramón Eyzaguirre. Era de varios grados bajo cero, no se podían ver.

Pero el motivo fundamental de roce —roce no muy grave pero constante—, fue simplemente que doña Amelia pertenecía a otra época. Y ni siquiera un hogar tan austero y tradicionalista como el de los Eyzaguirre Philippi, satisfacía en plenitud su noción de lo que era moral y socialmente propio o impropio.

Eyzaguirre, v. gr., —ya casado y cuarentón— no fue hombre de fiestas, ni menos nocturnas, pero alguna que otra vez le resultaba imposible evitar una recepción o comida fuera de casa, volviendo hacia la medianoche. Doña Amelia se lo reprochaba *sotto voce* al día siguiente, como si don Jaime aún se hallara en la adolescencia...

Los hijos de la pareja empeoraron el cuadro. Algunos se adaptaron al carácter de esta «abuela en permanencia»; otros, no. El peor fue Rafael, de índole bromista. Durante la campaña presidencial de 1952, la anciana señora era, por supuesto, acérrima partidaria del candidato de derecha, Arturo Matte, y muy negativa respecto a Carlos Ibáñez, postulante independiente. Una tarde, Rafael Eyzaguirre pasó por una secretaría de Ibáñez, y se vino a casa trayendo un cargamento de estampillas adhesivas que mostraban la severa efigie de don Carlos. Con ellas, procedería a empapelar, hasta cubrirlo com-

pletamente, el espejo de cuerpo entero que doña Amelia tenía en su pieza, y ante el cual se arreglaba. La explosión de la abuela por la travesura fue formidable, y el castigo de Rafael duró semanas.

Mirando lo expuesto, no extrañará que surgieran pequeños roces entre las dos señoras. Eyzaguirre, con razón, se negaba terminantemente a participar en estos conflictos, «mediándolos», pues le era imposible respaldar a ninguna de las contendoras. Sus propios choques con doña Amelia, dijimos (Capítulo Primero), solían ser muy gritados, pero se calmaban solos, y nunca concernían a la señora Adriana, derivando generalmente de la implacable dominancia de la madre sobre el hijo. En cambio, Adriana Philippi jamás hizo guerra por las diferencias surgidas con doña Amelia, ni se valió para prevalecer de que ésta viviese a expensas del matrimonio. No ignoraba que hubiera sido la vencedora en cualquier choque frontal, pero también sabía que el sufrimiento de su marido hubiese sido enorme. Mantuvo la calma y la ecuanimidad, pues, hasta el fin, aun castigando a los hijos cuando molestaban a la abuela —como en el caso de las estampillas ibañistas— o infringían sus reglas.

Doña Amelia murió nonagenaria, concluyendo los '50, los años finales postrada en el lecho por haberse quebrado una cadera. Nunca, durante este cuarto de siglo, vio disminuida su posición. Siempre fue «la dueña de casa», aunque la señora Adriana se llevara todo el trabajo y todo el gasto, tan difícil de financiar. La formidable abuela, en el fondo de los fondos —y no obstante los alfilerazos mutuos de la vida cotidiana—, debió sin duda reconocer la generosidad y paciencia de su nuera pues, con las amigas que la visitaban, se deshacía en alabanzas de ella... para gran sorpresa de doña Adriana⁴.

El jefe del hogar. Fue un hombre encantador para todos quienes le conocieron.

Sus posturas doctrinarias, siempre tajantes —y a veces belicosas—, le ganaron muchos enemigos «teóricos», es decir, que lo rechazaban sólo por lo que decía y escribía, sin haber tenido ningún contacto personal con él. El contacto revelaba un interlocutor amable y deferente, de posiciones firmes pero de amplia calidez, que hacía palidecer las discrepancias y empujaba hacia la amistad o, al menos, hacia el respeto.

La calidez provenía de que Eyzaguirre era obviamente sincero, y además exhibía un afectuoso interés humano por quienes se le acercaban, aunque lo hicieran —en un primer momento— para contradecirlo y hasta atacarlo. Dicho interés humano, por su parte, se relacionaba con la fe religiosa de don Jaime, la cual comprendía un vivo amor al prójimo, una caridad bien entendida. Esa fe, adicionalmente, por su mismo vigor, impresionaba de modo favorable aun a quienes no la compartían.

«Yo no soy tolerante, porque es estúpido creer que la verdad y el error tienen iguales derechos —afirmaba—. Pero... no se trata de una agresividad hacia el adversario. La intransigencia con el error no sólo no es incompatible, sino que obliga al amor hacia la persona equivocada. ¿Cuántas almas habilísimas están, llenas de buena fe, en una postura errada? ¿Cómo darles... la verdad, si levantamos... una muralla de rencores y prejuicios?»⁵.

En la Universidad de Chile —donde el ambiente era irreligioso y aun anticatólico—, profesores importantes y muy de esta línea comenzaron combatiendo con dureza a Eyzaguirre. V. gr., los historiadores Alamiro de Avila y Guillermo Feliú. Pero terminarían, sin renegar de sus propias ideas, admirándolo y haciéndose amigos suyos.

Para muchos fue impresionante que Jaime Eyzaguirre, habiendo herido alguna susceptibilidad en el calor y vehemencia de una discusión, diera excusas allí mismo, públicamente, o —más difícil todavía, es probable— privadamente más tarde.

Daremos un ejemplo de esta actitud.

Don Jaime y el presbítero Fidel Araneda habían sido íntimos amigos en la ANEC (como ya dijimos: Capítulo Segundo). De adultos se distanciaron, y hasta rompieron. La causa: que Eyzaguirre obstaculizara el ingreso del sacerdote a la Academia Chilena de la Historia... simplemente, sin ninguna malevolencia, porque no le hallaba méritos para el sillón. Mientras tanto, Arturo Alessandri Palma, muy afecto a Araneda, lo introdujo en la Academia Chilena de la Lengua, donde tampoco podía exhibir excesivos méritos justificatorios. Eyzaguirre entró igualmente, con posterioridad. Allí, debatiéndose la elección como académico de Eugenio Pereira, sostuvieron los ex amigos una disputa violentísima, en la cual se pusieron recíprocamente de oro y azul, a vista y paciencia de los otros académicos.

«... Pasada la elección (narra Araneda), en la que triunfó por un voto Eugenio Pereira... Jaime Eyzaguirre pidió públicamente excusas si me había ofendido, porque no era ésa su intención. Me limité a decirle: gracias».

«Poco después el Dr. (Rodolfo) Oroz me dijo que Eyzaguirre estaba muy arrepentido de su actitud; lo mismo manifestó Pedro Lira: aseguró que Jaime estaba muy inquieto y triste por lo acaecido y se había confesado».

El fenómeno de intolerancia con las ideas y tolerancia con los hombres, que venimos describiendo, también se daba al revés. Don Jaime deponía diferencias ideológicas tratándose de ciertas personas, sencillamente porque le caían bien... eran sus amigos. Fue, para decirlo con vulgaridad y claridad, esencialmente «barrero». Así, había establecido (hemos dicho) una distancia doctrinaria y aun de sensibilidad respecto de los falangistas-demócratacristianos, distancia que los años, vimos, fueron agudizando. Pero ella «no corría» si se

trataba de quienes, pese a ser miembros o simpatizantes de la Falange o la Democracia Cristiana, gozaban de la estima de Eyzaguirre, v. gr., Hugo Montes y Máximo Pacheco. Éste, al revés de Montes, era un demócratacristiano activo (y de mucha figuración como tal)... pero no perdía la amistad de don Jaime, hiciera lo que hiciese. Los seguidores más jóvenes del historiador, un poco por embromarlo, le subrayaban esta contradicción, pero él, con cierta incomodidad, se defendía aduciendo: «Máximo es otra cosa». La «otra cosa» era ser su amigo⁶.

Igual, y todavía más inexplicable (aparentemente) sería el caso de Armando de Ramón, discípulo y amigo estrechísimo de Eyzaguirre... pero de ideas político-sociales moderadamente izquierdo-cristianas, imposible menos afines a las de Eyzaguirre.

Pero el ejemplo de mayor relieve de esta actitud sorprendentemente «ecuménica», fue el de Leopoldo Castedo, español, miliciano izquierdista de la Guerra Civil, emigrado del *Winnipeg*... Parecía inimaginable, asimismo, una persona más antitética con Jaime Eyzaguirre. Pero se hicieron amigos íntimos y don Jaime —que admiraba los conocimientos y sensibilidad de Castedo respecto al barroco americano— gestionó para él una serie de conferencias en el Salón de Honor de la Católica, y otras en la Universidad Austral, Valdivia, donde entonces «reinaban» sus discípulos Jaime Martínez, Sergio Contardo y Hugo Montes. Escribía al último:

«Castedo ha estado dictando un curso de seis lecciones sobre el barroco americano con el Salón de Honor enteramente lleno... Sería interesante que repitiera en Valdivia... algunas de las conferencias. Son amenas, muy hispanicas y complementadas con abundantes diapositivas en color, de gran calidad».

La amistad, entonces, fue extrema en don Jaime, y literalmente podía cegarlo respecto de quienes la usufructuaban. Sucedió algunas veces, trayéndole sorpresa y desánimo.

La conversación era el verdadero fuerte de Eyzaguirre, rasgo del cual naturalmente no nos queda nada. En ella, se mostraba torrencial, interminable, chispeante, pleno de sabiduría, conocimientos, doctrina, intuiciones e ingenio. Sería el arma favorita de don Jaime para defender y propagar las altas ideas que le interesaban —y que paulatinamente se habían ido concentrando en la hispanidad y su relación con América y Chile—, y para ejercer el apostolado católico.

Mas no siempre la conversación de Jaime Eyzaguirre era virtuosa. Como hemos dicho (Capítulo Segundo), la crítica irónica podía ser también cruel, o tornarse pelambre liso y llano, divertido pero arrasador. La señora Adriana, lealmente, lo niega; para ella, su marido no caía en aquél, si bien era posible

que Eyzaguirre censurase las actitudes de algunas personas —particularmente tratándose de actitudes públicas— con mucha severidad, pareciendo con ello que atacaba *ad hominem*. Pero los demás entrevistados confirman que el pelambre no era inusual en Eyzaguirre, si bien por lo común dirigido contra las *actitudes* de las víctimas, no contra sus *defectos*.

De cualquier modo, la conciencia acostumbraba remorderle (recordemos el caso Araneda): «Esta ironía (Capítulo Segundo) —confesaba— es peor que el pelambre, y el mayor pecado que puede haber es hablar mal del prójimo».

«Pero se le salía no más —comenta ahora el confidente de aquellas palabras, Armando de Ramón—. No podía aguantarse»⁷.

Un personaje encantador... pero de convivencia nada fácil.

No por su carácter. Éste fue explosivo y pronto a la cólera, pero una cólera que duraba poco y no dejaba rastros. Era cosa de no ponerse en el camino del vendaval... mientras durara.

Más prominente fue su sinfín de pequeñas limitaciones y manías.

Ya hemos hablado de su carácter impráctico. Toda actividad física le causaba un agudo temor de accidente o desgracia: viajar en automóvil o avión, los baños de mar o de piscina, cabalgar, hacer ski, etc. (por tal motivo, la señora Adriana, muy aficionada a estos dos últimos deportes, los abandonaría). Odiaba el polvo y la arena, debido a lo cual nunca descendía a la playa. Los ratones y algunos insectos, v. gr. las arañas, le causaban pánico. En un episodio célebre, que sus hijos recuerdan, detectó una mientras todos desayunaban. Inmediatamente pidió a la señora Adriana que la eliminara. Ella la cogió con su pañuelo, sin matarla, y despreocupadamente guardó éste —la araña adentro— en el bolsillo. Eyzaguirre, alarmadísimo: «Pero Adriana, qué espanto... mácala, te vas a sonar con el pañuelo». Así hubo de suceder, pocos minutos después... la señora, distraída, sacó el pañuelo para sonarse, y la araña recuperó la libertad. Indignación de don Jaime.

Se le fue acentuando la hipocondría, fruto quizás (nos decía el Capítulo Primero) de su infancia enfermiza y sobrecuidada. No era persona de tomar remedios indiscriminadamente, pero sí de vigilar sin pausa la propia salud, y adoptar minuciosas precauciones contra posibles males, v. gr., los resfríos y las «corrientes de aire», tan de la época. Por ellas, al salir en la noche desde un lugar cerrado al aire libre, se colocaba —y hacía que lo imitaran su mujer e hijos— un pañuelo sobre boca y nariz. No lo dejarían hasta el automóvil o, si tomaban un microbús (lo más común), hasta la misma casa. Además, Eyzaguirre andaba siempre forrándose en abrigos y bufandas, y encendiendo estufas.

Aquellos males imaginarios eran muchos y continuados. El más obse-

sivo: el cardíaco, aprensión venida —es posible— de la infancia, recordando la muerte de su padre. Don Jaime consultaba frecuentemente médico al respecto, en especial si había de tomar un avión: lo aterrorizaba sufrir un infarto durante el vuelo. Si la señora Adriana no iba con él, entregaba solemnemente a algún acompañante una cajita bien cerrada, que contenía un surtido de medicamentos para el corazón, v. gr. coramina.

Pero la única enfermedad efectiva que tuvo fue una hernia, operada con éxito seis meses antes de morir. Sufría además de insomnio, contra el cual tomaba unas pastillas de acción retardada, que doña Adriana le traía.

La hipocondría física acostumbraba extenderse al espíritu. Jaime Eyzaguirre era, según se ha dicho, hombre pesimista, aprensivo de catástrofes personales, familiares, locales, nacionales y mundiales. Lo veía todo negro hacia adelante, y pocas rendijas de luz. No podemos decir si por esta propensión del espíritu llegó a Bloy y al milenarismo, o viceversa. Pero podía tornarse agobiante para los demás.

Era sumamente ordenado. En un trozo de algún parte matrimonial, recortado a la medida exacta del bolsillo superior de la chaqueta, apuntaba diariamente, con letra pequeña y casi indecifrable, todo lo que debía hacer esa jornada... y lo hacía.

Le caracterizaba la pulcritud para vestir. Su reducido y antiguo vestuario debía hallarse siempre inmaculadamente limpio y planchado. Amaba las corbatas sobrias y hermosas, regalo sempiterno de su hermano Ramón para cualquier fiesta o aniversario. Eran las únicas prendas de vestir que, ocasionalmente, compraba. Hacía despliegue de ellas, a fin de que la familia las admirase.

Su día se fue ajustando a rutinas que devendrían casi inamovibles. Tras levantarse muy temprano —7 o 7. 30 A. M.—, escuchaba misa y recibía la comunión en el cercano Seminario (luego parroquia de los Santos Angeles Custodios). Vuelto a casa, desayunaba un gran tazón de leche, y fruta. Hasta mediodía, clases. Luego, una pasada por la librería *El Arbol* —de la cual hablaremos luego— o regreso al hogar, usualmente con una comitiva de alumnos, según se dirá. Almuerzo familiar, y pequeña siesta sentado en un sillón... otro ritual. El sillón, siempre el mismo. También invariablemente, disponía una servilleta entre su cabeza y el respaldo, para no ensuciar éste; al despertar, ocultaba la servilleta bajo el cojín. Durante la siesta, sintonizaba la música clásica de Radio Chilena (la única, dijimos ya, que conseguía ubicar en el dial). En la tarde, alguna clase más o conferencia, la Academia Chilena de la Historia u otra entidad de que formase parte, y especialmente la investigación en las bibliotecas públicas y el Archivo Nacional. Regresaba hacia las 5 o 6 P. M., para estudiar, preparar clases, escribir... previa una taza de té, o un



☞ *Cabeza en bronce
de Jaime Eyzaguirre
esculpida por Enrique
Pérez Comendador.*

mate si el frío arreciaba. Ciertas tardes fijas, en particular los miércoles, de 6 o 7 P. M. adelante, recibía grupos de alumnos y conversaban de Historia y Religión (más sobre esta última). La comida era también en familia, y rápido el irse a la cama; el trasnoche, sabemos, casi desconocido y generalmente por deber social.

Todo ello tenía como escenario la casa, arrendada, que habitó don Jaime desde el matrimonio hasta dejarla el día mismo de su último viaje: Avenida Seminario N° 40. Era propiedad del Arzobispado, de dos pisos, ni muy amplia ni muy cómoda, algo oscura, pero en general satisfactoria y con un buen jardín. Los dormitorios ocupaban el piso alto. Abajo había un comedor, un gran «salón», el «escritorio» de Eyzaguirre y las dependencias de servicio. El escritorio, en verdad, era un pasadizo, pues sólo por él se accedía del salón a las dependencias: las paredes estaban literalmente tapizadas de

libros, y contenía una mesa de escribir y sillas. Sin embargo, don Jaime de hecho no lo utilizaba, ya que la circunstancia de ser corredor lo hacía incómodo. Trabajaba en el salón. Tenía allí otra mesa, de mucha mayor amplitud, frailería, junto a una ventana, con el busto de algún personaje sacro (¿San Juan Bautista?), una lámpara de fierro forjado y pantalla de antiguo pergamino, y su máquina Underwood, en la cual tecleaba velocísimamente... a dos dedos. Presidía un descomunal retrato de Agustín de Eyzaguirre (Capítulo Primero).

El salón era el centro social de la casa, donde se recibía a las visitas y se celebraban las reuniones de don Jaime con sus alumnos. Pero se hallaba todo él como vuelto hacia el jardín... salvo la mesa, ventana y rincón de Eyzaguirre que —orientados a la calle— le conferían el necesario aislamiento.

Personaje misterioso de este salón era una cabeza del dueño de casa, esculpida en bronce por el notable artista español Enrique Pérez Comendador, el mismo de la estatua ecuestre de Valdivia (Plaza de Armas, Santiago). La escultura incomodaba a don Jaime, quien la mantenía semioculta. Pero su hija Isabel, cada vez que la visitaban amistades, ponía en lugar de honor la cabeza, del cual después la sacaba Eyzaguirre para devolverla a su primitiva y modesta ubicación. «Y en eso nos llevábamos —dice Isabel—. Incluso mis hermanos recuerdan que yo (apenas era niñita) solía ponerle sombrero y bufanda para destacarla más».

Conocía don Jaime, naturalmente, a muchísimas personas, pero sus amistades profundas fueron pocas. Entre ellas:

—Su cuñado, Julio Philippi, con quien mantenía larguísimas y densas conversaciones (en particular respecto de *Estudios*) que a los hijos, por lo menos, no parecían muy entretenidas, quizás porque «no nos daban ni apunte».

—El músico Alfonso Letelier. Eyzaguirre amaba las periódicas invitaciones al fundo de Letelier en la laguna de Aculeo, donde podía, tranquilo, escuchar música y escribir:

«En inviernos lluviosos, subía un riachuelo y cortaba el camino interior del fundo. Entonces, de vuelta a Santiago, mi padre era pasado al apa por los huasos. Él llevaba las dos manos en alto, una con el maletín y la otra con la Underwood. La cosa era llegar puntual a dar sus clases»⁸.

—El diplomático y escritor peruano Alberto Wagner de Reyna, de larga familia y acendrado catolicismo. Corrientemente, hacía de chofer dominical de los Eyzaguirre, llevándolos a la misa benedictina. Su cargo le facilitaba importar whisky pagando precios razonables, y no los prohibitivos entonces usuales en nuestro país. Solía regalar algunas botellas a Eyzaguirre, quien las reservaba para sus mejores amigos y recepciones de mayor aparato.

—Tuvieron asimismo don Jaime y la señora Adriana, buenas amistades

familiares. Por ejemplo, entre varios, Ramón Eyzaguirre, visitante asiduo y cariñoso de la casa. O Augusto Izquierdo —pintor paisajista y abogado procurador de número... una combinación ciertamente singular— quien, con su mujer María Fontecilla, al igual pintora, acostumbraban llevarlos por el día a Algarrobo.

Entre los discípulos de Jaime Eyzaguirre, algunos fueron además amigos suyos muy queridos. Así el historiador Armando de Ramón (Premio Nacional de Historia): el benedictino, arquitecto y también historiador y Premio Nacional Gabriel Guarda, y el poeta y maestro Hugo Montes. El último, veremos, lo sucedió en la dirección de *Estudios* ?.

La pobreza. Jaime Eyzaguirre eligió deliberadamente ser pobre, en un nivel que no le significaba, por cierto, la deprivación que alcanzara Bloy, su héroe de juventud, pero sí abstenerse de agrados, imponerse humillaciones y sufrir lo peor de la pobreza: la incertidumbre del mañana.

Los agrados perdidos fueron muchos.

Le gustaba la buena ropa, pero —dijimos ya— sólo tenía dos o tres ternos, todos muy antiguos y algo gastados. En el de gala, color azul oscuro, los pantalones se descosieron una vez, de arriba abajo, durante una ceremonia pública de la cual don Jaime era la estrella. Consternación de los presentes... menos de Eyzaguirre, quien —al revés— se reía de buena gana. Hemos dicho que sólo las corbatas hacían inofensiva excepción a esta parquedad de vestuario.

Le gustaba también la mesa fina, la dulcería —las sopaipillas, la mermelada de naranja, el chocolate sólido y también el líquido, caliente, a la española—, pero en su hogar comía barato... mote, cochayuyo, papas con chuchoca, pantrucas, charquicán, carbonada. Pues los ingresos no toleraban otra cosa. Jaime, hijo, cuando se casó, dijo a su mujer que eliminara del menú familiar los garbanzos... los había ingerido, en la casa paterna, bastantes para una vida entera. Según el jesuita Hanisch, su «estómago eclesiástico» rechazaba comer donde Eyzaguirre: equivalía a ayunar¹⁰. Y don Jaime todo lo aceptaba... «jamás dejó lo que había en la mesa, nunca dijo “esto no me gusta”...»¹¹.

Quizás para compensar sus frustraciones de *gourmet* reducido al charquicán, hacía los honores de las comidas regulares, con abundancia y sin aceptar omitir ninguna. Si marido y mujer volvían de algún cóctel vespertino o nocturno, donde Eyzaguirre no hubiera desdeñado nada de lo ofrecido, de todos modos se sentaba formalmente a la mesa. «No he comido».

Amaba don Jaime el vino, especialmente el dulce, pero lo bebía sólo los domingos o para grandes ocasiones. Hanisch nos lo muestra recogiendo en una botella los «conchitos» de las que se iban terminando...

Se sentía (acostumbraba decir) un músico de vocación incumplida, que imaginara —sin poder, habitualmente, asistir a ellos— conciertos sinfónicos, óperas, etc. Debió satisfacerse con la Radio Chilena; una antigua victrola de discos igualmente antiguos, de aquellos de 78 revoluciones, tan frágiles; y las largas horas de música *chez* Alfonso Letelier en Aculeo. Comentaba entonces lo escuchado —escribiría Letelier— con «penetración». «La agilidad de su espíritu calzaba naturalmente mejor con las expresiones más sueltas, del canto gregoriano, de la mística polifonía de Vitoria, del barroco, del romanticismo, y últimamente de lo actual. Consideraba la música como el arte más sintomático, y quiso enriquecer su vivencia conociendo mucha música...».

Él mismo dijo: «Siempre soñé con la música, pero exigía mucho estudio y mucho dinero, y yo siempre he sido pobre»¹².

La pobreza le cortaba las alas, también, respecto de la pintura, que por igual lo atraía fuertemente.

Recordemos, en fin, que no tuvo automóvil y se movilizaba en proletarios buses y tranvías.

Un agrado que no le negó la Providencia: los viajes a países de Hispanoamérica —Perú (1951), Santo Domingo (1956), Argentina (1960, 1961, 1966), Venezuela (1961),— y de Europa. Motivaban estos convites sendos congresos internacionales, así como su creciente prestigio de historiador, y eran casi libres de gastos para él.

Ya hemos señalado que los viajes mismos —el avión, el cambio de rutinas, los pequeños tropiezos, etc.— aterrorizaban a Jaime Eyzaguirre. Pero sano y salvo en su punto de destino, readquiría calma y empuje, recorriendo campos y ciudades con auténtico e hiperkinético entusiasmo.

España fue el primer invitante transoceánico, el año 1947. El recorrido duró siete meses, y sería decisivo para afianzar en Eyzaguirre el sentido hispánico que, según ya anticipamos (y elaboraremos más adelante), orientó definitivamente su pensamiento tras la Segunda Guerra Mundial.

Retornaría don Jaime dos veces a la Madre Patria (1949, 1958), la última, luego de visitar Alemania, como huésped de su Gobierno Federal.

Cualquier viaje de Eyzaguirre a España tenía —parte importantísima— una estadía sevillana para investigar el fondo inagotable de documentos chilenos y americanos, coloniales, que era y sigue siendo el Archivo de Indias. La figura de Jaime Eyzaguirre fue familiar en el viejo edificio dieciochesco, diariamente inclinada sobre los fajos de amarillentos papeles indianos, hasta que se extinguía la luz natural (pues el Archivo, temeroso de incendios, no la aceptaba de otra índole).

El cuarto viaje de Eyzaguirre a España y Sevilla, se hallaba planeado para comienzos de 1969. Se interpuso la muerte.



Adriana Philippi y Jaime Eyzaguirre a su llegada al aeropuerto de Barajas, Madrid, 1947.

Como buen pobre, Eyzaguirre sufría humillaciones. Le golpeaba, v. gr., que sus hijos debieran atenderse la dentadura con alumnos de odontología en práctica, aunque un devoto amigo, Rafael Huneeus, profesor de la Escuela, le seleccionara para ello los más competentes.

La interrogante de qué comer mañana, era atenzadora, pero marido y mujer la afrontaban en la confianza de que «Dios proveería»... otro rasgo inspirado por León Bloy. E, igual que tantas veces anotan los «diarios» del escritor francés, cuando la necesidad o urgencia alcanzaban el límite y el porvenir la mayor negrura —testimonian los hijos—, llegaba un dinero extra, imprevisto, a sacarlos de la aflicción... algún honorario inesperado, o inesperadamente alto, por una conferencia pronunciada o por un artículo escrito ya tiempo atrás, y del cual Eyzaguirre ni siquiera se acordaba.

Una carta sin fecha ni lugar, pero de los años '50, que nuestro biografiado dirige a su mujer, ausente de Santiago, resume este vivir al día. Le dice: «La Universidad de Chile pagó por fin, y gracias a éso he podido moverme en cuentas, pagué a la Berta (luego veremos quien era ésta), casa, etc. Sólo en dinero del culto 10.500 (pesos)...»¹³.

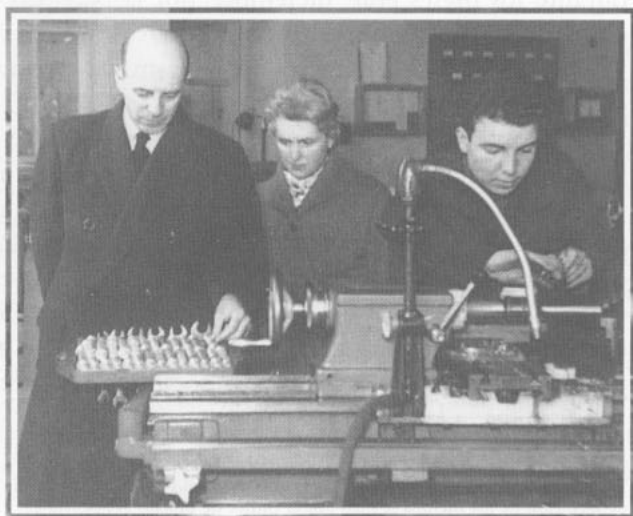
No deja de conmover la última referencia, viniendo de un hombre ahorcado en sus finanzas hasta el extremo.

Perogrullescamente, Jaime Eyzaguirre era pobre debido a que le pagaban poco por lo que hacía... destino del profesor. Sus remuneraciones como docente del Liceo Alemán y de la Católica, apenas cabe llamarlas propinas. El fuerte de su ingreso, sin ser espectacular ni cosa parecida, lo aportaba la Chile, amén de darle otros beneficios, v. gr. médicos. Se complementaría la renta docente con pequeños puestos de cortísima remuneración... así, la de un cargo de «Asesor Literario» —servido bajo condiciones particularmente incómodas e inhóspitas— en la editorial católica Difusión. O dirigir *Estudios*, etc. La pluma del escritor no le rendiría casi nada, hasta el premio y triunfo del *O'Higgins*, mediando los años '40.

Para apreciar la estrechez y dureza del dogal económico que asfixiaba a Jaime Eyzaguirre, consideremos su situación en la Universidad Católica, los dieciocho años que van de 1934 a 1952. Hasta 1944, su sueldo mensual —por cada cátedra servida— no varió: 350 pesos. Terminando el decenio '34-'44, se hubiera requerido fijarlo en aproximados 850 pesos, sólo para recuperar la desvalorización inflacionaria. Subió a 600 pesos. El año 1949, alcanzaba los 800 pesos (que hubieran debido ser 1.771... la inflación había cobrado vuelo). El año 1950, llegaba a 1.025 pesos (debieran haber sido 2.078). El año 1952 sería de 2.200 pesos... cuando los 350 pesos del '34 representaban 3.371. Corridos dieciocho años, pues, Jaime Eyzaguirre ganaba por cada cátedra de la Católica, unos dos tercios del valor efectivo de su



☞ Adriana Philippi y
Jaime Eyzaguirre en la
Plaza de San Marcos,
Venecia (1947).



☞ En una fábrica
de Madrid (1947).

suelo inicial. Entre 1949 y 1952 había sido no dos tercios, sino menos todavía, la mitad*.

Era típicamente eclesiástico que las instituciones de la Iglesia pagasen con cicería a un servidor tan sobresaliente y abnegado... pero que a la vez la misma Iglesia lo subsidiara de manera indirecta, como ser a través de la magna renta que el Arzobispado le cobraba por la casa de Avenida Seminario.

Lo propio sucedía con el arriendo pagado por el local donde funcionaba la librería *El Arbol*, Moneda N° 1.050, bajos de una de dos casas anexas a la iglesia de las Agustinas (en los altos de la otra, vivía Monseñor Carlos Casanueva). Eran asimismo propiedad del Arzobispado. *El Arbol* estaba además dotado de un altillo para guardar libros.

Es curioso pensar que los antiguos grupos «político» y «apolítico» de los jóvenes socialcristianos (Capítulo Segundo) poseían los años '40 y '50 sendos centros de tertulia intelectual y comercio de libros, separados por una muy corta distancia. En efecto, viniendo desde la Alameda hacia calle Moneda, acera oriente, se encontraba la *Librería del Pacífico*, Ahumada 57, reducto falangista. Y doblando luego por Moneda hacia calle Bandera, vereda norte, los ex «ligueros» mantenían *El Arbol*.

El Arbol había sido puesto y capitalizado por amigos del historiador, para que éste —como socio y «gerente»— obtuviese una renta suplementaria. Empleados de planta eran: Rebeca Pina, mujer de pueblo, que nada entendía de libros ni literatura, pero —en sobrada compensación— se mostraba cristiana ejemplar, cálida y acogedora; y *Cook*, un factótum de rostro inexpresivo, edad indefinida, trabajólico, y cuya devoción por el «gerente» no reconocía límites. Las hijas de don Jaime, en especial María Paz, ayudaban durante los meses *peak*: diciembre, por la Navidad, y marzo, por los textos escolares, cuya venta Eyzaguirre aceptaba no de muy buena gana¹⁴.

Pues para él la librería era un centro de cultura y difusión católica, más que un negocio.

Como dijimos, concurría a *El Arbol* dos veces diarias, hacia el final de la mañana y atardeciendo. En el fondo del local —que no era muy extenso— y tras el relativo aislamiento proporcionado por un estante de mediana altura, existían un sofá y una mesa baja, formando una especie de rincón. Allí don Jaime y sus amigos conversaban de historia, literatura, religión, política, etc. El stock de libros era fundamentalmente español (Eyzaguirre usaba sus contactos en la península, y catálogos que éstos le remitían)... libros serios, profundos, sobre temas históricos, sociológicos, literarios, religiosos. Asimismo

* Certificado de la Universidad Católica, 6 de abril de 1955. Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi. La deflacción de los sueldos se hizo por el Índice de precios al por Mayor.



☞ Jaime Eyzaguirre
hacia 1950.

mo libros de arte reenacentista y medioeval, y reproducciones de cuadros similares.

«Y un encargo —escribía Eyzaguirre a su hija Isabel Clara, de viaje por Europa— (sólo en caso de que tengas plata; pues no es urgente): comprar en Colonia o en otra ciudad... una reproducción buena y grande de la virgen de Lochner. La quiero para la Librería, pues va a faltar para Pascua. Si te aguanta el bolsillo, puedes traerme dos iguales... Pero, vuelvo a repetirte, *no es indispensable*, y no te pongas nerviosa por esto...».

El Arbol daba muy poco, y entre fines de los '50 y comienzos de los '60 debió entregar el local de Moneda. No pudo hallar uno nuevo y cercano de parecidas condiciones. Cerró sus puertas.

Curiosamente, el hombre pobre que fue Jaime Eyzaguirre, rechazaba mejorías de condición no sólo sustanciales sino —para su escala— descomunales. Dos veces, v. gr., rehusó ser embajador en España: durante la segunda presidencia Ibáñez (Jorge Prat se la ofreció, por orden del Mandatario) y luego con Jorge Alessandri.

¿Razón del rechazo? La pérdida de sus alumnos, insoportable para él. Además que, ya en la Madre Patria, si no investigaba, simplemente moriría de frustración y hastío, y si investigaba, sentiría robarle el tiempo y el sueldo a la labor diplomática, motivo preciso de su hipotético nombramiento.

Estas razones eran sinceras. Pero había algo adicional: el abrazo voluntario y deliberado a la «hermana pobreza», como forma la más perfecta de la vida cristiana. Saudades de Bloy, Vives y Salas, los viejos maestros.

La última década de su vida sería menos angustiada —monetariamente hablando— para Jaime Eyzaguirre. Clases, conferencias y libros eran mejor pagados. Sueldos como el de la Academia Diplomática, incrementaban sustantivamente fuere el ingreso total percibido, fuere los beneficios anexos. Tuvo algunos «lujos», v. gr., un tocadiscos moderno.

Pero siempre sería un hombre pobre.

Faltándole cuatro años para morir, escribía haberse «incorporado a la planta definitiva del Ministerio de Relaciones». Dejaba, pues su asesoría del mismo: «Quedo enmarcado en un horario burocrático y con un sueldo casi la mitad más bajo que el que percibía (como asesor a contrata)...».

«La ventaja es sólo la seguridad: los contratos son por anualidades, y la previsión. A los 55 años me encuentro sin aterrizaje previsional, después de 30 años de profesor sin imposiciones en la Universidad Católica... ¡Qué lástima que ella nunca haya pensado en ocuparme como profesor de jornada completa en el Pedagógico y en Leyes! Ahora tengo que mantener a mi familia mientras la vida sube en forma alarmante. Mi vocación universitaria pura, que es lo que más he deseado en mi existencia, no ha podido realizarse plenamente... y el tiempo corre y la vejez asoma...»¹⁵.

Modestia de vida casi afflictiva, pero de un sentido religioso nunca olvidado.

*Los hijos*¹⁶. Irían llegando, hasta 1952, fecha de nacimiento del último. Serían cinco, dos hombres y tres mujeres: Jaime (nacido en 1935), Isabel Clara (1937), María Paz (1939), Rafael (1941), y María Teresa (1952), ésta once años menor que su antecesor en la lista familiar.

Tuvieron caracteres completamente distintos.

Jaime fue el científico estilo Philippi, serio, reposado, silencioso, cumplidor, un niño y muchacho sin problemas.

Rafael, travieso desde la infancia (recordemos las estampillas de Ibáñez sobre el espejo de la abuela), activo y realizador, inteligente pero sin vocaciones intelectuales. Un Eyzaguirre de la línea de los negocios.

Isabel Clara, con los gustos, amores y distancias de su padre, hispánica, intensa, inclinada a la Historia, el periodismo, la enseñanza y la bibliotecología.

María Paz, según ella la verdadera «rebelde» de la casa.

Y para concluir, María Teresa, la adolescente de los protestatarios años '60, a cuyos finales quedaría sin padre.

Sobre un grupo tan distinto de personalidades, don Jaime y doña Adriana aplicaron su propia idea de la formación, la educación y la disciplina.

Coinciden los hijos en que, si la parte «logística» de sus existencias era exclusiva de la madre, el padre —con el fuerte carácter y claras, tajantes convicciones que lo distinguían— lideraba el aspecto formativo.

La vida en Seminario N° 40 era muy disciplinada. Después de la medianoche, nadie, a ninguna edad, podía hallarse si no en la casa. La exigencia de estudios y notas fue dura para los hijos varones, con retos indignados de don Jaime, y castigos —fundamentalmente, no salir sábado ni domingo—, si éstas no alcanzaban un nivel satisfactorio. Rafael sería el más afectado, pues combinaba el poco estudio con las buenas calificaciones, fórmula feliz... pero que suele deparar sorpresas. «Si yo hubiera sido tan exigente con mis hijos como mi padre conmigo, no hubieran tenido un fin de semana libre en toda la vida» (Rafael).

Respecto de las hijas, la exigencia adoptaba otra forma, no hacía tanto énfasis sobre las notas como sobre la cultura... Se les pedía que leyeran mucho, se las estimulaba y acompañaba para que asistiesen a conciertos, exposiciones, conferencias, obras de teatro y ballet, etc., en el Municipal, el Instituto Chileno de Cultura Hispánica o la Universidad Católica, consiguiendo dificultosamente entradas gratuitas o baratas.

Un tiempo, inclusive —hasta que el costo subió en exceso y se hizo imposible de abordar—, los hijos tuvieron abonos a la temporada de la Orquesta Filarmónica. Pudieron también, y fueron apoyados financieramente para que lo hiciesen, viajar fuera de Chile, por motivos de estudio (Jaime a los Estados Unidos, como se verá), o de aprovechamiento cultural (Isabel Clara a Europa, 1959).

Casi todos los Eyzaguirre Philippi serían grandes lectores. Algunos, v. gr. María Paz, adquirieron además el amor *físico*, sensorial, por el libro bellamente editado, amor característico de don Jaime y que *El Arbol* reflejaba y estimulaba.

«... Describía (Eyzaguirre) en la casa, a la hora de almuerzo, un día cualquiera, los libros que estaban desempaquetando arriba, en el altillo (de *El Arbol*)... libros de arte preciosos... Y ahí corríamos todos a la librería, a ver... No podíamos dejar esos libros ahí, que se los llevaran otros antes de verlos nosotros...».

Nos dio un amor por los libros que *cra enfermizo*» (María Teresa).

Las fiestas adolescentes de las Eyzaguirre Philippi eran pequeñas —lo que entonces se llamaba «bailoteos»: diez niñas y veinte jóvenes, música de

discos puestos en la victrola— y severamente controladas por don Jaime respecto de qué muchachos estaba permitido convidar. Hacía él mismo la selección, partiendo de sus listas de Universidad, y las jóvenes afrontaban el tormento de llamar telefónicamente a los varones escogidos... ¿Qué alumno podría negarse, si invitaban las hijas del profesor? Desde la puerta del salón, Eyzaguirre solía atraer a los convidados con su charla, causando la angustia de las mujeres, no obstante los esfuerzos que desplegaba doña Adriana para sacarlo de en medio. Terminaron invitando *treinta* muchachos, y no veinte, para que la conversación del dueño de casa no arruinara la fiesta.

Salvo en estas oportunidades, don Jaime mantenía una severa separación entre sus hijas, de un lado, y del otro los numerosos muchachos —alumnos suyos del Liceo Alemán, de las universidades y después, también, de la Academia Diplomática— que por diversos motivos visitaban Seminario N° 40. Especialmente los miércoles, días de una reunión «plenaria», sobre todo religiosa, antes mencionada, para aquellos jóvenes más próximos a Eyzaguirre.

«Estaban todos esos *lolos* en el salón... muy interesante, te fijas, pero asomarse... por ningún motivo. Teníamos absolutamente prohibido integrarnos. La familia era aparte» (María Teresa).

A los pretendientes se otorgaba —si descontamos sábados y domingos— apenas un día semanal. Era inimaginable que alguno pensara siquiera —ese día— salir solos él y la Eyzaguirre Philippi de su predilección. Ver visitantes masculinos en casa sin chaqueta o corbata, alarmaba más que molestaba a don Jaime. Algunos traían la corbata en el bolsillo, y cruzando la puerta de calle se la colocaban. Sus antecedentes familiares eran examinados cuidadosamente, no por prurito genealógico, sino como indicativos de posibles vicios y virtudes.

La vigilancia paterna sobre la prensa era muy estricta... y éso que la casa leía únicamente *El Diario Ilustrado*, católico y conservador. De todos modos, los padres eliminaban las páginas de cine y un suplemento de espectáculos, estimados moralmente incorrectos. Lo anterior no significaba distancia por los films. Don Jaime podía ver cuatro o cinco veces alguno que le interesara... v. gr. *La fuente y la doncella*, de Ingmar Bergman, o *El Quinteto de la Muerte*, de Alec Guinness.

Los hijos miraban muchas de estas limitaciones como injustas y hasta absurdas, o aun inexplicables. Pero no las desobedecían, pues Jaime Eyzaguirre no hubiera aceptado se cuestionara su autoridad y ellos así lo visualizaban, instintivamente. De otra parte, don Jaime fijaba el marco de la vida común mediante la ironía y la indirecta, más que a través de órdenes formales. Quien llegaba tarde, v. gr., no cosechaba un reto abierto, sino un saludo inmediato

pero frío —mostrando que el padre había perdido sueño por el hijo pródigo— y, a la mañana siguiente, un comentario burlón en igual sentido... que el infractor había molestado con su atraso nocturno.

Eyzaguirre tampoco hablaba estos temas con los hijos. Como padre, ellos lo sentían cariñoso y preocupado, pero un tanto lejano. No rehusaba las manifestaciones físicas del afecto filial, mas tampoco parecía necesitarlas ni menos buscarlas (rasgo éste, por lo demás, común entonces entre los adultos de su clase y edad).

No obstante las limitaciones que hemos esbozado, los Eyzaguirre Philippi guardarían un luminoso recuerdo general del que fuera su hogar. Es difícil y quizás presuntuoso explicarlo, pero creemos que ello tuvo varias causas:

—Los padres no intentaron imponerles ningún futuro, y entendieron sus problemas y las distintas fases de sus vidas —a veces ilógicas y revueltas—, procurando darles ayuda y sin forzarlos a nada.

Por ejemplo, Jaime —el modelo— abandonó bruscamente su promisoría carrera médica, cuando cursaba el cuarto año de ésta, para estudiar ciencia pura, bioquímica, en los Estados Unidos.

Todo ello iba a contrapelo de los padres: perder el muchacho una expectativa profesional ya avanzada; reemplazarla por estudios exclusivamente científicos, entonces igual que ahora de nublado horizonte económico; hacerlos en los Estados Unidos, país que don Jaime miraba (según hemos visto y volveremos a ver) con distancia, y juzgándolo lugar peligroso para la fe católica...

Sin embargo, don Jaime y la señora Adriana no solamente no contradijeron sino que secundaron la tajante decisión del hijo mayor, en la cual, por supuesto, no habían tenido ninguna parte. «(Mi padre) me apoyó, y eso que ese país (EE. UU.) estaba tan lejos, en todo sentido, para él».

María Paz, de su lado, reivindica —dijimos arriba— haber sido la auténtica rebelde de los Eyzaguirre Philippi:

«Sí. Yo fui la loca de la familia».

No estudiaba, porque no le interesaban sino algunos temas: Biología, Historia... «Las monjas (ursulinas, su colegio)... la cabeza a dos manos... decían: "Esto es espantoso, una hija de Jaime Eyzaguirre que no quiere estudiar, no puede ser"...». Abandonó la enseñanza media en quinto año. Entró a Educación Familiar. Corrido un bienio, descubrió que —por no tener completa aquélla— no le otorgarían título, sino un mero «certificado de competencia». Molestísima, dejó la carrera y, con grandes aprensiones de los padres, ingresó a la Cruz Roja:

«Era lo que siempre había querido... ser arsenalera... En la Asistencia

Pública... donde uno veía de todo... En esa época, las señoritas no iban a la Asistencia Pública a ver de todo... mujeres abortando, tipos que les cortaron una pierna, o con un balazo aquí porque los habían asaltado de noche...».

Nuevamente, don Jaime y la señora Adriana —que es imposible miraran sin aguda aprensión el agitado currículo de su hija— pusieron buena cara al mal tiempo, y dieron todo respaldo humano a María Paz, sin condiciones.

La menor de las Eyzaguirre Philippi, María Teresa, cumpliría quince años para nuestras revueltas universitarias de 1967, y dieciséis para las rebeliones juveniles de París (Mayo de 1968)... «prohibido prohibir». Sería la típica adolescente protestataria:

«Empecé a usar minifalda... Mi abuela, la mamá de mi mamá, encontraba que yo era la oveja más negra de la familia... Le cortaba pedazos a los *bluejeans*... y los manchaba usando agua de cuba, y tenía tapizada la pared de mi pieza (con fotos) de Los Beatles y oía Los Beatles el día entero...» (María Teresa).

El episodio del «tapizamiento» de la pared, fue espectacular. Narra María Paz, tras advertir que el papel de las paredes era sagrado en Seminario N° 40, hasta el punto que cualquier mancha que le cayese debía ser borrada al instante:

«Recién casada... voy a mi (antigua) casa y me encuentro con esta niñita (María Teresa) y con este empapelado... “Sí —me dice— ya me retaron”. “Pero... ¿no lo vas a sacar?”. “No, porque ya me retaron ya”...».

Tampoco los padres, en este caso, interfirieron. Respetaron la «protesta» de María Teresa. Quien recuerda:

«Y mi papá nunca me dijo: “corta esa cosa” (la música de los Beatles). Nunca me criticó... Vivía (yo), entonces, un mundo demasiado distinto al... de todo lo que se conversaba (en el hogar)... Estaba “en otra”...».

Más tarde, María Teresa saldría de esa «otra» para seguir las aguas de don Jaime, estudiando y graduándose brillantemente en Historia. Pero mientras duró la «protesta», sentiría —ella también— el respaldo, quizás sea mejor decir el respeto paterno.

La adaptabilidad de un hombre tan rígido, llegó —respecto de sus hijos— hasta lo que en él parecía un extremo:

«Nos dejaba tocar... nuestra música, la música de moda, cuando él no estaba... Nos prestaba su tocadiscos, nos enseñaba cómo usarlo, nos guardaba un hueco para nuestros discos, pero no los quería oír. Cuando estaba en casa, no se tocaba esa música... (salvo para) las fiestas... (como) un mal menor» (María Paz).

(Sin embargo Enrique Pérez, alumno de Eyzaguirre —que entonces

no conocía a María Teresa y luego casaría con ella—, escuchó de don Jaime, al paso que le mostraba el audaz empapelado de los Beatles, que no dejaba de atraerle su música...).

Hay aquí un elemento inicial, importante —creemos— para explicar el buen recuerdo que guardan los Eyzaguirre Philippi de su infancia y primera juventud, tan estricta y económicamente dura. Padres de ideas muy claras sobre conducta, y que imponen un orden severo, tradicional, en el hogar, pero que al mismo tiempo respetan la personalidad propia de cada hijo. Éste sabe que debe cumplir con el orden externo:

«(Hacíamos) lo que correspondía, lo que nos habían enseñado a hacer» (Jaime).

«Había una disciplina tácita» (María Teresa).

Pero saben también los hijos que nadie pretenderá imponerles aquellas decisiones que, por trascendentes, son exclusivas de la libertad de cada cual.

Otra memoria de los Eyzaguirre Philippi complementa el mismo aspecto: la mesa familiar de sábados y domingos, donde cualquier tema se podía discutir y en efecto se discutía, apasionadamente, sin que cohibiera la presencia de un padre de precisas y hasta rígidas convicciones y alto prestigio intelectual. Recordemos que los hijos sólo aprehendieron dicho prestigio, en todo su alcance, cuando don Jaime murió. Eyzaguirre hablaba poco de sí mismo, rememoran ellos (algo sorprendidos), y nunca para imponer sus puntos de vista invocando su fama.

—Un segundo motivo de la gratitud y buen recuerdo filial, es que los Eyzaguirre Philippi vieron a sus padres estrecharse —aún más de lo que normalmente estaban— para que aquéllos tuviesen todo lo necesario, y aun todo lo que conviniera. A fin de que pudiesen desarrollar en plenitud sus personalidades: estudios (incluso extranjeros), clases y cursos suplementarios de sus aficiones e intereses, libros... ¡hasta viajes y veraneos!

«Eso fue siempre primordial frente a cualquier otra alternativa, a lo que comiéramos, a lo que vistiéramos, a todo» (María Paz).

Y ello dentro de la severa pobreza que presidía el hogar:

«Fuimos educados para apagar la luz cuando salíamos de la pieza, para ducharnos corto, para cerrar la llave del lavatorio, para comernos todo lo que había en el plato. (Pero sabíamos) que otra gente estaba mucho peor que nosotros» (María Paz).

«Yo tenía de chica una pollera y un chaleco que me había tejido la mamá —narra María Teresa—. Y la pollera era hecha con las polleras viejas de mis hermanas grandes... Y las blusas del colegio, las cosía mi mamá, iba a comprar las piezas de género a la fábrica Yarur... A mí (nunca nada de lo anterior) me afectó... No tuve una envidia horrorosa a mis compañeras que

iban a la nieve, o a esto y lo de más allá... Se vivió siempre la sencillez, como un valor importante... Por otro lado, nos lograron dar una serie de cosas (extra), pero con mucha modestia».

Ya dimos un ejemplo: el desarrollo cultural de los hijos, viajes incluidos. El veraneo sería otro caso típico.

Un mes en el campo; un mes en las playas de Viña del Mar; automóvil con chofer, para ir a bailar, las tardes, al Gran Hotel de Concón...

Pero el campo —San Jorge, amplia casa antigua con algunas hectáreas alrededor, cerca de Nos— era de doña Sara Izquierdo; la casa de Viña, de una tía; el automóvil, el de la misma doña Sara, y el chofer de la danza vespertina... la señora Adriana. Dinero para el bolsillo, cualquier posibilidad adicional de entretención que significara gasto... cero.

«Pero estábamos en Viña... ¿qué más podíamos querer?» (María Paz).

Don Jaime jamás iba a Viña, sí a San Jorge. Aquí, las mañanas campesinas, se le veía —con su Underwood, su sempiterna camisa blanca, de manga larga, y un sweater escotado, verde, gris o azul— buscar una mesa y silla al aire libre, bajo un árbol, para escribir. 11 A. M.: una leche batida con huevo (cáscara inclusive... para el calcio), vainilla y azúcar. Atardeciendo, hacia las 6 P. M.: caminata por los alrededores con la familia, hasta unas dos horas.

—Por otra parte, los Eyzaguirre Philippi guardaban en su memoria el recuerdo afectuoso de instituciones y costumbres familiares de la niñez y juventud...

«Instituciones», como Berta Naranjo, la antigua empleada personal de doña Amelia Gutiérrez y que —fallecida ésta— siguió con los Eyzaguirre. Fue la “mama” incomparable y sacrificada de todos los hijos, y alcanzó a serlo, también, de algunos nietos. Mujer de pocas palabras y constante trabajo, inexpresiva aunque llena de amor, viviría hasta los 83 años. En dos semanas, el cáncer dio cuenta de su laboriosa y abnegada existencia. Era ella la cultora del mate vespertino que don Jaime apreciaba tanto, cebado por la señora Berta en su habitación, donde siempre ardía un brasero.

Costumbres, como los festejos de cumpleaños y las navidades. María Paz Eyzaguirre las recrea para nosotros:

«Los cumpleaños eran muy lindos porque los regalos amanecían al pie de la cama. Imposible quedarse despierto para ver quien los dejaba. Cuando en la mañana uno despertaba, ahí estaba el paquete con el regalo».

La Navidad era asimismo inolvidable. Primero, desde semanas antes, su «olor», pues «se hacían galletas de miel, de todos colores y tamaños, que se pintaban... una faena muy grande... Y... se envolvían después en paquetes de papel con cintas... y se repartían a todos los parientes, y a nosotros también...».

En cada una de las mismas semanas, las de adviento, se iban apagando sucesivamente las velas —a la usanza europea—, protegidas dentro de recipientes de grueso vidrio (las «bolitas de viento»), y que simbolizaban y marcaban el avance de los días hacia el nacimiento divino.

No intervenía Santa Claus —«ese señor no corría con nosotros»— sino el pesebre tradicional. La familia lo armaba el 17 de diciembre, sin Jesús ni Reyes Magos... «No correspondía (aún), no estaban ahí». Se colocarían el 24, sobre un cajón bajo de trigo verde, plantado por los niños suficiente tiempo atrás como para que en la Nochebuena hubiese ya espigas crecidas. Diariamente había oraciones y cantos ante el pesebre.

Nochebuena, Misa del Gallo en el cercano Seminario (después parroquia de los Angeles Custodios), trajes de gala:

«Nos poníamos la ropa más elegante, a mí... un lazo de cinta aquí, que me cargaba, como tengo poco pelo se me caía, entonces tenía que bajar la escalera no saltando, como a mí me gustaba, sino como señorita, para que no se me cayera el lazo...» (María Paz).

Mientras tanto, la puerta del salón se conservaba misteriosamente cerrada, para ser abierta sólo al regreso de la misa.

En el salón, encontraban los niños el pino —uno auténtico, cada año más grande, pues crecía en el jardín— con sus adornos, cintas plateadas y velas (nada de luces eléctricas) y los paquetes de regalo alrededor.

El obsequio navideño de los hijos para sus padres, era siempre el mismo: una representación de la Natividad, con disfraces improvisados, presenciada por aquéllos y por las servidoras del hogar, la formidable señora Berta en primera fila.

Los regalos paternos fueron generalmente «muy buenos... nunca quedamos con gusto a poco», significando un esfuerzo apreciable para un hogar tan pobre.

—El último elemento por anotar —como otra explicación de los recuerdos, tan positivos, que los Eyzaguirre Philippi guardan del hogar común— es la conciencia de que sus padres vivieron integralmente lo que pensaban y decían; llevaron una existencia coherente con sus convicciones, y —entre ambos— de profunda unidad para proceder así, sin claudicar ni vacilar.

La «principal virtud» de don Jaime, señala María Paz, consistió en que «lo que decía, lo hacía, lo practicaba, era de una sola línea, nunca tuvo “chuecuras” ni vacilaciones y, sobre todo, dio mucho testimonio» («vive lo que predica», como reconocerían, veremos, los estudiantes comunistas de la Chile).

Parte del testimonio la hallamos en la formación de su familia, que hemos esbozado.



LA RELIGIÓN EN JAIME EYZAGUIRRE

LOS BENEDICTINOS

Como el lector habrá advertido, la fuerte vivencia católica era fundamental en la personalidad de nuestro biografiado.

Del mismo modo, cuando tratamos la polémica milenarista vimos el severo sentido de respeto y obediencia a la jerarquía episcopal característico de Eyzaguirre (Capítulo Segundo). En privado, fue muy crítico de las actitudes adoptadas por algunos sacerdotes, sobre todo los años '60 (Capítulo Cuarto). Pero casi nunca lo manifestó en público, y jamás si los afectados fuesen obispos, o si hubiera de por medio decisiones de éstos que obligasen a los fieles.

Para don Jaime, el problema central de los católicos era la relación entre cambiar la sociedad y cambiarse a sí mismo, «convertirse».

Desde muy joven, pensó que llegar a «un nuevo tipo de cultura cristiana», era una «labor irreal» si no iba «precedida de una tarea lenta y callada, de reconquista de las conciencias perdidas». Tarea, por su parte, cuyo éxito estaba condicionado a que los cristianos creyesen, con la «mayor confianza», en los «efectos transformadores de la gracia».

Es decir, la conversión individual, por obra de la gracia, anterior y como requisito de la conversión social, de la «nueva Edad Media» de Berdiaeff, o de la «nueva Cristiandad» maritainiana.

Así escribía en 1939¹⁷.

En 1967, a un año de morir, se expresó amplia y profundamente sobre su fe, ante dos muchachos de 3º medio, quizás alumnos del Liceo Alemán, quienes le hicieron una entrevista, ignoramos si publicada. Reiteró entonces lo expresado hacía más de un cuarto de siglo:

«No hay reforma alguna sin nuestra reforma (personal)».

A la pregunta: «¿Es usted cristiano?», responde creer que sí, pues lo animan la fe y la esperanza, «pero no... un cristiano ejemplar».

Ser cristiano es «mirar a los demás con la imagen de Cristo, especialmente a los (que están lejos)... de nosotros, a los que no son cristianos».

«Yo... me acerco cariñosamente, en especial a los comunistas y socialistas (de la Universidad), para servirlos y darles mi amistad... sin pedirles nada, sin interés político, sólo quiero ser su amigo... Puedo abrir(les) el campo natural, y si ellos lo desean, que continúen con Cristo».

«No respeto las ideas, sino las personas».

Agrega haber recibido la formación cristiana en el hogar —con su madre—, el Liceo Alemán («aunque ésta no fue muy grande») y la ANEC. De ella, de su capellán Oscar Larson y del presbítero Salas, agradece un especial apoyo religioso.

«Pero mi mayor ayuda ha sido el Evangelio».

Recomienda su lectura a los jóvenes, «para que puedan conocer a Cristo, porque si no lo conocen será todo inútil». Y hace la mención de la «reforma» —la palabra mágica del '67— arriba citada.

«Cristo... dice: “Sin mí, nada podrás hacer”...».

«Si los cristianos han de tener un plan, creo que tiene que ser evangelizar».

La formación católica del momento, le parece fallida, en muchas partes, por «intelectualizada y de tipo social».

(Pareciera haberse ido al extremo opuesto del que Eyzaguirre y su generación conocieran y combatieran los años '30: sentimental y ajena a las lacras de la sociedad. Volveremos sobre el punto: Capítulo Cuarto).

Debiera esa formación centrarse en Cristo y el Evangelio.

Preguntado por las dificultades de la juventud para vivir cristianamente, replica que son las mismas tentaciones del Demonio al Maestro, en el desierto.

«La juventud no debe obsesionarse con lo sexual... creer que es el mayor pecado, pero no lo es, porque el mayor pecado es el Demonio».

«La pureza es el punto de partida, la pureza es caridad».

«¿Cuál —le inquietan— debe ser la actitud de un joven cristiano en relación al futuro?».

«... Confiar en que Dios irá colocando los pasos de cada uno... Tenemos que conocer ese plan de Dios y, para ello... (necesitamos) un silencio interno, meditar, no... (ponernos) un plan propio... mantener la fe en la oscuridad».

Y una frase dictada por la época turbulenta que atravesaban el país y la Iglesia, y que tanto lo hacía sufrir:

«La oscuridad actual es una confusión de espíritus».

¿Serían acaso los terribles años predecesores de la Venida?

«Llegará un tiempo en que nadie escuchará a Dios; cada uno buscará su propio maestro, o sea, su conveniencia».

Toda la entrevista, escuetamente interrogada y respondida, tiene un aire de eternidad, de intemporalidad. Ante un mundo que, veremos (Capítulo Cuarto), le es ajeno y lo ataca —incluso entre los católicos— Eyzaguirre se refugia en las seguridades y principios de la fe, huye de lo actual, que considera augurio de terribles males, y busca lo eterno. Allí mismo recordará la frase del Bloy ya lejano, quien —aseguraba— para saber las últimas noticias, leía a San Pablo.

Pregunta clave es cómo engrana el cristianismo con su trabajo:

«En mi trabajo tengo una oportunidad extraordinaria... en clase, conversaciones personales, y consejos. *Mi trabajo se justifica por eso*» (destacamos nosotros).

«Yo puedo dar fe a los que aconsejo».

Hace una referencia a las reuniones vespertinas de los miércoles en su hogar:

«Yo y varios nos juntamos en mi casa para conversar y leer el Evangelio, y siempre recordamos esta frase: donde dos o más se juntan en mi nombre, yo estaré en medio de ellos».

Igual costumbre había tenido con sus alumnos del Liceo Alemán. Concluidas las clases, un grupo se reunía con él, en el colegio mismo, para leer y comentar la Biblia. Otras veces, el grupo y don Jaime se trasladaban a los Padres Franceses de la Alameda, donde les hablaba Rafael Gandolfo.

Estas y aquellas reuniones se proyectaban a concretas tareas evangelizadoras que los estudiantes asistentes cumplían en barrios populares. Su énfasis, y el de Jaime Eyzaguirre, irían derivando, de predominar lo socialcatólico —el estilo del Padre Vives— a predominar lo religioso propiamente dicho. El capítulo final ampliará este punto.

Por lo demás, recuerda Gabriel Guarda, la oficina de don Jaime en la Universidad de Chile presenciaba «casi tantas... consultas espirituales... como... de... quehacer profesional».

Adquirió así una especie de premonición de las más íntimas y escondidas experiencias religiosas que vivían sus alumnos. Anticipó a uno de ellos, Luis Eugenio Silva: «Tú serás sacerdote». «No, ni lo he pensado» —respondió el futuro presbítero. Conversando con Fernando (Gabriel) Guarda sobre un proyecto para el cual necesitaba su colaboración, el hoy benedictino no hablaba cómo explicarle que quizás no le cupiera prestársela, ya que se proponía ingresar a la Orden... Pero fue el mismo don Jaime quien se lo dijo, sonriendo, aunque nunca hubiesen hablado antes del tema¹⁸.

Los benedictinos. Toda la vida de Eyzaguirre, no sólo su trabajo, manifestó esta ardorosa religiosidad.

En el matrimonio, los cónyuges frecuentemente oían misa y comulgaban juntos, no sólo los domingos, sino varias veces durante la semana. También rezaban juntos, cuánto podían, el rosario en la casa o en viajes y paseos; con latitud, antes de acostarse. Sus padres rezando, largamente, fueron un cuadro común del hogar para los Eyzaguirre Philippi. Don Jaime, además, oraba solo, donde veía la ocasión, incluso a la espera del microbús.

El centro de su experiencia religiosa fue el monasterio benedictino de Santiago. Sabemos que primero estuvo en Avenida Las Condes (el hoy hos-

pital de la FACH), y luego pasó a su actual ubicación de Los Dominicos.

Sabemos también que la religiosidad de Eyzaguirre era benedictina antes de que la O. S. B. llegase a Chile (Capítulo Segundo).

Preparando esta llegada, los monjes pidieron al Obispo Manuel Larraín —entusiasta de ellos y de la reforma litúrgica, como vimos— que formase aquí un grupo de personas afectas a la Orden. Entre éstas figuró don Jaime, quien se hizo oblato —especie de «hermano tercero»— benedictino. Los oblatos, junto con participar más activa y profundamente que los otros fieles en la liturgia y espiritualidad de San Benito, debían difundirlas y afianzarlas fuera del monasterio. Eran para éste y para los monjes, el complemento necesario de su estabilidad, la manera de —sin perderla— salir al mundo y que el mundo conociera y aprovechara su mensaje, el enfoque benedictino de la fe y del culto.

La institución de los oblatos no prendió en Chile, pero puso un sello sobre Jaime Eyzaguirre. Fueron también oblatos Máximo Pacheco, el filósofo Gustavo Fernández, Fernando (Gabriel) Guarda —antes de ser monje—, las hermanas de la señora Adriana, que reclutaron a don Jaime, Raquel Matte, y otros pocos.

Dejó Eyzaguirre la misa dominical de Los Angeles Custodios, por la de San Benito. Iba con toda la familia... algunos de los hijos no muy conformes, porque la ceremonia era larga. Pero don Jaime prefería a cualesquiera otros el rito y cantos gregorianos, y las cuidadas y preparadas homilías del monasterio. Como éste se hallaba lejos, los Eyzaguirre Philippi requerían de alguno de los que el *pater familias* llamaba sus «arcángeles San Rafael»... es decir, amigos provistos de automóvil. Para alcanzar el monasterio los domingos, generalmente el «San Rafael» de turno fue Alberto Wagner de Reyna. Otros «San Rafael» serían Armando de Ramón, Andrés Huneeus y la señora Raquel Matte.

La vida entera de Eyzaguirre se entrelazó con el monasterio benedictino. Allí fue bautizada su hija María Teresa. Allí encontró confesor: fray Eduardo Lagos (éste y Pedro Subercaseaux —recordemos— habían sido los únicos chilenos del monasterio de Quarr, isla de Wight). Allí anudó amistad con otros monjes, la mayor parte alemanes: fray Odón, el prior entre 1948 y 1959, escriturista de alto vuelo —dictaba cursos sobre los Profetas, en especial Isaías, y sobre las epístolas de San Pablo—; fray Bonifacio; fray Silvestre y los chilenos Guarda y Mauro Matthei. Allí, terminada la misa del domingo, y bebiendo reconfortante café con leche proporcionado por los monjes, podían conversar informalmente muchos amigos de distintas edades... Eyzaguirre, Raquel Matte, Sara Izquierdo, Armando De Ramón, Juan de Dios y Gonzalo Vial Correa, los doctores Enrique Montero y Fernán Díaz, Manuel Montt

Balmaceda, Andrés Huneeus, Alberto Wagner de Reyna, la escriturista judía Hedwig Michel, etc., etc.

Hacia el término de sus días, tan imprevisto, empezó don Jaime a subir a San Benito acompañado por algunos alumnos de primer año o poco más, teniendo con ellos una reunión religiosa en el mismo monasterio, después del culto. Esto espaciaría la asistencia de la señora Adriana, lo cual no dejó de entristecerla. Mas para Jaime Eyzaguirre la evangelización de los jóvenes era lo primero.

La existencia batalladora de nuestro biografiado halló en San Benito un remanso, un reposo semanal para la fatiga del guerrero. Todo colaboraba: el grandioso paisaje, la belleza arquitectónica del monasterio, su paz y calma, el rito, cantos y prédicas —tan afines al espíritu de Eyzaguirre—, la eucaristía, la penitencia, los monjes, los amigos, la meditación después de la misa.



EL PROFESOR

Sin duda la mayor aptitud natural de Jaime Eyzaguirre, fue la de maestro. Todo confluía a su auténtica excepcionalidad como tal... conocimientos, voz —que algunos alumnos hallaban sin embargo débil; quizás un recurso deliberado de don Jaime para forzar el silencio y la atención—, ademanes, estructura y dramatismo de las clases (cada una planificada a fondo, mediante un pequeño apunte) y, *last but not least*, el apasionamiento para defender el maestro sus verdades, y la ironía para demoler aquéllas que juzgaba mentiras.

Guillermo Pumpin —ex alumno y ex ayudante de don Jaime, y Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales de la Universidad Católica cuando el maestro murió— hacía notar un hecho de difícil repetición. A saber, que únicamente Eyzaguirre, entre los profesores contemporáneos, hubiese podido desarrollar una clase sólo expositiva —sin ninguna «actividad» del alumno, salvo oír, y cuando más preguntar— y que sin embargo resultara perfecta... auténticamente «magistral».

Algunas mantenían a los muchachos en vilo, casi dolorosamente, por toda su duración, y al término desataban una tempestad de aplausos, quizás mezclados con gritos de rechazo, unos y otros testimonio de que no era usual lo que recién se oyera.

El maestro —que permaneciera sentado durante toda la exposición— se levantaba entonces, sereno, grave, en apariencia (falsa) indiferente al aplau-

so, recogía sus papeles, y se encaminaba hacia la puerta, donde le hacían guardia —para charlar o polemizar— quienes estaban de acuerdo con él y quienes no lo estaban.

Todo ello, naturalmente, es hoy irreproducible, se perdió, salvo por el eco, lejano y desvaído, de los auditores de entonces.

Pero es unánime el recuerdo de que Eyzaguirre, como pocos profesores, podía fascinar, casi mesmerizar, a un auditorio juvenil, sin hacerle ninguna concesión.

Armando de Ramón narra una experiencia de Caracas. Él y don Jaime —delegados chilenos a un congreso histórico—, por una cadena fortuita de invitaciones sucesivas, aterrizan finalmente en una fiesta de jóvenes aristocráticos.

«... ¿Tú crees que Jaime, que era el único viejo, se sintió complicado? Por el contrario, se hallaba en su salsa, todo lo que fuera estar con gente joven era su salsa... Después de comida, se había pensado que iba a haber baile, pero Jaime se puso a hablar y toda la gente se comenzó a sentar, los chiquillos al frente, y hemos estado hasta las cuatro de la mañana en esta conversa... pura gente que no conocía... A ninguno conocía, y todos con la boca abierta, mucho más entretenidos que si hubiesen estado bailando...».

Grandes admiradores de Eyzaguirre serían, de este modo, sus alumnos, especialmente —aunque resulte paradójal— aquellos de la Universidad de Chile, más que los «católicos». Tomaban sus cursos de la Chile incluso muchachos comunistas. Poco tiempo antes de morir, les preguntó por qué no se iban «donde les cantaran lo que les gustaba». «Porque usted vive lo que predica», fue la notable respuesta.

Un tercio de siglo después, separada y espontáneamente —y ni siquiera teniéndolo por motivo principal— surge sin embargo el poderoso recuerdo del profesor Eyzaguirre en dos ex alumnos de leyes de la Chile, ambos agnósticos.

Uno es de familia «laica», radical, se hará luego socialista... y será Presidente de la República. Dice Ricardo Lagos:

«...Fui alumno de Jaime Eyzaguirre, quien era un gran historiador, en el sentido de tener una visión del pasado y no ser sólo un ratón de biblioteca. Se podía discrepar, pero su pensamiento histórico era notable. Había una clase de Jaime Eyzaguirre, famosa, donde explicaba la Edad Media. Y lo hacía a través de una catedral gótica... Después, muchas veces, cuando he estado en las catedrales, en Reims, Chartres y sus vitraux, para qué decir Notre Dame y la catedral de Colonia, no he podido menos que recordar la clase de Jaime Eyzaguirre y entender de qué modo estuvo hecha una sociedad para que el paso por la vida de alguien consistiera, simplemente, en dejar una gárgola en

una catedral. En eso encontré que Eyzaguirre era muy notable...».

Amigo y compañero de Lagos en Derecho, además economista de Yale, ex Presidente del Banco Central y Embajador en Washington, Andrés Bianchi evoca tres «figuras paradigmáticas» de su juventud y estudios: Alberto Baltra, Jorge Millas y Jaime Eyzaguirre, representando respectivamente la economía, la filosofía y «la visión hispánica y católica de la América Latina»:

«... Recuerdo imborrable de Eyzaguirre fue su enseñanza del barroco indígena. Todavía me acuerdo de una tarjeta que le envié desde México y que decía: “Reciba un abrazo de su agnóstico alumno, quien gracias a Ud. se lo pasa visitando iglesias”...».

Los estudiantes le celebraban que, sin automóvil, se movilizara igual que ellos, a pie o en microbús; que subsistiese enseñando; que fuera dignamente pobre, sin embargo de su clase social y sus méritos; y que, no obstante una fama ya asentada, no se diera aires. Los hijos confirman, hemos visto, que don Jaime nunca posó de «personaje»: sólo el revuelo que causó al morir —aseguran los menores— les permitiría enterarse de que no era un simple profesor universitario, sino una reconocida figura intelectual.

Celebraban también los alumnos la antedicha calidez de Jaime Eyzaguirre, la preocupación personal que mostraba por ellos, y la sencillez de su trato. No sólo hacía bromas, también (y esto es más difícil) las aceptaba, v. gr., sobre el origen judío o la calvicie —su «moscódomo», decía—, llegada a ser casi absoluta. Era inevitable que, todos los años, algún curso le regalara una peineta gigante. Y corriéndose la voz de que Eyzaguirre se hallaba en una peluquería situada cerca de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, los muchachos iban en patota a mirar la faena. Él no se molestaba. Al revés, los acogía alegremente, y desde el sillón del figaro les preguntaba: «¿Cómo estoy quedando?». Y con frecuencia los desconcertaba, asegurando, muy serio: «Soy colorín» (sabemos que lo había sido).

Para aquellos que daban un paso más, el de frecuentar su casa —sobre todo durante las famosas «reuniones de los miércoles»—, solía convertirse en amigo y consejero, al cual recurrían por sus problemas más íntimos.

Las clases de don Jaime no concluían en la sala... Peripatéticas, se prolongaban por los pasillos y la vía pública:

«Estaba siempre presto al diálogo, dentro y fuera de las aulas, con chispa y humor, con sabiduría y modestia, que daban todavía más vida al tema expuesto. Si alguien, con estudiantil malicia, pretendía tenderle un lazo para hacerlo tropezar, una rápida estocada, cargada de ironía las más de las veces, se encargaba de poner fuera de combate al imprudente. Pero estocada que unía más que cortaba, puesto que nunca dejó de tener el acento del afecto...» (Guillermo Pumpin).

La salida de clase «era un tumulto... (Eyzaguirre) hacía de aspiradora... uno no podía dejar de acercarse» (De Ramón).

Abandonaba la Escuela de Derecho fiscal (calle Pío Nono), o quizás la Universidad Católica (Alameda), cercano el mediodía, a pie, y acompañado por numerosos alumnos que —conversando— lo escoltaban hasta la puerta de su casa (Avenida Seminario). Allí la despedida era muy larga, volando los minutos... diez, quince. Hasta que doña Adriana hacía que repicara fuerte y prolongadamente la campana del almuerzo. Don Jaime se molestaba, mas admitía ser ésta, tan perentoria, la única manera de disolver el grupo y cerrar la conversación.

Complementando su clase, don Jaime pedía a sus alumnos pequeños trabajos escritos e investigaciones, y aún que disertaran sobre algún tema en el aula. Tampoco fue, entonces, el clásico profesor enteramente expositivo.

Un observador perspicaz señala que quizás Eyzaguirre buscaba a los jóvenes por hallar en éstos mayor eco que en los adultos. Y quizás, agreguemos, los jóvenes lo buscaban a él por sentirlo —como los estudiantes comunistas que veíamos *ut supra*— un hombre auténtico, apasionado y de altos ideales.

Comenzó Jaime Eyzaguirre su carrera magisterial a los 24 años, en 1932, y sólo vino a cerrarla un tercio de siglo después, con la muerte.

Ese 1932, efectivamente empezó a hacer clases secundarias (medias, diríamos hoy) en el Liceo Alemán, y a la vez obtuvo una ayudantía de Historia del Derecho en la Universidad Católica.

Fue docente del Liceo dieciocho años, enseñando Economía Política, Educación Cívica, Historia Universal e Historia de Chile en el segundo ciclo de humanidades.

Obviamente, la última referida era su verdadera especialidad. Por lo tocante a las clases de Historia Universal, comentaba: «No sé cómo me atreví a hacerlas». Y «se reía mucho» de un pequeño manual económico que publicó, sin embargo de ser éste sencillo y claro (*Elementos de la Ciencia Económica*, 1937). En la enseñanza histórica, empleaba como complemento la pintura y la música, sus inclinaciones «frustradas». Exhibía reproducciones de cuadros de la época que se hallare en estudio. Un alumno lo recuerda haciendo que el curso de Historia Universal, 5° año de humanidades —el 3° medio de hoy—, escuchase el *Viaje de Sigfrido al Rhin*, de Wagner. Otro, del mismo curso, rememora haber ido en bicicleta a la casa de un compañero, para recoger allí unos discos de Bach que don Jaime quería hacer oír durante la clase.

En todos sus ex alumnos del Liceo, dejó la memoria de «un gran profesor... respetado por su saber... por sus ideas también» (Javier González).

Significativo es asimismo el testimonio de Jorge Marshall, abogado que derivó hacia las ciencias económicas, doctorándose de éstas en Harvard, para hacer luego una distinguida carrera como profesor de la Universidad de Chile, Facultad de Economía. Marshall fue alumno del Liceo Alemán. De sus maestros, «... para mí fue muy influyente... Jaime Eyzaguirre... (profesor de) Instrucción Cívica y Economía Política en 5° y 6° año de humanidades (3° y 4° medios)... un tipo bien joven para nosotros... siete u ocho años mayor... Tuvo una gran influencia sobre mucha gente de mi curso... un hombre de espíritu comunicador, probablemente el único (en el Liceo), y que organizaba conferencias sobre problemas sociales... Ahí comencé a aprender lo que era el mundo de las ideas... (y de) la realidad».

Agrega otros datos sobre este profesor Eyzaguirre de 1933 ó 1934: «un poco nervioso... movedizo... aristocratizante, participativo. Se dedicaba mucho a la genealogía». «Tremendamente hispanista, reivindicaba la colonización española de América. «Muy contrario a la acción política, al Partido Conservador, a que la gente se metiera al Partido Conservador».

Dijimos arriba que ya siendo profesor del Liceo Alemán don Jaime se reunía con algunos alumnos, terminadas las clases, para comentar la Biblia, a veces acompañado por Rafael Gandolfo. Marshall añade que invitaba muchachos a su casa —todavía el hogar de soltero— para tomar té y hacer «cierto proselitismo, en la dirección, más o menos, de su pensamiento». Pensamiento que Jorge Marshall entonces compartía: «actividades... de carácter social, social católico, cristiano, no político»; por esto, suponemos habrá pertenecido al grupo de Eyzaguirre.

Marshall relaciona estas circunstancias con el hecho de que él mismo, brillante egresado del Liceo Alemán, no siguiese ingeniería —como pensara primitivamente, teniendo además notas destacadas en los ramos matemáticos y afines—, sino leyes... era la búsqueda de una profesión más vinculada a los problemas de la sociedad, respecto de los cuales Eyzaguirre le había abierto los ojos. Por eso, igualmente, tampoco su destino definitivo fue ser abogado, sino economista.

De todo lo expuesto, desprendemos que para Jaime Eyzaguirre las clases del Liceo Alemán no constituyeron, según solía suceder, un simple y rutinario ganapán, sino una tarea asumida con interés y entusiasmo. Debió contribuir el hecho de que ellas (ya lo hemos señalado) también sirvieran al propósito evangelizador que Eyzaguirre estimaba lo más importante de su trabajo. Pero además decía que esos años, en la vida del muchacho, eran «una etapa aún imprecisa de su personalidad», y que —por ello— el influjo entonces ejercitado sobre él sería «extraordinariamente decisivo para toda su existencia»¹⁹.

Paralelamente a dictar las clases del Liceo Alemán, fue nuestro biografiado avanzando en la cátedra universitaria.

Iniciada ésta, según anticipamos, por una modesta ayudantía de Historia del Derecho en la Universidad Católica, el año 1932, para 1934 sería ya Profesor Auxiliar y para 1938 Titular del ramo. A partir de 1941, desempeñaría dos cátedras de la misma Escuela: la anterior, y además la de Historia Constitucional de Chile, igualmente como titular.

El año 1943 se funda, siempre en la Católica —Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación—, la Escuela de Pedagogía. Los colegios particulares (cuya mayor parte pertenece entonces a órdenes religiosas) han presionado con ese objeto²⁰. Los alumnos son pocos —se admiten sólo treinta anuales, casi todos sacerdotes, monjas, y «hermanos» de ambos sexos— y los medios, biblioteca por ejemplo, limitadísimos. Pero los resultados serán buenos, gracias justamente al corto número de estudiantes, la dedicación de los profesores, el alto nivel de exigencia, y el espíritu de comunidad que la Escuela logra crear.

Abre sus puertas con sólo dos especialidades, Castellano e Historia y Geografía. En el primer año de la segunda, los ramos, aparte los geográficos, son: Historia de Chile (Jaime Eyzaguirre; profesor ayudante y de seminarios: Mario Góngora), Historia de América (Carlos Grez) e Historia Universal (Ricardo Krebs).

El caso de Krebs —futuro Premio Nacional de Historia, igual que Góngora— es ilustrativo de la calidad de Jaime Eyzaguirre, persona y maestro. Don Ricardo contaba 25 años el '43. Había vuelto a Chile recién el año anterior, tras un sexenio de estudios germanos que lo hicieran Doctor en Historia. Su idioma culto o científico era el alemán; hablaba castellano, pero sin la fluidez necesaria para dictar clases empleándolo. La preparación de éstas le significaría, meses y meses, una jornada diaria iniciada a las 7 A.M. y concluida después de la medianoche... todo este esfuerzo, para impartir apenas cuatro horas semanales de Historia Universal, previamente escritas de la primera hasta la última palabra. Carecía Krebs de vínculos con la intelectualidad chilena y santiaguina (era porteño) y con los correspondientes círculos académicos.

Aparece Eyzaguirre:

«Como... era tan espontáneo, tan efusivo, tan extrovertido, tuvo la iniciativa de reunirse conmigo. Recuerdo que tomamos café en el Santos... y ahí conocí a Mario Góngora».

«(Eyzaguirre) es otra de las personas para quienes guardo una deuda inmensa. De alguna manera me tomó cariño, así que me incorporó a su familia, me invitaba a su casa, conocí a... la señora Adriana, persona extraor-

dinaria, y a la mamá de la señora Adriana, misia Sara Izquierdo, ... centro no sólo de los suyos, sino de todo un grupo de intelectuales... El hermano de Adriana, Julio Philippi, y Jaime me introdujeron en el clan Philippi, y mediante éste, realmente notable, llegué a... la intelectualidad católica de Chile con la que hasta ese momento no tenía ningún contacto...».

Curiosamente, no fue igual ni parecida —hasta años después— la relación Krebs-Góngora. Ambos eran muy reservados. Unicamente don Jaime podía romper y rompió esta reserva, en los dos casos y con idéntica arma: el interés genuino, profesional y humano, por sus interlocutores. Interés que, extendido generosamente a colegas y alumnos, tuvo mucho que ver con el éxito magisterial de Jaime Eyzaguirre²¹.

Empezando los '50, tiene lugar un reordenamiento de la actividad académica que realiza don Jaime. Deja el Liceo Alemán y el Pedagógico Católico y se incorpora a la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, como Profesor Extraordinario de Historia Constitucional y Profesor Suplente de Historia del Derecho (1951). Eran, observemos, los mismos ramos que ya dictaba y continuaría dictando, un tiempo, en la Católica.

Semejante reordenamiento obedeció seguramente a aspiraciones económicas. La Chile, hemos dicho, pagaba bastante mejor que su rival católica —concediendo además beneficios anexos— y conocemos la estrechez de vida de Eyzaguirre.

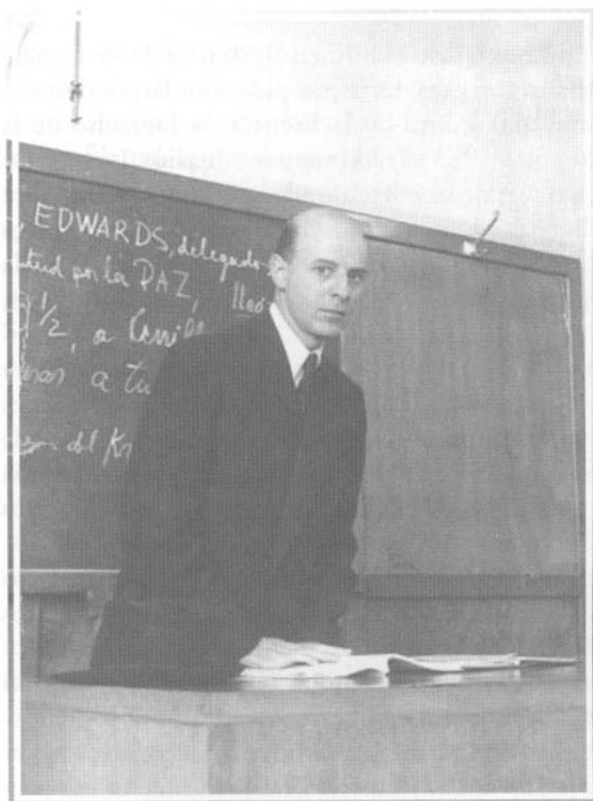
En contrapartida, la universidad fiscal remuneraba sólo a sus docentes titulares.

El año 1953, aquella suplencia en Historia del Derecho devino cátedra extraordinaria, y antes de 1959 Eyzaguirre había obtenido la titularidad de la misma.

En 1959, postuló a Profesor Titular de Historia Constitucional, siempre en la Universidad de Chile, cátedra que ya desempeñaba —acabamos de decir— como docente «extraordinario». Hubo una fuerte oposición «laica» y masónica. Hoy nos parece un escándalo, dados los obvios méritos de Eyzaguirre, pero en justicia debe considerarse que sus ideas históricas, filosóficas, religiosas, etc. eran militantes, así que no debe extrañar buscaran cerrarle el paso quienes detentaban exactamente las opuestas. Pues el «titular» venía a ser el dueño de la cátedra, inamovible de ella sino por su propio retiro.

Don Jaime relata el desenlace de la pugna a su hija Isabel Clara, quien se halla fuera del país:

«... la semana pasada obtuve un triunfo fuerte en la Universidad de Chile. Por jubilación de un profesor, quedó vacante la cátedra titular de Historia Constitucional de Chile... Hubo concurso de antecedentes. Presenté los míos; hubo dos candidatos más; se movieron algunos adversarios para



Exo Profesor Extraordinario de Historia Constitucional en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile (1950).

arrebatar me el triunfo; al fin vino la votación: 29 votos para mí; uno en contra; uno en blanco. Varios contrarios prefirieron no ir a la sesión en vista de que no podían quitarme la clase. Quedo pues, al fin, con mis dos cátedras titulares en primero y segundo año sin mayor problema»²².

Mientras tanto, la Universidad Católica había refundido los dos ramos —Historia del Derecho e Historia Constitucional— en uno solo, que llevaba el primer nombre, y se impartía los dos años iniciales de la carrera (1954). Eyzaguirre se quedó exclusivamente con el segundo año, que correspondía, bajo la antigua nomenclatura, a la Historia Constitucional.

De modo que, cerrándose los '50, don Jaime desempeñaba dos cátedras en la Chile y una en la Católica.

La década siguiente, irónicas vueltas de la vida, sería este último plantel, su alma mater, quien lo rechazara, y la universidad estatal, «laica» y masónica, su refugio... pasajero.

No pueden omitirse tres complementos valiosos de las labores univer-

sitarias de Eyzaguirre:

—*Los seminarios*. Dirigió numerosos, tanto en la Escuela de Pedagogía de la Universidad Católica, hasta 1961 (es decir, por diez años largos después de haber terminado sus clases allí), como en la Escuela de Derecho de la Chile. Para la cual desarrolló entre 1953 y 1960 siete seminarios. Los temas: el pensamiento de Portales, a través de su correspondencia; la polémica sobre la condición legal de los indígenas y la «guerra justa» en América, durante los siglos XVI y XVII; política y leyes indianas tocantes a la cultura; Castilla Medioeval, su sociedad y régimen político y jurídico; el Cabildo de Santiago, siglos XVI-XVIII.

Los seminarios fueron especialmente aptos para que Eyzaguirre desplegara sus capacidades magisteriales. El número limitado de partícipes facilitaba el contacto profesor-alumno, respecto del cual conocemos ya la suprema maestría de don Jaime. Circunscrito también el tema, podía Eyzaguirre tratarlo en toda profundidad. Y asimismo podía elegirlo entre los asuntos más interesantes y que mejor conociese.

—*Memorias de licenciatura*. Particularmente en la Católica, orientó Eyzaguirre muchísimas, ayudando a que los tesisistas seleccionaran temas, y los investigasen y escribieran. Diría sobre esto el Decano Pumpin:

«... Era quizás allí donde llegaba a más cumplida excelencia su misión docente... Libre de las limitaciones formales impuestas por... la clase magistral, sus cualidades se desplegaban en toda su magnitud. Era, entonces, experto y avisado incitador de temas, de dudas y curiosidades; estímulo eficaz para la labor pesada; sabio conductor en el campo de la bibliografía y de las fuentes; voz de aliento y aplauso para todo esfuerzo honrado. Pero era todavía más: unido al profesor por un vínculo de común afán, el discípulo se sentía elevado a la misma altura... Se establecía una especie de camaradería del intelecto, delicadamente respetuosa de la personalidad y de la obra del alumno... efectivo aguijón para la realización de su tarea...»²³.

(Pumpin había sido uno de los ayudantes favoritos de Jaime Eyzaguirre. Mas, sintiendo aquél que su vocación verdadera tenía otro norte, el Derecho Civil, se lo comunicó a don Jaime y declinó la ayudantía con una claridad y abruptez indiscutiblemente suizas. Eyzaguirre sufriría mucho por la pérdida de Pumpin, pero entendiendo y aceptando sus razones).

Agreguemos que la labor de seminarios y de tesis, en ambas Universidades, fue desempeñada por Jaime Eyzaguirre sin remuneración adicional a las de sus cátedras.

—*Conferencias y cursos para público general*. Nuestro biografiado los daba continuamente, muchas veces sin remuneración o por una apenas simbólica. Eran parte de su labor difusora. Por ejemplo, recordaría Hugo Tapia —ex

«liguero» del Padre Vives, y luego alma de la Fundación de Cultura de Concepción—, en los meses inmediatamente anteriores a morir Eyzaguirre había visitado dos veces la metrópolis penquista, para hablar ante dicha Fundación. La primera, sobre los chilenos en la España de Goya; y la segunda, sobre los problemas limítrofes con Bolivia. El '59, lo convidó la Universidad Austral, Valdivia, a dictar un curso sobre *Orígenes de la Cultura Chilena*. Y así, los ejemplos podrían repetirse hasta la saciedad. Pero inolvidable para quienes asistieron fue el ciclo de Historia de Chile pronunciado por don Jaime, iniciándose los años 50, en el Salón de Honor de la Universidad Católica, Santiago. Brillaron allí como nunca el conocimiento, la originalidad y la elocuencia del maestro.

Cualquier década de su vida que exploremos, entonces —los '40, los '50, los '60—, le hallaremos en esta tarea complementaria, sacrificada, a menudo gratuita o semigratuita, y que se explica por la ansiedad y urgencia que experimenta. Ansiedad y urgencia de propagar y defender los rasgos fundamentales, que cree olvidados, o preteridos, o en peligro, de nuestra convivencia y nuestra cultura.

La Academia Diplomática. Jaime Eyzaguirre volvió a la Cancillería comenzando los años '60, siendo Presidente Jorge Alessandri, como asesor en lo que mejor sabía: límites e historia diplomática de Chile.

Cuando el Ministerio se reorganiza (1964), don Jaime —dijimos ya— ingresa a la planta como Ministro Consejero, y revitaliza su Academia Diplomática, de muy anterior fundación pero semiparalizada. Él le había dado, como apelativo, el nombre de Andrés Bello, principal inspirador de nuestra política externa durante treinta años. Dirige Eyzaguirre, algún tiempo, la Academia; funda su *Anuario*, y dicta dos cátedras, Historia Diplomática e Historia de Límites, ambas referidas a Chile. De estos trabajos surgen valiosos libros y escritos sobre los deslindes del país, que se verán más abajo. Por el grupo especializado de alumnos al cual se enfocan —cuyo futuro es gestionar nuestras relaciones externas— las cátedras de Eyzaguirre en la Academia son, sin duda, de las más importantes que haya desempeñado. Ello, no obstante el tiempo muy corto —aproximadamente tres años, hasta 1966— que don Jaime forma parte de la Cancillería.



EL COMUNICADOR

El trabajo de Jaime Eyzaguirre para fundar y mantener publicaciones periódicas de carácter religioso, cultural e histórico, asombra por su magnitud. Dos de ellas subsisten y son importantes hasta hoy, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, e *Historia*, anuario del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile.

Este trabajo comenzó siendo don Jaime estudiante universitario. Dirigió entonces, sabemos, una revista y un periódico, ambos de irregular aparición, respectivamente REC (Revista Estudiantil Católica) y *Falange*. La primera era órgano de la ANEC, y fue creada el año 1930. Se le debería una temprana publicación de *Quadragesimo Anno*.

Falange, por su parte, nada tenía que ver con los falangistas-conservadores (cuyo vocero de prensa fue *Lircay*). Al contrario, *Falange* era el vocero de los socialcristianos «apolíticos»... los miembros de la Liga Social del Padre Vives. Recordemos que Monseñor Campillo quiso cerrar ésta y su periódico, y que ello causó una apelación a Roma de los afectados. Recordemos también que dicha apelación originó (parece) la carta a los obispos chilenos del Cardenal Pacelli, Secretario de Estado y futuro Papa, sobre la libertad política de los católicos (1933-1934). (Capítulo Segundo).

Eyzaguirre, director de *Falange*, fue activísimo. Se conservan cartas suyas de 1934 a la señora Adriana —anteriores al matrimonio—, con frecuentes alusiones a la revista. V. gr.:

«... *Falange* se vendió bastante en la misa... Hubo algunos incidentes, pero todo pasó rápidamente. Vivimos en paz, gracias a Dios...».

(Los incidentes debieron ser entre jóvenes «ligueros» y jóvenes falangistas-conservadores).

«... *Falange* está ya en la imprenta y espero que a tu regreso puedas dormir con su lectura»²⁴.

Poco después, mediando los '30, hallamos a Jaime Eyzaguirre —profesor de derecho en la Católica— dirigiendo los flamantes *Anales de Ciencias Jurídicas*, de la Escuela, y la antigua *Revista Universitaria*, que ya por ese entonces cuenta más de treinta años. La *Revista* publica los primeros trabajos de la Academia Chilena de la Historia, sobre la cual hablaremos inmediatamente.

Y a los años '30, asimismo, pertenecen dos de las grandes y duraderas revistas creadas por Eyzaguirre: el antes referido *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, y *Estudios*.

El *Boletín*. Éste se relaciona con la Academia Chilena de la Historia.

Una y otro debieron el nacimiento y la vida a don Jaime. El gremio de los historiadores es individualista, vanidoso, denigratorio con los colegas, y abúlico para las obras colectivas. Sin Jaime Eyzaguirre, su Academia y su revista hubieran, probablemente, perecido.

Aquella partió como una creación de la Universidad Católica, el año 1933, idea de Monseñor Casanueva, pero materializada por Eyzaguirre. Éste no se hallaba cómodo en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, habiendo tenido dificultades con sus directivos, y especialmente con Ricardo Donoso. Primer presidente de la Academia fue Agustín Edwards. El solemne acto de iniciación de actividades tuvo lugar el 24 de mayo del año citado, con asistencia del Supremo Mandatario, Arturo Alessandri, discurso de Edwards y disertación de José María Cifuentes sobre la Carta de 1833, que cumplía un siglo.

Componían y componen la Academia treinta y seis miembros «de número», vitalicios. Las vacantes se llenan por elección de sus pares. De los iniciales (1933), sólo sobrevivía en 1999 el reputado arquitecto Sergio Larraín, quien falleció el mismo año.

Sucedieron a Edwards, tras dos años de presidencia, Miguel Cruchaga (1935), Alfonso Bulnes (1949) y Eugenio Pereira (1962).

«Secretario perpetuo», desde más o menos 1935 (antes había sido bibliotecario de la entidad) hasta su fallecimiento, fue Jaime Eyzaguirre, académico fundador.

Le tocó, el mismo año de crearse el organismo, lanzar el *Boletín*. Lo dirigiría a partir de 1938. Su esquema era, y es, el de estudios relativamente breves, pero inéditos, sobre toda suerte de temas históricos o relacionados: geográficos, genealógicos, arqueológicos, numismáticos, etc.; por lo general chilenos pero también americanos y europeos; más reseñas bibliográficas, discursos de incorporación y recepción de académicos, y noticias de la entidad.

«Representa (el *Boletín*), sin duda —señalaba Eyzaguirre en 1963—, un arsenal copioso de información, y su manejo resulta indispensable para quien desee estar al día en los avances de la historia nacional y de sus ciencias auxiliares»²⁵.

Además del *Boletín*, la Academia había publicado, hasta 1968, trabajos monográficos de gran valor (ejemplos: *Valdivia y sus compañeros*, de Tomás Thayer y Carlos Larraín; *Cartas Chilenas: siglos XVIII y XIX*, recopilación de Raúl Silva; *La política económica del Presidente Balmaceda*, de José Miguel Irrázaval, etc.) y colecciones de libros y documentos, v. gr. los del Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto, creado por ley en 1955. Otros dos «fondos» de igual índole, y quizás de mayor importancia todavía, el Archivo Ber-

nardo O'Higgins (1942) y el Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina (1952), debieron mucho al impulso y cooperación de la Academia.

Como representante de ésta, don Jaime participó activamente en los tres fondos citados.

Creó la Academia, luego, el Premio Miguel Cruchaga Tocornal (1956), para galardonar anualmente la mejor tesis universitaria de tema histórico.

Otorgaba por igual la «medalla de oro» al mérito histórico, premio de excepción que Eyzaguirre ganó póstumamente, y antes de él había agraciado a Tomás Thayer, Francisco Antonio Encina, José Miguel Irrarrázaval y Eugenio Pereira.

Luego, la Academia ha guardado en custodia diversos archivos personales de hombres importantes de nuestra Historia, por ejemplo, el del Presidente Errázuriz Echaurren y, un tiempo, el del Presidente Riesco.

Para concluir, digamos que la institución sesionaba ordinariamente de modo regular, y a veces de manera pública y extraordinaria. Esto último para incorporar miembros de número o «correspondientes» (extranjeros), o bien para conmemorar aniversarios trascendentales, por ejemplo, los centenarios de muerte de Portales, O'Higgins y Valdivia. Mantenía asimismo contacto y correspondencia con instituciones similares del mundo entero.

Pues bien, para este trabajo abrumador no hubo más personal ejecutivo que... Jaime Eyzaguirre. La Academia, en vida suya, no poseería ni local propio, ni fuente estable de recursos, dependiendo enteramente de una modesta subvención fiscal —que don Jaime «peleaba» cada año— y de las sumas aisladas que, para fines específicos, conseguía el Secretario se le donasen. Cualquier cosa que realizara la Academia necesitaba, así, una difícil batalla previa. Y nada más representativo de esta situación que el *Boletín*. Conseguir los artículos, «filtrarlos» según calidad —pero procurando no herir a nadie—, imprimir cada número, pagarlo, distribuirlo, cobrar las ventas... ninguna etapa se superaba sin enormes dificultades y repetidas diligencias, a cargo fundamentalmente del Secretario. Este asumía el pesado esfuerzo con paciencia, diligencia y buen humor, sin darse nunca por vencido. En las sesiones públicas, se afirmaba (y apenas como broma), todos los papeles tenían un solo actor: Eyzaguirre... barrer la sala, acomodar a los asistentes, ser el locutor del evento, etc.

Estudios. Ha sido sin duda, en nuestro país, la revista católica de cultura más importante del Siglo XX, comparable sólo a *Mensaje*, el mensuario jesuita que fundó el Padre Hurtado.

Creó *Estudios* Otto Hanisch, padre del sacerdote jesuita e historiador del mismo apellido. El primer número apareció en septiembre de 1932. Su finalidad inicial: difundir las conferencias del Centro de Estudios Religiosos

(CER). El financista era un comerciante católico, Carlos Saffer. Corrido un año, Otto Hanisch —falto de tiempo— traspasó la revista a Eyzaguirre, como secretario de redacción y después director. El equipo de Hanisch —el abogado y economista Ricardo Cox y el presbítero Larson— fue sucedido por el célebre hombre de prensa Carlos Silva, el matemático milenarista Ricardo Salas, y el futuro obispo Manuel Larraín. Cox, sin embargo, seguiría cercano a la publicación²⁶.

Pero es don Jaime quien le impone su sello.

El año 1939, en REC, sintetiza la «empresa cultural», la «necesidad de expansión joven y cristiana que encarna *Estudios*». Son varios puntos de apretada factura, pero que intentaremos comprimir todavía más:

—Trascendencia de la fe cristiana por sobre partidos, clases, razas y culturas. Rechazo de cualquier «sacrílego intento» que se haga para monopolizarla.

—Independencia de la Iglesia respecto de las formas de una «cultura en descomposición» —la occidental, nada menos— y limitada por la fugacidad del tiempo.

—Distinguir entre los «dogmas intangibles de la Iglesia» y las «simples opiniones de los hombres». Respetar la «libertad de juicio» que la Iglesia otorga a sus fieles.

—«Trabajar porque la necesaria unidad de los cristianos en los asuntos fundamentales, no se vea comprometida por la falta de tolerancia y caridad en los problemas de libre discusión».

—«Someterse al magisterio infalible de la Iglesia», y consagrarse a difundir y encarnar en los corazones de los hombres «sus luminosas enseñanzas».

—«Combatir todo intento de reemplazar el dogma cristiano de la igualdad esencial y específica de los seres humanos, por el mito de la sangre y de la raza, creado por el neopaganismo totalitario y que desemboca en la brutal violencia antisemita, repudiada por la Iglesia».

—«Persuadir a las clases» de que la «convivencia social» no puede descansar, ni sobre «el predominio abusivo del capitalismo burgués», ni sobre la «dictadura del proletariado», debiendo ser su fundamento la «justicia social», y ésta no «una mera frase, sin sentido vital», «hipócrita», ni tampoco «una simple enseñanza agitada por los odios y las ambiciones»²⁷.

Trae Eyzaguirre a colaborar con la revista sucesivas generaciones de jóvenes católicos de distintas tendencias. Es impactante el número de personalidades intelectuales, presentes o futuras, que pasan por las páginas de *Estudios* en sus veinticinco años de vida. V. gr.:

Sacerdotes: El Padre Vives, el presbítero Salas, Alberto Hurtado, Manuel

Larraín, Emilio Tagle, Osvaldo Lira, Rafael Gandolfo.

Políticos: Frei, Garretón, Ignacio Palma, Jorge Prat.

Médicos: Julio Santa María, Roberto Barahona, Camilo Vigil, Manuel Francisco Beca.

Juristas: el filósofo del derecho Roberto Peragallo, Julio Philippi, Arturo Fontaine, Carlos Vergara.

Sociólogos y economistas: Clemente Pérez (experto en seguridad social); Sara Izquierdo y su hermana Rebeca —directora de la Escuela de Servicio Social Elvira Matte de Cruchaga—; Carlos Keller; Ricardo Cox, Alfredo Bowen (laboralista).

Historiadores: Ricardo Krebs, Mario Góngora.

Filósofos y teólogos: Gustavo Fernández, Clarence Finlayson, Juan de Dios Vial Larraín, la escriturista Hedwig Michel.

Literatos: Angel Cruchaga, Pedro Prado, Antonio de Undurraga, Luis Oyarzún, Hugo Montes, Alfredo Lefebvre, Angel Custodio González, Roque Esteban Scarpa, Jaime Silva, Guillermo Blanco, Jorge Frontaura, Eduardo Anguita, Miguel Arteche, Carlos René Correa, Armando Uribe, Enrique Lihn.

Músicos: Alfonso Letelier, Juan Orrego²⁸.

Hay una cuota de extranjeros. Ejemplos: el poeta y crítico español José María Souviron; el nicaragüense Julio Ycaza, ensayista de temas hispanoamericanos; el literato limeño Wagner de Reyna, gran amigo —dijimos— de Eyzaguirre, etc.

Algunos de los nombrados aparecen en ámbitos que no serán, posteriormente, los de sus famas respectivas. Prat escribe relatos, inclusive un recuerdo emocionado y nostálgico de su servicio militar. Vial Larraín, poemas. Lo mismo Fontaine («Esa luz que en tus ojos se encarcela...», soneto).

Los temas son variadísimos: problemas sociales, religión, Iglesia, medicina, ética, filosofía, liturgia, arte... Todos ellos —una verdadera hazaña— enfocados con amplitud de conocimientos y modernidad, y dentro de la ortodoxia católica.

Los asuntos científicos, v. gr., podrían ser de hoy mismo. Veamos:

—Freud, por el benedictino Silvestre Stenger.

—El psicoanálisis, por el médico Manuel Francisco Beca.

—La esterilización eugenésica, por el sacerdote y filósofo del derecho Carlos Hamilton.

—«Birth control o la limitación de la natalidad», por el presbítero Alejandro Huneeus.

—El método Ogino para espaciar los nacimientos, y sus implicancias éticas, por Gonzalo Arteche.

—«Reversión experimental del sexo»²⁹.

Ciertos artículos no sólo son polémicos, sino que —desde el encabezamiento— causan urticaria en el sector dirigente:

—«El alcoholismo aristocrático y la cura del hambre para adelgazar».

—«La esterilidad voluntaria en la clase alta».

—«Una clase en descomposición»³⁰.

Este último ensayo, de Francisco Vio, aparecido el año '44, era una implacable y apasionada disección de la aristocracia que agonizaba socialmente. Causó en ella un verdadero terremoto interno, y la crítica visó no tanto al autor, muy joven, como a Eyzaguirre³¹.

Tuvo además la revista sus banderas de lucha, que fueron variando con el tiempo.

Los años '30, vimos (Capítulo Segundo), serían de propaganda y crítica socialcristiana, combate contra los totalitarismos, examen descarnado del *establishment* católico, y exaltación de la Iglesia, los vientos nuevos que la recorrían —así, el renacer litúrgico— y los papas «sociales».

Los '40 fueron de causas nobles y difíciles, cuando no perdidas: los padecimientos de Alemania y las injusticias que sufrió tras la derrota; la «aberración» de los juicios de Núremberg; España, aislada por el boicot occidental y soviético; la hispanidad; una postura irritadamente antinorteamericana... Estas defensas y denuncias quijotescas —tan a contrapelo, el pos 45, de los vencedores soberbios y eufóricos y de los vencidos aplastados y humillados— continuaron la década siguiente. Una nota de Eyzaguirre, el año 1954, analizaba los medios inmorales de hacer la guerra: la bomba de hidrógeno, las balas *dum dum*, los gases venenosos, «los bombardeos en masa de ciudades abiertas (Coventry, Dresden)... las destrucciones inútiles de monumentos artísticos o religiosos por razones “psicológicas”... (Montecasino)»³².

Desde los años '40 adelante, la política chilena casi desaparece de *Estudios*, y se multiplican las referencias exteriores. Pero éstas y aquélla se juntan en el problema comunista, su avasallador avance mundial, su «mano tendida» a los católicos, y cómo algunos entre ellos la acogen. Será la causa de que «políticos» (falangistas) y «ex ligueros» se diferencien ya definitivamente, volviéndose la revista contra lo que Eyzaguirre llamará «la atroz pusilanimidad (de)... pactar entendimientos y colaboraciones imposibles con el error» (no olvidemos que la postura antedicha de *Estudios* es también la del episcopado chileno, esos años)³³. Sin embargo, como hemos referido (Capítulo Segundo), la revista se mantiene atenta a que la represión anticomunista no sea caballo troyano de la injusticia social.

Los '50, por fin, *Estudios* entra en decadencia, hasta concluir con el N° 255, de marzo de 1957. En 1955 don Jaime había abandonado la direc-

ción —pero no sus vínculos con la revista—, asumiendo aquélla el subdirector, Hugo Montes. Para entonces, *Estudios* agonizaba, sin haber perdido calidad, ni la línea constante de veinticinco años, pero sí su actualidad profunda, su conexión a los signos de los tiempos. Fue imposible salvar el mensual. Sin duda era el problema económico, centralmente, el que lo hacía desaparecer, pero el otro factor recién aludido —una especie de agotamiento de su sustancia, en razón del correr del tiempo (agotamiento por lo demás común a toda suerte de publicaciones)— no debe minimizarse como causa de que la revista muriera.

Hasta 1948, había aparecido con regularidad mensual, cuando más dedicando un solo número a dos meses del verano.

Desde el año referido, ya no hubo (ni siquiera con la salvedad anotada) un *Estudios* cada mes. El año 1955 se publicaron sólo cuatro; el '56, ocho; el '57, uno solo... el postrero.

La revista apenas se financiaba. Carecía de avisos, excepto de editoriales y librerías, y su circulación era menor que su influencia.

Al décimocuarto aniversario (1946), don Jaime identificó zumbosamente *Estudios* con «un hidalgo nacido de pobre cuna, en que la magnitud de su ambición y el tono altivo de sus voces y ademanes, no corresponden a la exigüidad de sus medios»³⁴.

1948: al cumplir la revista dieciséis años, editorializó Eyzaguirre:

«¿No quedará más que ver si Dios se digna prolongar la precaria existencia de estas páginas? Porque vivimos al día, sin amarrar la atención a frías contabilidades...»³⁵.

Igual que respecto del *Boletín*, en *Estudios* era Jaime Eyzaguirre quien dinamizaba la publicación, ayudado primero por Philippi y luego por Montes. Seleccionaba temas y autores, y perseguía a los últimos implacablemente, hasta que «sacaban su tarea». Fuerte fue, también, su contribución personal en escritos que (dijimos) suscribía con nombre completo, o utilizando las iniciales «“J”», «“J. E.”», «“J. E. G.”»... o que simplemente no firmaba, como los editoriales, reconocibles sólo por el estilo. Dos secciones misceláneas —*Las ideas y los hechos*, y *La Aguja del Tiempo*—, que Eyzaguirre redactaba en buena parte, difundían las noticias criollas y extranjeras de mayor relevancia para el pensamiento católico.

El N° 255 y final (1957) merece alguna detención.

El editorial se titula «Veinticinco años». Lo firma G. B. (el cuentista y novelista Guillermo Blanco, Premio Nacional de Periodismo). Rinde homenaje a Jaime Eyzaguirre. Ha sido éste, «la lima del necio odio contra España, que teñía algunos textos». Ha luchado por «la reanimación de muchos de nuestros valores tradicionales, que no son ni merecen ser letra muerta». In-

terpreta «con clara inteligencia» la realidad chilena, la vivifica con su «soplo». «Él y nosotros», agrega, somos llamados «hispanistas... palabra mal empleada y que carece de sentido». Lo único que han hecho los supuestos hispanistas, es «mirar... nuestro ayer... lo que fuimos, con el respeto y la esperanza de lo que seremos». Y, en definitiva, es «verdad quemante» que los araucanos combatieron contra los «Martínez, Pérez y González» españoles... y después contra los mismos Martínez, Pérez y González, pero chilenos.

El resto del número consiste en reproducir el ensayo «Hispanoamérica del dolor», de Eyzaguirre —una parte del libro homónimo—, y en los artículos «Iglesia y política», por Adolfo Rodríguez, «presbítero del Opus Dei», y «La raíz del problema», sobre filosofía del ser, por Sergio Contardo, más varios cuentos y reflexiones literarias de Blanco, Montes y Claudio Giaconi, y dos pequeñas antologías. Una, de nuevos poetas chilenos (Enrique Durán, Armando Uribe, Juan Lanza, David Rosenman, Alberto Rubio, Alfonso Laredo y Miguel Arteche). Y la otra, del pensamiento permanente de la revista, desde sus primeros tiempos.

Sólo esta última antología puede parecer indicativa de que los editores entreveían ya los funerales de *Estudios*.

Nadie, sin embargo, podría negar el rastro cultural —católico, sí, pero más ampliamente, chileno— dejado por la revista en sus veinticinco años.

Finis Terrae. El 1º de marzo de 1954, Jaime Eyzaguirre asumió como director del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad Católica. Ejerció el cargo con su dinamismo acostumbrado durante doce años. Era inevitable, conocida la trayectoria de Eyzaguirre, que parte importante de la actividad que desarrolló el Departamento fuese editar una revista: *Finis Terrae*, trimestral. Duraría los mismos doce años que don Jaime piloteó la extensión cultural de la Católica. Su alejamiento de ambas, y el abrupto término de *Finis Terrae* son materias que aborda el Capítulo Cuarto, pues integran los últimos años de nuestro biografiado, los cuales —a su vez— se entrelazan íntimamente con la crisis de la Iglesia y las Universidades Católicas, promediando la década 1960-1970.

Director de *Finis Terrae* fue Eyzaguirre, y secretario de redacción, Jaime Peralta. «Redactores» iniciales: Roberto Barahona, Ricardo Krebs, Roque Esteban Scarpa, Pedro Lira, el diplomático Germán Vergara, y el abogado, economista y ejecutivo bancario Sergio Vergara.

La introducción al primer número de *Finis Terrae*, bajo este nombre, firmada por Eyzaguirre y tomada de *Hispanoamérica del Dolor*, desarrollaba una idea favorita de don Jaime, que profundizaremos más abajo. A saber, que lo hispanoamericano era la fusión, el «estrecho maridaje» de «la materia en libertad de elementos... (igual que) los primeros días de la creación» —es

decir, América— y «el alma de Europa». Y no un alma cualquiera, sino el espíritu «eterno y vivificante del Cristianismo», traído por España. *Finis Terrae* buscaba expresar y proyectar hacia el futuro ese «estrecho maridaje», «como una incitación y una necesidad».

La revista se proponía, para tal efecto, desplegar las ciencias y artes que cultivaba el plantel pontificio, a través de artículos divulgatorios escritos por sus maestros más destacados. Estos artículos se dirigían a un público culto pero no especialista en las respectivas materias. Completaban la revista diversas secciones permanentes. Las más importantes: *La llama y la raíz* (poesía moderna de todo el mundo); *El Latido del Tiempo* (actualidad chilena y extranjera); *Documentación Católica* (comunmente la oficial del Vaticano y de los episcopados sobre temas de trascendencia), *Los Libros* (reseñas bibliográficas).

Cada ejemplar tenía más o menos cien páginas, tamaño magazine. La portada no cambiaba durante años, salvo por su color. Ejemplo (los primeros tiempos): el nombre de la revista superimpuesto a un antiguo mapa que graficaba primitivamente el «Estrecho Magalano», el «Polo Austral» y dos eolos mofletudos soplando sobre ambos. Seguía, siempre en la portada, un «sumario» de los artículos y secciones. El del N° 1, así, anunciaba artículos de Germán Vergara, sobre la reciente Conferencia de Caracas; del geógrafo Herich P. Heilmaier, sobre «Newton y Planck, polos opuestos de una concepción causal del mundo»; del músico Vicente Salas Viú, sobre el centenario de otro músico, Cristóbal Morales; y del arquitecto e historiador de su disciplina Alfredo Benavides, sobre «un artista americano del Siglo XVIII».

Finis Terrae se repartía gratuitamente a los alumnos. Tal distribución no era buena. La revista carecía de ilustraciones. Semejantes circunstancias, y el nivel alto aunque no especializado de sus artículos, conjugándose con el nivel cultural cada vez más bajo de los muchachos, hicieron que ellos no la estimaran, generalmente hablando. Es probable influyera, también, que *Finis Terrae* no se conectara de ninguna manera, ni para criticarlas, con las «modas» juveniles de la época, pródiga en éstas. Posición que, sabemos, era la misma del Director.

Pero la revista fue siempre novedosa, amplísima en sus temas, y más plural de lo que comunmente se cree. Tocante a la novedad, anotemos que *Finis Terrae* divulgó por primera vez las ideas de la «Escuela de Chicago», que empezaban a enseñarse en la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad. Estas ideas sufrían un rechazo prácticamente universal... casi como extravagantes. La revista difundió así diversas «herejías» Chicago... v. gr. que no se comprobaba un vínculo necesario entre la propiedad extensa, «latifundio», y una mala o insuficiente explotación de la tierra³⁶.

La variedad de temas y pluralismo (relativo) de autores se pueden apreciar —pongamos un caso— en el N° 40, trimestre final de 1963, cuando se celebran los 75 años de la Universidad. El sumario comprende artículos de Julio Chaná (visión actual de las ciencias sociales), Osvaldo Lira («Vigencia o inutilidad del Tomismo»), Héctor Croxatto (perspectiva de la Biología), Roberto Barahona (creadores de la cirugía moderna), Alberto Valdés y Pablo Baraona (reforma agraria), Raúl Croxatto (características bioquímicas de la célula cancerosa), Miguel Arteche (un poema), Rafael Gandolfo (destino de la filosofía), Hernán Cortés (visión de la matemática), Carlos Rivera (filosofía del universo físico), Oscar Aramayo (institucionalidad y desarrollo), Jorge Hourton (fenomenología de Husserl y pensamiento cristiano), Cecilia Echeverría («El ángel del barroco») y Hugo Montes (Hölderlin).

Si examinamos esta lista, además de la espléndida amplitud temática, y de la conocida capacidad de muchos entre quienes escriben, advertimos que éstos se adscriben a muy diversos sectores ideológicos o políticos del catolicismo. Están, ciertamente, los viejos «ligueros», los amigos de Eyzaguirre: Lira, Barahona, Gandolfo. Pero hay asimismo socialcristianos a la antigua, como Chaná; conservadores puros (Pablo Baraona)... y un nutrido grupo afin a la Democracia Cristiana: los Croxatto, Alberto Valdés, Arteche, Hourton y Montes.

Finis Terrae no fue, entonces, sectaria dentro de su orientación católica.

Notemos, por fin, que Eyzaguirre publicó en la revista ensayos muy importantes: *Geografía y destino de Chile*; *Por la fidelidad a la esperanza*; *Ercilla, caballero del amor y el desengaño*; *Chile en el ocaso del Siglo XIX*, y *Chile en el tiempo*, entre otros³⁷.

Historia. El año 1954, Eyzaguirre fundó en la Universidad Católica el Instituto de Investigaciones Históricas. Dependía de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación. Don Jaime fue el Presidente, Javier González el Secretario, y los otros miembros iniciales: Julio González, Gabriel Guarda, Walter Hanisch S. J., Andrés Huneeus, Ricardo Krebs, el mercedario Carlos Oviedo (futuro Cardenal-Arzobispo de Santiago), Armando de Ramón y Gonzalo Vial. Se le conoció, corrientemente, como el Instituto de Historia. No debe confundirse con el homónimo que después creara el reformismo universitario, durante la rectoría de Fernando Castillo (1970) —cuando ya don Jaime había fallecido—, obedeciendo a la distinción entre las entidades de ese nombre, que impartían la ciencia pura, y las «escuelas», que adiestraban profesionales.

El Instituto de Jaime Eyzaguirre funcionó poco, salvo para editar algunas monografías valiosas y, en particular, el anuario *Historia*, cuyo N°1 apareció el año 1961. Desde entonces se ha publicado de manera no estrictamente

regular, pero ininterrumpida, no obstante la muerte de don Jaime. Cumplió ya su cuadragésimo aniversario.

Lo fundamental del anuario —idea de Eyzaguirre, materializada al comienzo por Javier González, y que continúan hoy los nuevos historiadores de la Universidad Católica— es el «Fichero Bibliográfico». Éste recoge sistemáticamente la historiografía del período que precede al del respectivo ejemplar... cuanto libro o artículo importante de esa ciencia haya aparecido corriendo dicho período, sea en Chile, sea fuera de Chile pero relativo a nuestro país o escrito por un autor nacional. Cada mención describe someramente el tema, y a las obras de mayor importancia se les concede una reseña especial. De manera que —gigantesca tarea colectiva— *todo* lo indicado puede seguirse durante cuarenta años en una sola revista, *Historia*, mediante el Fichero. Si tomamos al azar un solo número de la publicación —digamos, el N° 15, de 1980— hallaremos 251 fichas distintas, y un acumulado de 2.857 para los quince ejemplares aparecidos entre 1961 y 1980.

Historia no sólo es el Fichero, sino también un conjunto de artículos historiográficos importantes y bien ejecutados.

De este modo, de las tres revistas ya permanentes por largos años y que abordan en nuestro país el tema historiográfico —la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, e *Historia*— las dos últimas deben su existencia y permanencia a Jaime Eyzaguirre.

Y aunque parezca increíble, no se agota con lo que hemos expuesto la herencia comunicacional de nuestro biografiado. Por ejemplo, fundó y dirigió *Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales*, publicación periódica muy valiosa que, estimulada por él, según se verá, lanzó la Universidad de Chile. Desgraciadamente, tuvo corta vida, en razón de las turbulencias que trajo la Reforma.

Aportó don Jaime, de igual modo, a los *Anales* de la misma Universidad.

El año de su fallecimiento, el inexhaustible e inacallable Eyzaguirre, ante la extinción de *Finis Terrae*, intentaba suplirla fundando *dos* nuevas revistas (Capítulo Cuarto).

La tarea de Jaime Eyzaguirre en la cátedra y las revistas, fue la que formó a su alrededor una serie de discípulos. Ellos lo secundaron para desarrollar estas actividades, y luego les dieron continuidad. Sin contar la alta influencia personal de don Jaime sobre personas mayores, v. gr. Krebs y Góngora, citemos como indiscutibles discípulos suyos a Armando de Ramón, Gabriel Guarda, Gonzalo Vial, Fernando Silva Vargas, Patricio Estellé (fallecido tempranamente), René Millar y Juan Eduardo Vargas. Algunos historiadores que después publicarían regularmente, comenzaron a hacerlo sólo por la incitación casi majadera de Eyzaguirre. Fue el caso de Hanisch y Vial —ambos iniciados en *Historia*— y a los cuales de todos modos don Jaime

llamaba burlescamente «folleteros», porque cuando más producían folletos, separatas de artículos extensos... no les daba el aliento (decía) para un libro. Ambos se desquitarían después, en cuanto al largo de sus publicaciones.

Muchos de sus discípulos hallaban sorprendente, casi inexplicable, la intensidad que ponía Jaime Eyzaguirre al abordar todas y cada una de las múltiples empresas intelectuales que le concernían. Por ejemplo, era docente de ambas Universidades, católica y fiscal. Pero como jefe de investigaciones y tesis históricas de la primera, fue apasionado competidor de la Chile en esa área. Un tiempo, preparaban memorias sobre idénticos temas —respectivamente el viaje de descubrimiento de Almagro, y la esclavitud africana— Armando de Ramón y Sergio Villalobos, y Gonzalo Vial y Rolando Mellafe. Villalobos y Mellafe pertenecían a la Universidad de Chile. Eyzaguirre experimentaba auténtica angustia, continua y muy vocalmente expresada, por la sola posibilidad de que publicaran antes que sus propios pupilos³⁸. Uno de ellos, cuando menos, no podía entender tanta excitación.



EL HISTORIADOR Y SU PENSAMIENTO

Jaime Eyzaguirre dejó una nutrida producción literaria: una veintena de libros y un centenar de folletos y artículos importantes. La mayor parte de esta producción, obviamente, fue histórica.

Los libros pueden clasificarse en las categorías siguientes:

—Sobre su familia, mirada desde el punto de vista histórico-genealógico: *Eyzaguirre, Generaciones y Semblanzas* (1937), *Archivo Epistolar de la familia Eyzaguirre, 1747-1854* (1960).

—Didácticos: *Privilegios diplomáticos. Síntesis histórica y de legislación comparada* (1932), *Elementos de la Ciencia Económica* (1937), *Fuentes para la Historia del Derecho Chileno* (1952), *Historia del Derecho* (distintas versiones, 1959, 1960, 1962, 1965, 1966), *Historia Constitucional de Chile* (distintas versiones, 1952, 1965, 1966), *Historia de las Instituciones Políticas y Sociales de Chile* (1966).

—Límites de Chile: *Chile durante el Gobierno de Errázuriz Echaurren, 1896-1901* (1957)*, *La Soberanía de Chile en las Tierras Australes* (1958), *Chile y Bolivia, esquema de un proceso diplomático* (1963), *Breve Historia de las fronteras de Chile* (1967).

* Es a la verdad más que un libro sobre límites, pero lo incluimos en esta categoría porque ellos fueron el problema básico de esta presidencia, y por lo tanto de la obra de Eyzaguirre, la cual lo aborda admirablemente.

—Biografías: *Ventura de Pedro de Valdivia* (1942), *O'Higgins* (1946), *El Conde de la Conquista* (1951).

—Recopilaciones de ensayos y artículos: *Viejas imágenes* (1947).

—Interpretaciones históricas: *Hispanoamérica del Dolor* (1947), *Fisonomía Histórica de Chile* (1948), *Ideario y Ruta de la Emancipación Chilena* (1957)³⁹.

Inclasificable resulta aquélla que debiera haber sido la obra más ambiciosa de Jaime Eyzaguirre: la *Historia de Chile*, planeada para llegar hasta 1931 (primera presidencia Ibáñez). Alcanzó a aparecer, en vida del autor, el tomo inicial de los dos presupuestados, *Génesis de la Nacionalidad*, que excedía las cuatrocientas páginas (1965). Significaban cinco años de trabajo.

La muerte dejó inconcluso el segundo volumen. Los discípulos y amigos de don Jaime discutieron completarlo, pero primó la idea —que defendía Ricardo Krebs— de ser ésa una tarea imposible e inconveniente, corriéndose el peligro de alterar, o deformar, o no exponer con la profundidad y conocimientos debidos, el pensamiento de Eyzaguirre. Éste, inclusive, habría cambiado su enfoque sobre algunos puntos importantes —como ser las relaciones exteriores— de una manera que no se conocía bien. Se optó, pues, por editar solamente la parte que don Jaime había dejado escrita y corregida de dicho volumen, y que llegaba hasta 1861, junto con republicar el primero (1973). Lo nuevo, unas trescientas páginas, llevaría únicamente dos breves capítulos introductorios de pluma ajena, la de Javier González.

Los libros de Eyzaguirre recibieron numerosas distinciones. Con el *O'Higgins* ganó el premio del concurso nacional instituido para conmemorar el centenario de la muerte del prócer (1946). Su importe financió parcialmente el viaje a España de 1947. La obra sobre Errázuriz Echaurren le significó el Premio Marcial Martínez de la Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, y el Premio de Ensayo que otorgaba la Municipalidad de Santiago (1958). La *Historia de Chile* merecería un galardón póstumo —el Francisco Antonio Encina— del mismo municipio (1968). Algunos de estos trabajos fueron acogidos por destacadas publicaciones o empresas editoras del extranjero: Fondo de Cultura Económica, México, v. gr, entre las últimas. Tuvieron los libros de mayor éxito varias tiradas. Así, a la muerte de Eyzaguirre, seis el *O'Higgins*, e igual número *Ventura de Pedro de Valdivia*⁴⁰.

Estilo. Eyzaguirre mostró dos estilos como escritor, sin que ninguno de ellos pudiera, nunca, desplazar completamente al otro. Partió don Jaime, joven, escribiendo barroco, casi gongorino. Luego fue criando una forma de expresión distinta, clara y directa, elegante pero sin adornos. Es la del *O'Higgins*, el *Errázuriz Echaurren* y la *Historia de Chile*. Al barroquismo, en cambio, pertenecen el libro sobre Valdivia, *Hispanoamérica del Dolor* y —hasta cierto punto— *Fisonomía Histórica de Chile*. Suenan un tanto artificiales, rebuscados

aunque se perciba el esfuerzo, esfuerzo exitoso, por alcanzar la belleza literaria (el año 1957, Eyzaguirre se incorpora a la Academia Chilena de la Lengua, con un ensayo sobre Ercilla, «el caballero del amor y del desengaño», que participa de ambos estilos). Pero, curiosamente —a nuestro juicio—, aquel propósito resulta aún más logrado cuando emplea la segunda forma. En Eyzaguirre, creemos, es mejor literatura (prescindiendo enteramente del mérito científico) la escueta y descarnada que la barroca.

Según advertimos, los estilos señalados se mezclan en el tiempo, no son sucesivos. Así, el *O'Higgins*, indicamos, pertenece al segundo y es de 1946. Pero la arriba citada introducción al número inicial de *Finis Terrae*, que aparece inicialmente en *Hispanoamérica del Dolor*, el año 1947, utiliza la primera forma, llegando hasta el límite de la oscuridad.

Tampoco cabe decir que el estilo empleado por Eyzaguirre en una obra determinada, se relacione con la primacía de lo «literario» sobre lo «científico», o viceversa. Algunos de los trabajos mejor investigados y más profundos de don Jaime, se hallan escritos siguiendo la forma barroca.

Esta forma, por otra parte, tiene en Eyzaguirre su propio significado y carga cultural: modernizada y simplificada, viene de los «siglos de oro» hispánicos. Los cuales (según se verá) tenían para nuestro biografiado un sentido profundo, histórico sí, pero que se proyectaba más allá de la Historia.

¿*Historiador o profeta*? Es singular que, no obstante la vasta obra resumida, se haya puesto en duda —sin, necesariamente, ánimo de descalificarlo— que Eyzaguirre fuese en propiedad un historiador. Sería (se dice) un ensayista de altísimo vuelo, el cruzado de una causa —el «hispanismo»—, el misionero de una fe religiosa, la católica, el campeón de las ideas «conservadoras» o tradicionalistas... pero no un historiador *stricto sensu*. La Historia sería para él un medio, no un fin.

La distinción puede derivar de que —según dijimos— las obras de Eyzaguirre muestran, a lo menos en sus mejores momentos, soltura de pluma, belleza y amenidad. Rasgos que suelen ser mirados desconfiadamente por quienes privilegian el carácter científico de la Historia, subvalorando su aspecto artístico. Juzgan aquellos rasgos como la manera de ocultar una cierta falta de rigor en el razonamiento o la investigación. Jorge Marshall recuerda haberle oído a un Góngora muy joven, que Eyzaguirre no era «historiador», sino «una persona que escribía cosas de Historia». Después modificó completamente esta opinión, advierte el propio Marshall, pero ella es ejemplo de la crítica que exponemos⁴¹.

La verdad era que Eyzaguirre investigaba previa y exhaustivamente sus trabajos, por lo general en fondos documentarios de la época que correspondiera, chilenos y españoles. El mismo Julio César Jobet, que le era muy ad-

verso como historiador, reconocía su «paciente erudición formalista». Krebs señala:

«Dotado de memoria prodigiosa y de aquel especial don que debe tener el historiador para dar con los documentos que precisa, Jaime Eyzaguirre conocía a fondo los archivos y fuentes primarias. Gustaba del documento como testimonio directo del pasado, y la búsqueda y revisión de las fuentes le causaba auténtico placer. Sacó del olvido innumerables documentos inéditos, y los dio a conocer... Su obra... aún los ensayos que por su naturaleza carecen de todo aparato erudito, fueron extraídos de las fuentes originales mismas, lo que les da aquella vida y aquel colorido que sólo se produce en el contacto con los testimonios inmediatos del pasado»⁴².

Es efectivo que, de sus estudios históricos, surgió en Jaime Eyzaguirre —según apreciaremos luego— una teoría sobre el futuro y misión de Hispanoamérica y Chile, que excedía los límites específicos del pensamiento histórico. Hablamos del llamado «hispanismo» de don Jaime. Pero no acomodó la Historia al «hispanismo», sino —al revés— indujo éste de aquélla, ahondándola con seriedad. Hasta el punto de que, ya lo dijimos, partió siendo un apasionado, visceral antiespañol, y por vía de la Historia alcanzó la convicción opuesta.

Sí podría afirmarse que Jaime Eyzaguirre fue más que un historiador. Pero es innegable su carácter de tal.

Crítica. Los escritos de nuestro biografiado tuvieron una crítica elogiosa. Así *Alone* (Hernán Díaz) calificó póstumamente el *O'Higgins* de «obra capital... una de las más importantes de la historiografía chilena... una hazaña, que justifica su nombradía y honra al escritor que la cumplió, como todo lo suyo, a conciencia» (1974)⁴³.

Pero, por supuesto, no fueron unánimes las alabanzas. Hubo asimismo una fuerte crítica adversa, en vida de Eyzaguirre y tras su fallecimiento, generalmente de historiadores de izquierda y a veces ponderada, a veces no.

Avivaba esta crítica el hecho de que Eyzaguirre ocupara casi totalmente, los años '50 y '60, el campo de la llamada «historiografía conservadora» (ya veremos qué artefacto es éste) —en cuanto ella enfocara Chile— y lo hiciese con gran fama. Pues Encina había completado su obra magna (1951); no sonaba, aún, la hora de Góngora; Krebs prefería la Historia Universal, y los demás eran, a lo menos aquellos años, de escasas publicaciones o relativamente jóvenes aún.

Los historiadores de izquierda, desiguales en méritos —un Julio César Jobet, un Luis Vitale, un Marcelo Segall, un Ramírez Necochea—, no tenían ni muchos trabajos dados a la imprenta, ni mucha difusión, ni mucho prestigio (lo último, quizás injustamente). El de mayor eco era Hernán Ramírez,

comunista; por su conocida e importante obra sobre Balmaceda y por la «caja de resonancia» que le hacía el Partido. Mas la estrecha sujeción a éste lo devaluaba científicamente en el mundo culto.

Entre Eyzaguirre y la izquierda historiográfica, había un «centro» de alto valor y que enraizaba en Barros Arana. Pero era muy especializado y por ende poco conocido: Néstor Meza, Julio Heisse, Ricardo Donoso. El último, bastante mayor que don Jaime, fue un investigador y erudito incomparable y de correcta pluma, pero su extremo apasionamiento (v. gr., contra Arturo Alessandri Palma) le restaba credibilidad. También este centro incluía historiadores jóvenes de futuro prestigio, como Sergio Villalobos, Alvaro Jara y Rolando Mellafe.

No era para sorprenderse, entonces, que los historiadores de izquierda apuntasen sus cañones contra Eyzaguirre, exhibiendo mayor o menor ecuanimidad.

Veamos algunos casos.

Mario Céspedes, v. gr., elogia su labor de internacionalista, al investigar e historiar los límites de Chile. De sus biografías, la que «mayor objeción» le merece, es la de Valdivia. Ella, según Céspedes, muestra «el más franco lirismo» al enfatizar, como causas de la conquista y colonización de Chile, «las de orden religioso y psicológico», «el ansia de gloria y el instinto caballeresco de los españoles... el ideal guerrero y el ideal misionero». Para Mario Céspedes, la causa auténtica habría sido la búsqueda de trabajadores indígenas, desaparecidos en el Norte, abundantes en el Sur. «Una simple y sombría caza del indio, y no una jornada caballeresca». Descuida Eyzaguirre, además (continúa el crítico), el tema del enfrentamiento indo-hispano: guerra de culturas, externamente, e internamente guerra de dominación económica, para hacerse los españoles «de los bienes de producción —tierras, minas— y... (de) mano de obra gratuita». Luego, mediante la catequesis «se justificaría en el terreno espiritual el nuevo orden».

Alaba Céspedes el *O'Higgins*. Logra Eyzaguirre con éste, dice, una «imagen convincente, ajena al panegírico abierto». No se «encariña» con el protagonista; no oculta los «defectos» ni los «vacíos creadores» de éste. Pero, «como en todas sus obras», la mayor falla que evidencia aquí Jaime Eyzaguirre es olvidar «las causas económicas y sociales de los hechos».

«La obra más débil en la producción de Jaime Eyzaguirre» sería, según Mario Céspedes, la consagrada a Errázuriz Echaurren. Aquilataremos luego el complejo trasfondo de esta opinión⁴⁴.

Infinitamente menos objetivo que Céspedes para juzgar a Eyzaguirre resulta —sin embargo de su respetable categoría como historiador— Julio César Jobet. En diez apretadas páginas a dos columnas, le reconoce la erudi-



«Con su biografía de O'Higgins, Jaime Eyzaguirre ganó el premio del concurso nacional instituido para conmemorar el centenario de la muerte del prócer (1946).

ción y labor investigativa (vimos), y además la vastedad y continuidad de la tarea realizada, pero... realizada ¿para qué?

Simplemente, para «la divulgación de interpretaciones antojadizas... (y) juicios unilaterales y... la exaltación de doctrinas e instituciones retrógradas, con un inagotable tesón sectario», y para «menoscabar la fuerte tradición demo-liberal laica y... debilitar la influencia del pensamiento racionalista y crítico francés en el desenvolvimiento y progreso de Chile».

Nada menos, nada más.

Todo el análisis sobre Eyzaguirre que hace Jobet, sigue las líneas del párrafo copiado, descalificatorias pero irrazonadas.

Un buen ejemplo es el de las causas de la emancipación. Según apreciaremos poco adelante, Eyzaguirre, en su *Ideario y ruta...*, no rechaza totalmente pero sí minoriza las causas tradicionales que difunden los libros de Historia entonces más leídos: influencia del enciclopedismo y de las revoluciones francesa y norteamericana; política británica respecto de España y sus colonias; quejas económicas y administrativas de los criollos, etc. En cambio,

pone de relieve el influjo independentista que habrían tenido los textos e ideas de los teólogos-juristas hispanos del Siglo de Oro, tocantes al origen del poder y a la relación príncipe-pueblo. Esto provoca la furia de Jobet... pero una furia que no lleva anexa la refutación correspondiente. De modo que el lector se queda con dos pareceres contrapuestos, pero sin elementos que le permitan ningún juicio propio, pues sólo uno de aquellos es fundado.

Igual que Céspedes, el grueso del negativo análisis de Jobet tiene por blanco el libro sobre Errázuriz Echaurren⁴⁵.

Céspedes y Jobet escribían ya difunto don Jaime, pero aún vivo éste —para ser exactos, tan pronto apareció la obra incriminada (1957)— había salido a la palestra Ricardo Donoso, ocupando dos números sucesivos de la revista *Atenea* con un largo y violento artículo de la más acerba censura al Errázuriz Echaurren: *Omisiones, errores y tergiversaciones de un libro de historia*⁴⁶. El artículo atacaba dos aspectos del trabajo de Eyzaguirre:

—Primero, ser un «libro de encargo». Había sido encomendado a Eyzaguirre, mediando un honorario, por la única hija del Presidente Errázuriz Echaurren, la señora Elena Errázuriz, poniendo ella además a disposición de don Jaime el archivo personal de ese mandatario. Según Donoso y Jobet, no era ético recibir emolumentos privados por escribir un trabajo de esta naturaleza, especialmente percibirlos de la hija por el «encargo» de historiar al padre. La crítica parece un tanto puritana, sobre todo si se considera que al intelectual que vive de sus obras «alguien», necesariamente, debe pagarlas.

Según Donoso, Eyzaguirre había silenciado aspectos de la vida y personalidad de Errázuriz que hubieran sido molestos para doña Elena, v. gr., sus relaciones con célebres cortesanas criollas de la época, como la «Adelita» y la «Pan de Huevo». No dejaba claro el crítico, sin embargo, por qué estas damas habrían sido históricamente importantes⁴⁷.

—Segundo, y éste era el nudo, el verdadero centro del asunto, Donoso, Jobet y asimismo Céspedes, censuraban que Eyzaguirre hubiese exaltado a Errázuriz y deprimido a Barros Arana. Ello, relatando la larga y enconada disputa entre ambos —el Presidente y el perito chileno, don Diego— por la cuestión limítrofe con Argentina.

Como es sabido, el segundo Errázuriz bregó para asegurar la paz con nuestros vecinos allende los Andes, enajenándose así a un poderoso grupo de sus propios y más altos asesores, que quería la guerra: el Ministro de Relaciones Exteriores del momento: el glorioso Almirante Juan José Latorre; el subsecretario, Eduardo Phillips; el embajador en Argentina, Joaquín Walker; y el general Emilio Körner, suprema autoridad del Ejército. Barros Arana pertenecía a este grupo, no que deseara la guerra como los otros sino que —creyendo imbatible nuestra postura jurídica— no aceptaba hacer ninguna

concesión a Argentina. Errázuriz terminó destituyéndolo, de lo cual nacería la más viva y recíproca enemistad.

Complicaba el asunto que el Presidente se apoyara en los conservadores, el «partido de la Iglesia», y Barros fuese el epítome del «laicismo» y aun de la irreligiosidad militante.

A medio siglo de distancia, las pasiones doctrinarias alrededor de estos hechos revivieron con suma e insólita fuerza cuando el libro del católico Eyzaguirre pareció una apología de Errázuriz y una catilinaria anti Barros Arana. Señalaba inclusive responsabilidades de éste por «la entrega (a Argentina) de la Puna de Atacama», entrega hasta aquel momento radicada, como carga histórica, en el Presidente y no en el perito.

Uno de los autores de esta biografía, Gonzalo Vial, ha estudiado con cierta detención el tema. Califica la tesis de Eyzaguirre como acertada (aunque, desde luego, opinable), pero agrega que sin duda su enfoque de lo actuado por Barros Arana estuvo teñido por una retroactiva pasión católica⁴⁸.

Céspedes añadía a las críticas anteriores la ausencia —en el libro de Eyzaguirre sobre Errázuriz— del trasfondo económico-social, reproche no enteramente exacto con respecto a este caso preciso.

Sin embargo, Jaime Eyzaguirre daba algún pie a las críticas de Jobet y Céspedes, en los dos aspectos citados: el «lirismo» que recorría su visión del proceso conquistador y colonizador, y el énfasis puesto sobre los factores políticos, religiosos, culturales, jurídicos, etc., mucho mayor que el asignado a los elementos económico-sociales.

Los últimos, sin embargo, no faltaban enteramente en la obra de don Jaime. Su minusvaloración, por lo demás, era entonces rasgo común de nuestra historiografía, excepción hecha de la izquierdista. Y ésta solía tratarlos declamatoria antes que objetivamente.

Respecto del «lirismo» para abordar conquista y colonización, tampoco puede negarse en Eyzaguirre. Es el contrapeso que opone al prejuicio antiespañol, característico de los historiadores chilenos el XIX. En los cuales influyen a ese efecto tanto las pasiones de la guerra emancipadora, como aquéllas —algo más modernas— de la enconada pugna finisecular entre la Iglesia (que ellos identifican con la Colonia y España) y el movimiento secularizador o «laico».

Barros Arana simboliza todo lo anterior, y es curioso ver objetar la «leyenda dorada» de Eyzaguirre a quienes aceptan, o cuando menos no repudian explícitamente, la «leyenda negra» contra la Madre Patria, tan obvia, acentuada e injusta en don Diego. Aun, la repiten, como Mario Céspedes al decir (señalábamos) que la conquista había sido «una simple y sombría caza del indio».

Hoy el equilibrio de juicio es mucho mayor, pero ello viene, parcialmente, de la tarea cumplida por Eyzaguirre y otros, durante la cual el ardor de la lucha los llevó —con cierta frecuencia— a sobreacentuar lo positivo de España en América. Volveremos sobre el punto.

Con todo, no sería honesto, a nuestro juicio, desconocer *in toto* las dos limitaciones de la visión histórica de Eyzaguirre que hemos referido.

Más modernamente, se enfoca a nuestro biografiado como representante conspicuo de la antes mencionada historiografía «conservadora», que lo englobaría junto con Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina y aun Mario Góngora.

Este tipo de clasificaciones o etiquetas es legítimo, pero suele no ser inocente. Pues acostumbra servir para descalificar al historiador etiquetado: atribuye su pensamiento a motivos ideológicos, de intereses o de clase, prescindiendo, o si se quiere librándose, del trabajo de analizarlo. De tal modo, la clasificación puede desembocar en la caricatura, y por ende —objetivamente— en la falsedad. Y aunque no alcance semejantes extremos, no le es posible evitar el reduccionismo.

La clasificación de «conservador», además, en Chile induce a error. Ya que:

—Gramaticalmente, conservar implica mantener intacto todo o parte de lo que existe. Mas no es ése el sentido que en verdad se le da, sino el de retornar a algo, v. gr., al llamado «portalianismo», que fue y ya no es. Pero... ¿cómo «conservar» un pretérito que no ha alcanzado el presente?

—El término ha tenido una amplificación tal, que lo hace irrelevante. V. gr., se llama «conservadores» a los ex comunistas desplazados o que se intenta desplazar del poder, o que lo recuperan, en los antiguos países satélites de la U. R. S. S.

—En Chile, existió durante un siglo —mediados del XIX a mediados del XX— un Partido Conservador, que hasta el primer tercio de la centuria que corre fue «el partido de la Iglesia», y después —de todos modos, y cuando menos— siguió siendo confesional católico, por largo tiempo. La etiqueta de «conservador» causa numerosos equívocos, si erróneamente se la refiere a dicha colectividad chilena, un ente histórico, no una simple «idea». Así, nuestro Partido Conservador actuó como ultraliberal en lo político y lo económico (mucho más democrático, desde luego, que los liberales chilenos pre 91). Y Eyzaguirre nada tuvo que ver con el Partido Conservador, al revés —nos lo dijo el Capítulo Segundo—, le mostró distancia y mala voluntad, le arrebató juventudes, y el Partido le devolvió cordialmente esta repulsa.

A veces la etiqueta de «conservador» es reemplazada, respecto de Jaime Eyzaguirre, por la de «tradicionalista», más propia, pues sin duda influyeron

sobre él los escritores españoles de ese corte. Afirma, por cierto exageradamente (pues era él mismo lector y admirador de Unamuno):

«Desde el Siglo XVIII no dice España una palabra nueva y duradera que no sea por boca de los continuadores de su tradición: un Menéndez Pelayo, un Balmes, un Donoso Cortés, un Vásquez de Mella, un González Quintero»⁴⁹.

Y falta aquí el más importante de todos para don Jaime, Ramiro de Maeztu, cuya trascendencia para el «hispanismo» eyzaguirreano veremos páginas adelante.

Sin embargo, llamar «tradicionalista» a Eyzaguirre en este sentido, exigiría analizar su concepto de tradición (que veremos páginas adelante) y parangonarlo con el español. No se ha hecho, por lo cual —nuevamente— el apelativo resulta equívoco.

Una seria, completa e interesante exposición del supuesto «conservadurismo» o «tradicionalismo» de Eyzaguirre, ha hecho Carlos Ruiz. Junto a indudables aciertos, y a afirmaciones dudosas pero perfectamente sostenibles, hallaremos en Ruiz ejemplos clásicos de la dificultad de mantener pegadas las etiquetas. V. gr.:

—Colaboradores de *Estudios*, «habitualmente, aunque desde posiciones distintas», habrían sido Eduardo Frei y Alberto Hurtado. Vimos (Capítulo Segundo) que las posiciones eran las mismas, salvo en un punto procedural: si perseguir el socialcristianismo de *Quadragesimo Anno* vía partidos políticos (Falange), o bien a través de una acción apartidista (Liga Social).

—Eyzaguirre «representante ideológico de los sectores agrarios señoriales». Proponía reiterativamente (Capítulo Segundo) las tres medidas que mayor resistencia y vituperio causaban en esos sectores: reforma agraria por la subdivisión de la gran propiedad; sindicatos campesinos, y manejo de los precios agrícolas por las corporaciones patronales-obreras.

—El corporativismo presentado como un sistema político-económico de carácter «totalitario», que «intenta recuperar para las clases tradicionalmente dominantes, la dirección y regulación de la economía», y el poder político.

El Capítulo Segundo hizo ver que compartieron el corporativismo de Eyzaguirre —y en sus mismos términos, si no más extremos— prácticamente todos los socialcristianos, incluso los avanzados y aún los de izquierda, v. gr. Bartolomé Palacios, Carlos Vergara Bravo y Clotario Blest. Carlos Ruiz prescinde de esto. Prescinde asimismo de que, para el corporativismo católico, la pirámide gremial era de libre afiliación, independiente del Estado e integrada —en un plano igualitario— por sindicatos de patrones y de trabajadores. Cuando el año 1937, ni éstos ni aquéllos quedaron dentro del Consejo de

Economía Nacional creado por el Presidente Alesandri Palma, *Estudios* protestó enérgicamente.

Por lo demás, las «clases tradicionales dominantes», que según Ruiz habrían usufructuado del corporativismo caso de establecerse éste, no lo entendían así: lo atacaron con destemplanza, excepción hecha de aislados sectores y personeros empresariales.

Se advertirá que las etiquetas de «conservadurismo» y «tradicionalismo», aplicadas a Eyzaguirre partiendo de unos supuestos condicionamientos personales, económicos y de clase —febles y contradictorios—, nada tienen que ver con su pensamiento histórico. Pero sirven para descalificarlo *a priori*, sin refutarlo⁵⁰.

A) EL PENSAMIENTO HISTÓRICO

Nos preocuparemos ahora, sintéticamente, de las concepciones históricas de Jaime Eyzaguirre.

Se insertan, y es natural, en la idea católica de la Historia Humana. Dicha idea, a su vez, postula para aquélla las cuatro grandes etapas de todos sabidas: Creación, Pecado, Redención (Cristo encarnado, Cristo muerto, Cristo resucitado) y Juicio. Es, por supuesto, una Teología de la Historia. Consecuentemente, revelada y no racional. Teología que no repugna a la razón, afirman los católicos, pero que no puede, tampoco, demostrarse mediante ésta.

Los reinos. Dentro de esa Teología, Eyzaguirre acentúa mucho la noción de los sucesivos «reinos», tomada del Libro de Daniel (cuando éste interpreta un sueño del monarca egipcio).

La noción referida era, claro está, de afinidad milenarista. Pre 1940, don Jaime aceptaba explícitamente los reinos como Lacunza los concibiera, el último de los cuales —nos señaló el Capítulo Segundo— sería el de Cristo, quien gobernaría el mundo a través del pueblo hebreo, reconciliado con Dios. La Historia presentaba así dos grandes etapas: la Antigua Alianza (Dios e Israel) y la Nueva Alianza (la Iglesia). Ésta, de su parte, incluía tres sucesivos Reinos: el del Espíritu Santo, iniciado en Pentecostés para terminar con la Segunda Venida de Cristo; el reino temporal de Cristo —el «milenio»—; y el Reino Eterno del Padre, tras el aniquilamiento del mundo.

Después del año referido, Jaime Eyzaguirre conserva el esquema anterior pero —cumpliendo su compromiso de obediencia a la Iglesia— borra del Segundo Reino, el Reino de Cristo o Parusía, toda afirmación de ser un gobierno temporal, con Israel como instrumento del Salvador-Rey. Es pro-

bable lo siga creyendo en el secreto de su corazón, pero no volverá a decirlo, ni siquiera indirectamente. Y hemos visto que, según parece, al término de sus años ya no lo acepta (Capítulo Segundo).

Pero toma explícitamente de Lacunza —como también nos refiere el Capítulo Segundo— la noción de que, al venir finalmente Cristo cuando terminen los tiempos (y aún despojada esta venida de toda sugestión de reino temporal), la materia, «en sí buena... como salida de la mano de Dios... será purificada y logrará su plenitud». Purificada ¿de qué? De la desviación que le ha introducido el pecado. La materia, pues, no desaparecerá con el cierre de la Historia —dice Lacunza y hace eco Eyzaguirre— y el cielo no será un «sitio etéreo», conteniendo en cambio «todo el universo creado por Dios», «ya limpio de sus imperfecciones». «De esta manera (observa don Jaime) la materia, que antes se miró con descuido, cuando no con recelo, aparece ahora asida al plan providencial con una función precisa»⁵¹.

Veremos reaparecer esta «materia purificada por el espíritu», cuando Eyzaguirre trate la conquista y colonización de Hispanoamérica.

(Constituye además una sentida aspiración personal. Se le pregunta: «¿De qué placer terrenal le gustaría seguir disfrutando en la otra vida?». Responde: «De la contemplación del paisaje de Chile junto a su Autor»)⁵².

Los ciclos de etapas o reinos, fuesen o no repetitivos, fascinarían a Jaime Eyzaguirre. Sus clases de Historia del Derecho empezaban por un análisis sumario, pero no superficial, de las filosofías (interpretaciones) históricas que consideraba más importantes y significativas: San Agustín, Vico, Bossuet, Hegel, Marx, Spengler, Toynbee... Muchas eran cíclicas, aunque de diversos modos.

Dios, Hombre y Demonio. En seguida, está claro para Jaime Eyzaguirre cuál es el motor de la Historia: el voluntario cumplimiento por el hombre del plan divino, la misteriosa armonización de lo que quiere y actúa soberanamente la Providencia con lo que quiere y actúa libremente la creatura racional. «Es Dios quien escribe la Historia, pero a través de la libertad humana» —afirma Jaime Eyzaguirre—. El hombre debe buscar la voluntad del Creador en las escrituras, y realizarla.

Personaje importante de la Historia, a continuación, es el Demonio, que procura apartar al ser humano de su camino y tarea. «(El Demonio) está ya juzgado, pero el cumplimiento de la sentencia se dará en el último día de la Historia».

De aquí el concepto agustiniano, que Eyzaguirre asimismo subraya, de una permanente y nunca decidida pugna entre la Ciudad Divina y la Ciudad Diabólica.

«Los actores de la Historia son Dios, el Hombre y el Demonio»⁵³.

La importancia que según este pensar tiene el gran hombre, el líder,

para la Historia —dentro de los «procesos» y navegando llevado por ellos, o abriéndoles cauce, o modificando en alguna medida su curso—, explica el énfasis eyzaguirreano sobre la biografía. Las que alcanzó a escribir, reflejan momentos cumbres del pasado patrio: el nacimiento de Chile (Valdivia), el apogeo colonial (Toro, el Conde de la Conquista), la emancipación (O'Higgins). Apreciaremos luego que, al morir, meditaba nuevas biografías, de la época republicana.

Las culturas cristianas. Durante el Reino del Espíritu Santo —que estaba en curso—, y antes de la Parusía, indicaba Eyzaguirre, «los católicos pueden y deben crear y conservar culturas cristianas». Pero no la cultura cristiana: «No hay una realización única», sino «formas temporales analógicas». Ni resultaba concebible una cultura *perfectamente* cristiana, ya que la lucha de las ciudades agustinianas —de Dios y del Demonio— sólo se resolvería en el Juicio.

Tampoco era posible una cultura, aunque cristiana, de permanencia indefinida, ni inmutable: «La ley de la contingencia y la ley de la libertad corroen de manera fatal toda cultura y la empujan a un perecimiento inevitable»⁵⁴. Idea quizás tomada por Eyzaguirre, en forma general, de Spengler y su *Decadencia de Occidente*, cuyo gran influjo sobre el pensamiento europeo y americano, hasta fines de los '40, hemos anticipado (Capítulo Segundo).

No deben confundirse, continúa don Jaime, cultura y religión: en aquélla el hombre se realiza naturalmente; en ésta, sobrenaturalmente, ligándose a Dios.

Pero la cultura se enriquece por la religión y más (desde el punto de vista de Eyzaguirre) si la fe que la empapa e inspira es la católica.

El orden hispano-cristiano. Advierte Krebs que Occidente ha conocido dos culturas superiores de esta raíz: la romano-gótica y la tridentina-barroca. La primera, extendida por toda Europa; la segunda, abarcando el Imperio Hispánico a ambos lados del Atlántico, y además Portugal y Brasil, durante los Siglos XVI y XVII y especialmente bajo los grandes monarcas hispanos: Carlos V y Felipe II.

«Jaime Eyzaguirre se sintió identificado con esta cultura barroca*. Él amó intensamente a la España del Siglo de Oro... de los Reyes Católicos y Felipe II, la España de los Santos e Hidalgos, esa España que había luchado por crear un orden humano basado en la fe católica»⁵⁵. Orden contrapuesto al «moderno» que encarnaban la Reforma y su humanismo progresivamente emancipado de la fe:

A) «Concepción católica de la vida» y «unidad europea bajo este signo», *versus* cultura secularizada y nacionalismo religioso.

* Después de un tiempo de absorción en la romano-gótica.

B) «El caballero cristiano, que hace del vivir una milicia al servicio de Cristo», *versus* «el héroe del humanismo, afirmado en el yo».

C) «Conciencia de la igualdad esencial... de la especie humana», ratificada por el Concilio de Trento, *versus* las supuestas superioridades raciales, o económicas, las últimas en cuanto signo de predestinación para el puritano. La igualdad esencial se extiende a los pueblos, cuyo concierto es regido por una ley común, internacional, de principios brillantemente expuestos por el español Francisco de Vitoria.

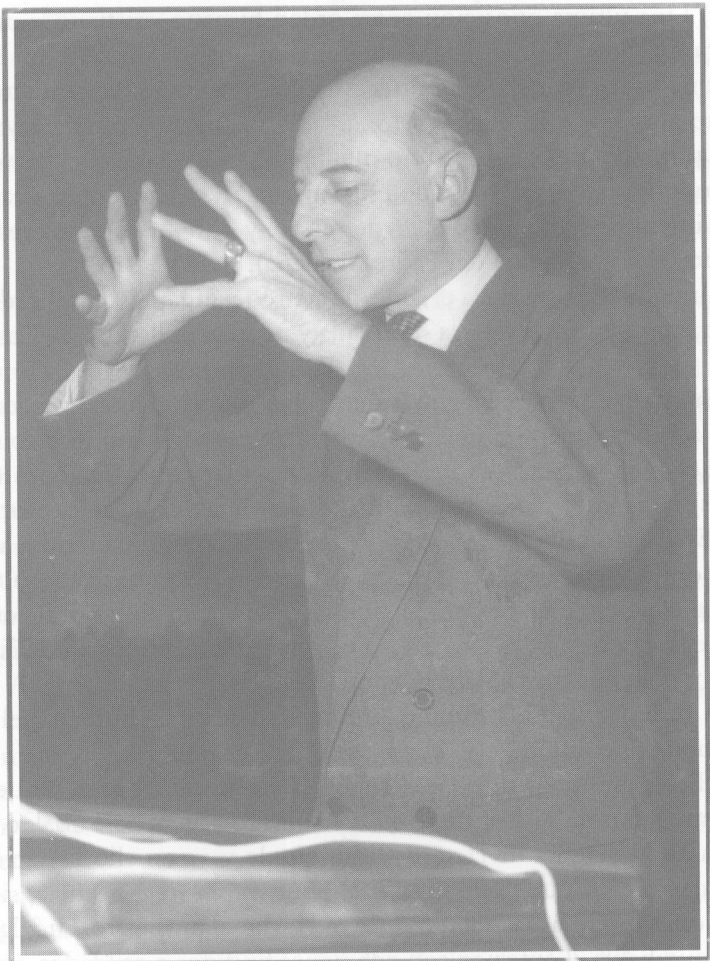
D) «Conservación de los valores... permanentes, y actualización vital de los mismos» —por ejemplo, recibiendo «las aportaciones valiosas del tiempo nuevo... (como ser) el ideal renacentista de la fama... y las... formas de la poesía, de la arquitectura y de la pintura, nacidas en Italia y Flandes»—, *versus* la «ruptura histórica» que trae el humanismo de raíz protestante y que afecta al resto de Europa.

E) De lo que precede surge en el orden hispano-cristiano el respeto a la *tradición*, correctamente entendida:

«Tradición no es clavar el tiempo y rechazar su curso; no es hacer arqueología; no es repetir servilmente actitudes y modas definitivamente sobrepasadas. No es obrar en forma monocorde, ni vivir en un solo y determinado sentido. Tradición es hablar la propia voz, es marcar la vida con el sello vernáculo, es escribir las mil palabras con la pluma propia, firme e infundible... Es tradición todo aquello que ha llegado a incorporarse a los pueblos como algo inherente a su propia persona y de lo cual no podrían prescindir sin poner en peligro su existencia misma... (La tradición) cohesiona este ejército en marcha que es la patria o la comunidad-cultural, integrado por los seres hoy vivos, por los que ya son sombras venerables y pasadas y por los que vendrán en el futuro esperado. Tradición es aquello que sin perder su inmutabilidad intrínseca presenta en el curso de la historia manifestaciones de diversidad analógica. Tradición es... la forma sustancial de un pueblo, como es su materia prima el medio geográfico, la raza y el idioma... Es transmisión, y sólo se transmite lo perdurable... No es una nostalgia sino una esperanza».

Se pone en peligro la existencia de un pueblo, si se pretende prescindir de su tradición: «Si el abandono de la vocación personal conduce al irremisible fracaso, ¿qué puede esperarse sino esterilidad y anquilosis como fruto de los desvíos colectivos? Sólo cabe avanzar con paso firme por el camino de la tradición, porque ella es la conformidad de la existencia nacional con el ser nacional»⁵⁶.

El humanismo protestante, en su afán innovador, se aparta cada vez más de la tradición. Lo antiguo es declarado oscuro; rémora del avance, del



«Tradición no es clavar el tiempo y rechazar su curso;
no es hacer arqueología; no es repetir servilmente actitudes y
modas definitivamente sobrepasadas...»

progreso; prejuicio, «preocupación». Y lo nuevo* o moderno es equiparado con lo bueno y positivo.

F) Una última oposición entre orden hispano-cristiano y orden moderno, que subraya Eyzaguirre, es la del absolutismo afincado en la antigua Roma, que hace venir el poder directamente de Dios al Rey, quien responde sólo ante aquél, por lo cual el Monarca es su única y propia ley humana, *versus* el príncipe cristiano de cuño medioeval, que recibe el poder del Creador, pero a través del pueblo; que está sujeto al derecho, como cualquiera; y que deviniendo tirano puede ser depuesto, y aún —en casos extremos— ejecutado (el «tiranicidio» del Padre Mariana).

Jaime Eyzaguirre halla el símbolo pétreo y gigantesco del orden hispano-cristiano, en el Escorial y la «desolada y pedregosa llanura de Castilla» que lo rodea:

«Su marco estilístico sigue las hermosas y serenas líneas grecorromanas gratas a la época, pero su interior se aparta del naturalismo y culto exclusivo de la gracia y la belleza que presentan las grandes construcciones (contemporáneas) italianas y francesas... El Escorial es a la vez palacio, monasterio y tumba. Es el sitio donde el Rey gobierna medio mundo, unido a la oración de los monjes y en la contemplación del más allá. La política resulta así una tarea que trasciende al tiempo; el monarca, un instrumento al servicio de Dios, y el recuerdo de la muerte, la advertencia continua de la limitación humana y del encuentro ineludible con la justicia eterna»⁵⁷.

El orden hispano-cristiano produce su imagen humana, el hidalgo, que Eyzaguirre contrasta con el *gentleman* anglosajón:

«Hidalgo es el hombre que sueña la aventura del bien y que tiene el honor muy a flor de piel, aunque cubra a ésta con harapos. Hidalgo es el que no vacila en la defensa de la verdad, aunque le vaya en ello la hacienda o la vida. Hidalgo es el que tiene un ideal al que ajusta su existencia, sin que las transacciones interesadas o el temor le reduzcan el propósito. Hidalgo, en fin, no es el que habla al exterior con ademanes fingidos o atildados, sino el que vuelca hasta fuera el hondo contenido del alma».

La hidalguía no es «una raigambre genealógica», sino «una herencia de bien que hay que actualizar permanentemente con los hechos». «Camina de generación en generación y... se pierde con la falta de cultivo».

El *gentleman*, en cambio —«arquetipo de la nueva cultura», un producto del utilitarismo de Bentham, y del puritanismo, para el cual el éxito económico llega a ser signo de predestinación—, pone «en poseer la materia toda la fuerza de sus sentidos... (realiza) una búsqueda anhelante... (y) especuladora de esas riquezas que le darán más prestancia y bienestar. Por eso, el *gentleman*, a pesar de todos sus estudiados modales, es en el fondo un

mercader; mientras el hidalgo, no obstante su raída exterioridad, es un señor. Porque propio del mercader es saber ganar; y propio en cambio del señor, es saber perder»⁵⁸.

España en América: el auge. Durante sus grandes siglos, pensaba Eyzaguirre (y así se lo escucharía Gandolfo: Capítulo Segundo), la misión providencial de España igualó y aún superó la de Israel.

Viendo la fuerte carga judía de la etnia hispana, don Jaime llega hasta relacionar su sentido misional con el «golpe atávico semita, que ha experimentado una depuración universalista de caridad al contacto de la ley evangélica».

Fue nuestra Madre Patria la inexhaustible «defensora de Dios», consumiendo sus fuerzas humanas, derramando su sangre y gastando su riqueza en un conjunto de tareas titánicas... y a la larga quijotescas, inviables: el amparo de la Iglesia, la lucha contra el Turco, la represión de las herejías europeas, y la conquista, colonización y evangelización de América. Todo de una vez.

Por supuesto, su obra americana es para nuestro biografiado la misión fundamental y la verdaderamente exitosa de España.

El español trae a América una «angustia, la brega diaria del hombre cristiano que pugna por congraciarse el ideal con la realidad, el espíritu con la vida... Ningún otro pueblo conquistador ha sentido esta angustia, porque... es privilegio de los que guardan la luz de la esperanza».

En América se encuentra el conquistador con la materia y con el indígena.

La materia: geografía, clima, flora, fauna, etc.

«De un lado el aire, la luz, el agua, la piedra, sirven de ánfora y hasta de incitación creadora. Del otro la inteligencia, el pensamiento, dan al cuerpo orden y sentido».

No cabe ignorar ni la «materia» (americana), ni la «forma sustancial» (española), el espíritu que sopla sobre aquélla.

Este espíritu no se halla «amarrado a la temporalidad de Occidente». La excede, porque es el aliento «eterno y vivificante del cristianismo», traducido en «palabra redentora... (el hablar) a la criatura de su finalidad trascendente».

Pero el español no solamente ordena, da forma, a la materia americana. Ella «se le revela en todo su vigor y poderío, hasta robarle el cariño». «La ama porque la encuentra inasible... cargada de lenguajes cifrados que no se dejan coger por el filósofo pero que mueven al canto del poeta». Aquí, por la pluma de Eyzaguirre, reaparece Lacunza, quien desea que el Reino de Cristo se cumpla, «no en un cielo empíreo, con mengua y destrucción de la materia, sino en la propia tierra salida de la mano de Dios».

Hicimos ver la intensidad que ponía don Jaime en esta idea lacunciana, como esperanza y anhelo personal.

¿Y el indio prehispánico?

A veces, según la visión de Jaime Eyzaguirre, parece simplemente integrarse en la materia, formando parte indistinguible de ella. Pero esto resultaría incompatible con la fe católica de Eyzaguirre, por lo cual debemos interpretar que, en su concepto, la materia aplasta, domina a ese indígena.

Vive una decadencia, un ocaso, «el ocaso de espléndidas civilizaciones», y los vive sufriendo también el dolor, un «dolor de... agonía». Dolor del azteca, «que aplaca las iras de sus ídolos bestiales con los sacrificios humanos»; del quechua fatalista, «oprimido en las garras de un Estado (el incaico) que no admite el libre vuelo de las individualidades»; del araucano, «que no tiene un cielo de reposo y... se arrastra en la línea sin meta de la guerra y del pillaje, de la borrachera y de la magia».

Con anterioridad al español, Iberoamérica no existía.

«¿Qué vínculo ligaba a las tribus, qué solidaridad geográfica, aparte de la lugareña... antes que el español viniera a dárselas, fundiéndolas a todas en el común denominador católico y cultural?».

Chile, v. gr., no era entonces sino un «estático y contradictorio amasijo de elementos». «Hasta que sobre él vino a soplar el espíritu». «¿Qué hay de común durante milenios desde las arenas del desierto atacameño hasta los helados linderos de la Antártica? Nada más que el deambular de grupos dispares en medio de una naturaleza sin unidad».

Para que «la geografía inerte se anime» —nótese al indígena como parte de la geografía, de la materia, o sujecionado por ellas— es preciso lleguen el «pueblo superior» y «el caudillo de visión alta y voluntad templada» (Valdivia).

Así nacen Iberoamérica y sus distintos reinos, naciones futuras, como Chile.

Dolor del indígena, dolor del español en América. Pero este último trae, amén de su angustia vital, una nueva, «de alumbramiento». Da a luz la cultura barroca de nuestro continente, creación insuperable de aquel «espíritu que sopla».

Una creación hispano-indígena. «No es la planta europea intacta, sino una tercera dimensión de sangre y cultura, enriquecida con aportes dispares y orientada a nuevos y no soñados destinos».

Indios, españoles, materia, espíritu (cristianismo)... su conjunción origina los mestizos deslumbrantes que, como el Inca Garcilaso, hablan «en buena lengua de Castilla», o son autores de los templos y tallas donde, «por sobre el barroco de estirpe española, aflora la naturaleza exuberante de las razas indígenas»...

Más y mejor se expresan éstas a través del barroco americano —asegura Eyzaguirre— que lo que se expresaran por sus viejas y decadentes culturas y civilizaciones, tal cual las hallaron los colonizadores.

Quienes preservaron lo que el mundo prehispánico pueda haber tenido «de valadero», y destruyeron mucho menos de lo que aportaron.

De este modo, por el actuar de España y por su evangelización, el indio americano se libera del antiguo dolor, de las antiguas, sombrías y opresoras culturas que lo abrumaban y, saliendo del ocaso, de la decadencia, amanece y resurge en el barroco.

Esta nueva cultura, la barroco-americana, precisamente por haberla engendrado el choque indígena-español, pondrá particular acento sobre la igualdad racial y la dignidad humana. Para ella, Trento no será una pura abstracción. Así lo manifiesta el legislador de la época, reconociendo que el indígena es un ser humano esencialmente idéntico al español, y promoviendo su libertad y derechos, al ampararlo de la codicia y los malos tratos hispanos.

Se irrita don Jaime cuando los historiadores de izquierda (según decíamos arriba) presentan estas leyes indianas, protectoras del indígena, como letra muerta:

«Ya me parece estar oyendo el viejo argumento de la ineficacia de esa legislación y de la crueldad con que, en cambio, trataron los españoles a los indígenas. Y vendrán para hacer fuerza con el... libro del Padre Las Casas, como si no estuviera probado que su noble celo lo hizo ser más que hiperbólico...».

Y con todo, agrega, la Corte prohibió que circulase en América la refutación que oponía a Las Casas su contrincante, Juan Ginés de Sepúlveda, «partidario de la servidumbre natural de los indios».

Contrasta luego la defensa práctica que muchos españoles hacen del indígena —Luis de Valdivia en Chile, por ejemplo— con los términos despectivos, y hasta conducentes al exterminio de los naturales, que profieren los colonos anglosajones de Norteamérica y que respaldan sus autoridades, jueces y pastores.

«¿Por qué (continúa) los que protestan por el régimen de encomiendas, se guardan de agregar que aun en el peor de sus días fue cien veces más benigno que la esclavitud suprimida por España entre quechuas y aztecas, y que en ese mismo tiempo el indio encomendado tuvo más derechos que los siervos de Europa, como lo reconoció el sabio Humboldt al visitar México poco antes de la emancipación?».

Recuerda después el cariño de los indígenas para ciertos caudillos españoles, como Cortés y Almagro, por el buen trato que de ellos recibían.

Contraponen la justicia —imperfecta y todo— que hacía a los indios la ley indiana, y por la cual velaban el Rey y los gobernadores, al estado de cosas imperante en Norteamérica, donde «la protección legal no existió y... la cacería del indio era un deporte de *gentleman*...».

No niega que otros pueblos posean también un sentido de justicia, pero en base a la utilidad, al paso que los españoles ven «aquella como un movimiento ascensional, místico, trascendente», asentado sobre «el derecho a la salvación eterna que tienen todos los mortales, y que... los hace específicamente iguales». Los arquetipos de esta justicia: «el caballero andante, el misionero, el santo», y no «el hombre de negocios, el banquero, el industrial afortunado».

«Tenemos... los hispanoamericanos una línea tradicional de justicia, propia e inconfundible, que no podemos torcer sin una claudicación suicida»⁶⁰.

España en América: la decadencia. Eyzaguirre registra la decadencia de España y su Imperio, a medida que avanza el Siglo XVII.

La atribuye a la pérdida de aquel espíritu misionero que animó la múltiple obra de la Madre Patria.

«La cruzada ardorosa por salvar la Europa hermanada bajo el signo católico, toca a su fin. El Occidente, en definitiva, no ha escuchado la voz castellana y se enfila resuelto por otras sendas, dejando atrás... al heraldo del medievalismo», España.

Ésta misma, ante el fracaso de su exaltada visión, tendrá el alma «tala-drada de dudas». «La misión universal de la raza está en tela de juicio»; lo mismo «el Estado, como ejecutor de la voluntad ética colectiva». Recobran presencia, «con ímpetus disgregadores» los regionalismos hispánicos.

«Se ignora por qué se vive y si la vida merece ser vivida».

El desencanto y la desorientación llegan a Chile. En una de sus mejores páginas, los ve Eyzaguirre reflejados por los cuadros que el mestizo peruano Juan Zapaca Inca pintara aquel XVII para adornar los claustros de San Francisco, Santiago:

«...San Francisco ha muerto y su cadáver es conducido en devota procesión. A su lado caminan tristes los monjes y un caballero santiaguista, portador de un cirio, eleva con mística unción sus ojos a lo alto. Cien años antes hubiera podido figurar en el *Entierro del Conde de Orgaz*, del Greco, donde tantos hidalgos adustos alzaban arrobados su vista hacia los misterios de la gloria. Pero aquí es el único que escudriña el cielo, y en vano, porque éste se niega a revelar su secreto y permanece hermético. Otras luces, que no son precisamente las divinas, vienen en cambio al encuentro de la escena. Desde el fondo, una ventana abierta hacia el mundo perfila nítida una pla-

zuela de amplios portales. Allí unas damas salen a los balcones para mirar a los galanes que a sus pies pasean con apostura. Dentro, solo y hasta con desamparo del cielo, camina el amor divino. Fuera, desenvuelto, se agita el amor humano. El amor divino va con la muerte, en trance de desaparecer, de enterrarse. El amor humano juega alegre y seguro con la vida que le pertenece»⁶¹.

La fe religiosa subsiste, añade Eyzaguirre, pero decrece hasta desaparecer el espíritu heroico.

Don Jaime mira de través la nueva dinastía —los Borbones franceses— que adviene con el cambio del XVII al XVIII.

Objetivo y veraz, les reconoce, ¿a regañadientes?, sus grandes y beneficiosas reformas administrativas, comerciales, etc.

Pero les reprocha haber traído una razón «libre y desenvuelta», emancipada de la teología. España, asiéndose «a lo extraño como... talismán infalible... imaginará que yendo en esta ruta se librará de quedar ajena al progreso de la vida europea». «El desengaño español es suficiente... para intentar fuera del viejo cauce cualquier solución». «Y así, desde las estructuras políticas hasta las expresiones del pensamiento se van poblando de etiquetas foráneas»⁶².

Todos estos fenómenos se reproducen en América. La cual aporta además otro, exclusivo pero de igual raíz. La materia ya no es subordinada del «espíritu», del cristianismo que se difuma. «Aparece (ante los ojos americanos) como un valor en sí, disociado del espíritu y sin subordinación... (ante éste)... (El hombre americano) va en camino de quedar encadenado al capricho de esta nueva deidad (la materia)... no captada... por un proceso intelectual, a la manera europea, sino sentida y pesada como una tremenda realidad dentro del ser... El problema interior del hombre y las especulaciones del espíritu... (interesan) al criollo cada vez menos. Son ahora las realidades tangibles, las que cogen los sentidos, las que tienden a avasallar...»⁶³.

Ahora, en América, la materia se sobrepone al espíritu.

La emancipación. Don Jaime efectúa verdaderos y originales aportes cuando explica este proceso.

Su interés por él databa de antiguo, quizás enraizando en el actuar destacado que, los años de la Independencia, tuvieron «el Alcalde del año 10», Agustín de Eyzaguirre, y otros parientes. Pero, reconocía, fueron un libro de Marius André —*El fin del Imperio Español en América*— y trabajos de Manuel Jiménez Fernández, el hilo conductor para una nueva exégesis de la emancipación.

Sus causas habían sido reducidas por la historiografía tradicional a una larga serie de «influencias» extranjeras y de «quejas» criollas contra España.

Don Jaime, según ya adelantamos, no rechaza aquellos influjos —de

los enciclopedistas y revolucionarios galos, de los norteamericanos, de los ingleses, etc. — pero los matiza, coloca las quejas en su auténtico marco, y señala otras raíces de la Independencia.

Respecto de los influjos, advierte que nuestro país conoció apenas los escritos político-filosóficos que se hallaron en la raíz de la Revolución Francesa, y que ésta misma fue mal mirada por los aristócratas chilenos (el «mayor escándalo que han visto los siglos», la llamó el liberalísimo José Antonio de Rojas). Y, bien pensado, no era raro que no se avinieran con el movimiento que había guillotinado a su congéneres galos.

Respecto de las quejas, hace notar Eyzaguirre, con datos indiscutibles, que los criollos chilenos resentían, de fondo, ver a *cualquiera* que no lo fuese —incluso a los oriundos de otros reinos americanos— detentar cargos públicos *aquí*. Era el recién liberado regionalismo hispánico, haciendo su debut en nuestros pueblos o reinos.

Agrega Eyzaguirre estas causas suplementarias de la emancipación, nunca anteriormente desarrolladas en plenitud:

—El regionalismo ya dicho, traído de España a América y que ésta reprodujo, acentuado luego con la política «aislacionista» impuesta por los Austria sobre los diversos reinos iberoamericanos para evitar el contrabando.

—Las teorías de los teólogos-juristas del «siglo de oro» hispánico, sobre el origen del poder, su vacío permanente o accidental y los efectos de éste, el reemplazo de los gobernantes, el acatamiento que éstos debían dar a la ley (temas aludidos con anterioridad por el presente capítulo), etc. Principios que hallaban una raíz hispana más antigua todavía, medioeval, en las Partidas del Rey Sabio y en San Isidoro.

Un panfleto independentista, anónimo, que circuló con profusión hacia 1810, despertando ardorosas discusiones, *El Catecismo Político-Cristiano*, fue objeto de minucioso análisis por parte de Eyzaguirre, comprobando éste que, filosóficamente, venía de los tratadistas españoles del XVI y el XVII y de las Partidas. Igual pudo decir y acreditar respecto de otro panfleto de la misma época e intención, el *Diálogo de los Porteros*.

—La abdicación del Rey de España (Carlos IV) y de su hijo y heredero, el futuro Fernando VII («el Deseado») —a quienes presionaba Bonaparte—, y el vacío de poder que ello generó, dando pie para que se desempolvaren y aplicar las teorías antedichas.

—Finalmente, la pretensión de la España liberal en orden a desconocer que los criollos, como lo hicieran los peninsulares, podían —ausentes monarca y herederos— organizar Juntas de Gobierno con un cierto grado de autonomía. Ello, sin perjuicio de su lealtad para con el Rey⁶⁴.

La República Decimonónica. Se nota aquí, en Eyzaguirre, una fuerte in-

fluencia de Alberto Edwards (*La Fronda Aristocrática*), que hace menor la originalidad de aquél. También del *Portales* enciniano, para el tratamiento de este personaje clave.

Comparte don Jaime la admiración por su figura, con don Francisco Antonio y Edwards. «Amó a Chile en su sustancia y no en la teoría... lo sirvió hasta la muerte y no se sirvió nunca de él en la vida». Fue el «creador del Estado» y la víctima de nuestra ingratitud. Aspira don Jaime a escribir su biografía, así como las de Antonio Varas (el brazo derecho de Manuel Montt) y de Rafael Sotomayor (que organizó la victoria del Pacífico), también injustamente olvidado⁶⁵.

Admira Jaime Eyzaguirre, asimismo, el régimen político que instauraron Portales y los pelucones, y la estabilidad y progreso que ese régimen representó para el Chile del XIX.

Celebra, finalmente, la juridicidad, el estado de derecho, que los hombres de leyes del régimen, encabezados por Bello, supieron imprimir tanto en lo público como en lo privado.

Sin embargo, percibió Eyzaguirre lo frágil de una creación político-social cuya base era sólo pragmática —el «peso de la noche»—, sin ancla en la tradición:

«(La aristocracia chilena del XIX) es capaz de imponer una vigorosa estructura a la sociedad y salvarla de la anarquía. Pero el orden que así brota no es en manera alguna de raíz teológica, como en el viejo sistema desaparecido, sino pura inspiración positiva. Ya no se trata de dar un impulso cristiano, caballeresco y misional a la vida, sino de asegurar el equilibrio de las cosas. No se busca un orden interno, sustancial, ontológico, sino un orden externo, legal, positivo. Si caben comparaciones, podría decirse que la cultura virreinal, en su momento culminante, fue un *ordo amoris* a la manera medieval, mientras el régimen “pelucón” chileno fue un orden jurídico, a la antigua usanza de la Roma clásica».

El débil cimientto de semejante creación se acentúa cuando, desde mediados del XIX, el peluconismo —en general católico, aunque débilmente, sin el sentido español de misión— es desplazado por las corrientes liberales. En ellas predomina la indiferencia religiosa, cuando no declaran un franco agnosticismo. Se suman, último cuarto del siglo, los influjos positivistas y cientistas, para que el orden republicano, el «equilibrio de las cosas», no tengan sino un sustento de clase (la aristocracia) y jurídico (la ley positiva). Más grave todavía, para que se desvincule de la tradición hispano-católica y aun la repudie.

El basamento jurídico —el estado de derecho— es para Eyzaguirre una clave irreemplazable de nuestro ayer, hoy y mañana republicanos. Parece

incurriera aquí, sin embargo, en una cierta contradicción, pues Bello funda la juridicidad decimonónica sobre la ley positiva y no sobre el derecho natural. También, entonces, el estado de derecho se desvincula de aquella tradición hispano-barroca. Sin embargo, don Jaime insinúa lo contrario: la ley republicana no sería «una forma invariable, unívoca, sino... un principio eterno de justicia, que debe adaptarse analógicamente a las necesidades de los tiempos». Pero la legislación positiva no puede ser «principio eterno de justicia» sin reconocer la primacía del derecho natural. Y es claro que Bello y el Código Civil no lo hicieron, ni quisieron hacerlo. Así lo reconoce el propio Eyzaguirre, por lo demás, al recordar la definición de «ley» que contiene el artículo 1º de ese cuerpo jurídico —una definición puramente formal—, y el papel menudado que don Andrés asignaba al juez... «aplicador casi automático de la norma imperante... (sin) libertad para actuar subjetivamente»⁶⁶.

El Siglo XX. Eyzaguirre fue muy negativo para enfocar nuestra Historia durante este siglo, el último del milenio.

Con Edwards, subrayó la decadencia terminal de la aristocracia, pero no por causa de la «plutocratización» que le imputaba el autor de la *Fronde*. Aquella, para nuestro biografiado, era solamente un síntoma, y los males verdaderos de la clase rectora, el extranjerismo de costumbres e ideas, el consiguiente «desvanecimiento (en ella) de la conciencia nacional», la frivolidad, el despilfarro, y la declinación ética. Vicios que la hicieron fracasar como conductora del país durante el parlamentarismo extremo (1891-1925).

El «despertar de los nuevos estratos» —clase media, pueblo— se dio bajo el signo de las injusticias y graves sufrimientos materiales y éticos que los abrumaban, por una parte —la llamada *cuestión social*—; y por otra ese despertar fue, tanto para la «aristocracia terrateniente» como para la «oligarquía plutocrática», un «fenómeno sin sentido y de proyecciones impalpables».

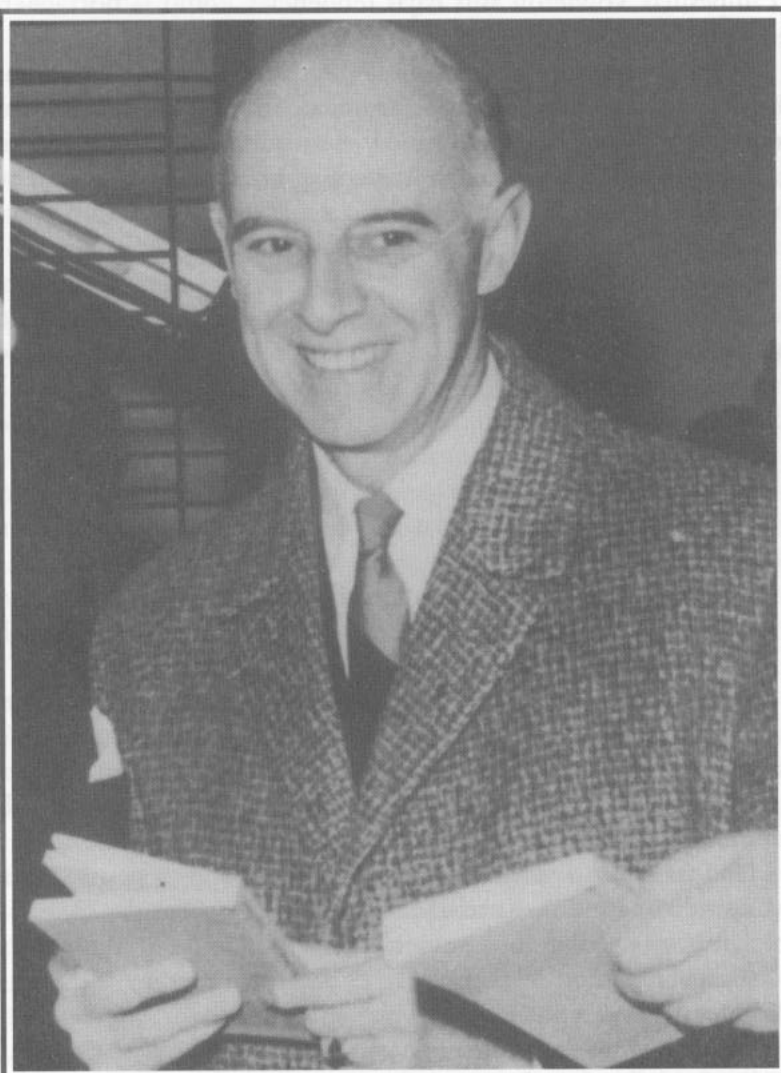
«Ambos grupos dominantes vivían ensimismados y extraños al ritmo dinámico que iba tomando la Historia».

Ésta los dejó atrás, sin que siquiera se diesen cuenta.

Tampoco era laudatorio Eyzaguirre con la clase media:

«Por (su) súbito crecimiento careció de verdadera maduración... Exhibió... una fisonomía híbrida e insegura frente a las claras y auténticas del “caballero” y del “roto”. Su temor a merecer el desdeñoso epíteto de “siútico” con que la lapidaban desde arriba, la hizo vivir a menudo en perpetua fuga de su ambiente, en continua negación de sí misma. Socavada por un fuerte complejo de inferioridad, acechaba al aristócrata con resentimiento, pero no podía resistir a la tentación de imitarle en sus costumbres...»⁶⁷.

El pueblo campesino conservaba una «pasiva dependencia del patrón»,



20 Jaime Eyzaguirre en la librería de la Casa Central de la Universidad de Chile.

«debilitándose gradualmente» sin embargo, o aun perdiéndose para siempre, «la convivencia de tipo familiar mantenida por cientos de años entre patrones y trabajadores». Tuvo ello duro impacto sobre «el ascenso espiritual de la masa campesina». Volvieron «sus bajas tendencias, como la borrachera y el crimen».

Mientras, «las masas obreras de las ciudades y de los centros mineros del Norte... (en una) condición desmedrada... iban tomando conciencia de su poder». Incubaban ya el anarquismo y el socialismo marxista. Las primeras huelgas fueron «reprimidas de una manera sangrienta». Pues la clase rectora no admitía la menor regulación del trabajo y, más ampliamente, no visualizaba (señalamos ya) la hondura de nuestro problema social.

La enseñanza, el gran orgullo y éxito del parlamentarismo chileno, adolecía no obstante de graves defectos... la extranjerización, la idolatría de un «cientismo analítico y pretencioso», el descuido en formar el carácter, y el hecho de desenvolverse «de espaldas a la historia y el alma chilenas». Consecuencias: no plasmaba las voluntades, ni «cerebros aptos para las grandes síntesis», ni estadistas honrados y eficaces.

El panorama del Chile pos parlamentario, de 1925 hacia adelante, que traza Eyzaguirre y que parte de las anteriores caracterizaciones, resulta así sombrío y amenazador.

Por ello ha sido acusado de catastrofista, relacionando esto con su origen social, supuesta idealización «conservadora» o «tradicionalista» del Siglo XIX, y —aún— antecedentes lacuncianos.

La verdad es que el catastrofismo se apoderó de Eyzaguirre, en efecto, pero al final de sus días —mediando los años '60— y por razones más religiosas que político-sociales, según nos dirá el Capítulo Cuarto. Y sería entonces un ánimo completamente profético de las jornadas de luto y de sangre que nos esperaban, y que él, por fortuna, no alcanzó a presenciar.

Hasta esa época, Eyzaguirre —aunque de naturaleza pesimista, ya se ha visto (Capítulo Segundo)— no lo era totalmente respecto de Chile. Abrigaba esperanzas, que se fueron desvaneciendo, respecto del grupo «hispanista» como eventual redentor del país, que lo conectaría nuevamente con su tradición. Y aún en ese país por redimir, veía signos positivos, v. gr.:

—«sentimiento de independencia y de libertad... (que ha) impedido la entronización de las dictaduras y de los regímenes opresivos para la libertad humana»;

—el estado de derecho, que ya señalamos («¿Qué es lo que anda bien en Chile?», se le preguntaba en 1963; y respondía: «El sentido de juricidad»);

—la prolongada estabilidad político-social, consecuencia de lo anterior;

—«la apertura al diálogo. En Chile el respeto entre los discrepantes ha constituido la piedra angular de la convivencia pacífica»;

—«encarar hondas reformas políticas y sociales en un raro nivel de serenidad»;

—el «acelerado desarrollo en la manufactura»;

—la legislación protectora de los pobres, laboral y previsional; y

—ciertos grupos humanos cuya «labor silenciosa y constante» contrapesa «la desorientación o inepticia de los gobiernos», actuando al margen del «tablero tortuoso de la acción política». Ejemplos de estos grupos: «los ingenieros, que vivifican nuevas fuentes de riqueza y delinean todo el porvenir económico de la República; los médicos, que proclaman hasta lejos de la frontera la capacidad científica de un pueblo joven; los músicos, que abandonan las imitaciones gastadas para cantar las propias posibilidades; los poetas, en fin, que ahondan en la sustancia misma de la tierra para extraer de allí toda una forma virgen de belleza...».

De aquí que pudiera escribir:

«Serena y equilibrada, la patria parece caminar por encima de las crisis económicas y de los sismos golpeadores, hacia metas más promisoras y felices».

Revisando lo precedente a la luz de lo que después sucedió, quizás debiéramos ver en Jaime Eyzaguirre no una presa del pesimismo, sino un optimista desenfrenado.

Pero siempre percibió la crisis que avanzaba hacia un inexorable, aunque desconocido, desenlace. Veía al país pugnando «entre sombras de engaño y muerte, y luces señeras de afirmación». La «definición postrera» de esta lucha, sellaría el «destino final» de Chile. Y así pudo titular el último capítulo de *Fisonomía Histórica de Chile*, «Ser o no ser»⁶⁸.

La historiografía chilena. Eyzaguirre tuvo ideas muy claras sobre sus colegas pasados y presentes. De Alberto Edwards no habló, pero obviamente (dijimos) había asimilado su influencia. Medina era para él un precursor señero en la reivindicación de España, a través del múltiple y cuantioso tesoro documental que reuniera, relativo a la llamada Colonia. De Encina, señalaba: «Ha vivificado considerablemente la Historia, pero no ha introducido todavía en ella una visión comprensiva de nuestra raza... una síntesis completa de nuestro proceso histórico en los tiempos coloniales». Le achacaba el no conocer bien ni la Historia de España, ni la del resto de América.

De Barros Arana trató numerosas veces, y siempre para afirmar lo mismo. Le reconocía «material informativo extraordinario», «claridad y método ejemplares», un estilo inimaginativo, pero «severo y correcto». Encuadrada su obra «en los moldes del más riguroso positivismo», quiso con ella demostrar

«la efectividad de la ley del progreso indefinido, entonces de moda». Esto involucraba el repudio absoluto del pasado colonial y, consiguientemente, de la tradición chilena. Don Diego (seguía diciendo Eyzaguirre) careció de «ecuanimidad» y «estaba cargado de prejuicios anticatólicos», respirando por ello «sectarismo y odio a España».

Atribuía don Jaime a la historiografía liberal del XIX —Barros Arana en primera fila— buena parte de la responsabilidad porque el chileno exhibiera «desconfianza en sus propios valores», «negación de sí mismo», «abandono de grandes objetivos nacionales», «desintegración oportunista y mezquina de la vida política», etc. «Fueron la cosecha inevitable de la orientación impartida sin descanso a través del libro y de la cátedra»⁶⁹.

Legado historiográfico de Eyzaguirre. Todo lo que antecede permite resumir el aporte de Jaime Eyzaguirre a la historia patria:

—Por primera vez nos insertó en la Historia de la Cultura, occidental, española e iberoamericana.

—Junto con Encina, y teniendo por base documental la medinense, amén de dilatadas investigaciones propias, Jaime Eyzaguirre reveló ampliamente, y también por vez primera, el mundo «colonial». Éste —dos siglos y medio de nuestra Historia— había sido hasta entonces sólo un prolegómeno negativo y poco importante de la era republicana... algo para rechazar y olvidar.

—Contribuyó de manera decisiva a desvirtuar la leyenda negra antiespañola en Chile, verdad de fe cuando don Jaime iniciara su labor historiográfica. Es probable que exagerase los tonos hacia el extremo opuesto, pero hoy ello nos aparece como una necesidad dentro de la polémica suscitada, para restablecer el equilibrio.

—Renovó, asimismo decisivamente, la interpretación de la Independencia Nacional.

—Aportó de modo muy considerable a la Historia de nuestros límites, y de los títulos de Chile sobre su territorio.

—Hizo pioneras incursiones en la Historia de Chile pos 1891, estableciendo hechos, y tirando líneas de análisis que conservan vigencia hasta hoy⁷⁰.

B) EL «HISPANISMO» DE JAIME EYZAGUIRRE

Usaremos el término, aunque él lo rechazaba formalmente. «Hispano», sí, pero no «hispanista». Ya que éste, decía, es el «extraño que admira desde fuera rasgos de la cultura ibérica». «Ser hispano para el chileno es signo de filiación, no postura servil e imitativa». Los discípulos de don Jaime rechazaban igualmente el apodo de «hispanistas», «palabra mal empleada y que carece de sentido», decía Guillermo Blanco⁷¹.

Veamos primero lo que *no* era el hispanismo, así concebido:

—No fue una postura ni acción política de carácter contingente. Eyzaguirre pensaba que del hispanismo vendría, a la larga, la redención de Chile —lo cual implicaba la necesidad de, algún momento, asumir dicha contingencia—, pero lo pensaba para un futuro lejano, y como un efecto natural e inevitable, no querido ni buscado... particularmente no querido ni buscado por él. De la misma manera, diríamos, que su maestro el Padre Vives propugnó un actuar apolítico de los católicos en el campo social, para que mucho más tarde surgiera de ese actuar (creía), de manera espontánea, un «partido popular católico» como el italiano (Capítulo Segundo).

—El hispanismo no sería fascista, ni nacionalista. Jaime Eyzaguirre y sus discípulos directos, hemos visto, rechazaban el ingrediente totalitario del fascismo, y cualquier tinte chauvinista, «expansionista» o xenófobo que expresara el nacionalismo. Rasgos que no era raro aparecieran en éste, aunque no siempre ni por parte de todos sus adherentes.

No quita lo anterior que entre los nacionalistas chilenos hubiera admiradores de España y su obra americana, admiración eventualmente confundida con el apoyo puntual a Franco y su régimen. Este apoyo tampoco faltaba entre los seguidores de Eyzaguirre pero, hemos podido apreciar, no era universal. Ni formaba parte, veremos, de la filosofía o ideario hispanista.

—Recalquemos que no hubo xenofobia en don Jaime y los hispanistas, aunque se les haya solido imputar ese defecto. Eyzaguirre no fue anti francés, ni anti inglés, ni anti norteamericano. Si lograba salvar de algún modo la barrera de los idiomas extranjeros (los cuales, hemos dicho, ignoraba), le era perfectamente posible establecer una relación cálida con personas de esas nacionalidades. V. gr., con el importante historiador estadounidense de «la lucha por la justicia en la conquista de América»*, Lewis Hanke. Hanke trataba los mismos temas que Jaime Eyzaguirre, y lo hacía muy originalmente; se le veía equilibrado e imparcial respecto de la colonización española... y hablaba fluido castellano.

* El título de su obra más conocida, sobre la gran polémica en torno a la igualdad indígena-española, que se libró ante Carlos V y de la cual fue figura destacada Bartolomé de las Casas.

Lo que no admitían los hispanistas era que se quisiera romper con la tradición y cultura de la Madre Patria, y buscar otros modelos ajenos a ella. Esta tendencia, y sus sostenedores —v. gr., Sarmiento (Argentina) y Lastarria (Chile)—, fueron tratados por Eyzaguirre desplegando rigor, desprecio y burla. Los pueblos hispanoamericanos, «pobres advenedizos sin pudor —tronaba— han corrido a la zaga de los vencedores con las babas del adulo y las contorsiones simiescas de la imitación». «Ridícula cuando no trágica parodia», la que protagonizara «nuestra estúpida América de la apostasía»: parodia del «federalismo yanqui, el jacobinismo francés y el parlamentarismo británico», «propia y legítima evolución» para respectivamente los EE. UU., Francia y Gran Bretaña, ¡mas no para nosotros!⁷².

Pese a todo, si algún país provocó en Eyzaguirre algo similar a la xenofobia, fue el «buen vecino» del Norte.

Don Jaime y los hispanistas le tomaron mucha distancia por su conducta crecientemente imperial hacia Iberoamérica, según ellos evidenciada primero, como vimos (Capítulo Tercero), en la presión para que rompiésemos con el Eje durante el conflicto 1939-1945; después en el anticomunismo de la Guerra Fría; y después aún, en episodios intervencionistas como el de Guatemala (1954) —derrocamiento del Presidente Arbenz—, que *Estudios* censuró fuertemente⁷³.

Pesaba además el factor económico: «Otras manos que las tuyas (las de Iberoamérica) son las que recogen las riquezas de sus entrañas», advertía Eyzaguirre. Y: «Manos fuertes y ávidas han aprovechado su cuerpo cargado de impudicia, porque como una vil cortesana está pronta a entregarse al primer triunfador»⁷⁴.

Desde un segundo ángulo, nuestra imitación de la cultura norteamericana fue haciéndose cada vez más amplia y servil —un fenómeno mundial—, y esto desesperaba a los hispanistas.

Los tres imperialismos del coloso nortino —político, económico y cultural— convergían en Puerto Rico, una antigua nación hispánica que se norteamericanizaba aceleradamente, bajo la dominación vergonzante y ambigua, pero férrea, de los Estados Unidos. Para don Jaime y sus amigos, el líder del nacionalismo e independentismo portorriqueño, Pedro Albizu Campos —permanentemente encarcelado—, era un héroe continental. El año 1950, dos seguidores isleños de Albizu intentaron penetrar en la Casa Blanca y asesinar al Presidente Truman (que dormía pacífica siesta). Uno de ellos murió durante el enfrentamiento con la guardia del edificio. Eyzaguirre, el doctor Barahona y Gonzalo Vial convocaron mediante la prensa a una misa por el eterno descanso del pistolero difunto, en la parroquia de La Asunción (Avenida Vicuña Mackenna). La dijo el párroco, Pedro Nolasco Donoso, el

mismo exaltado sacerdote que páginas atrás vimos censurar el «judaísmo» de *Estudios*.

Llegó a tal grado la anafilaxia de Eyzaguirre con los EE. UU., que nunca visitó a Jaime hijo, cuando estudiaba allí. ¿Para qué? —se preguntaba—. No tendría otra cosa que ver sino la biblioteca de la Hispanic Society y las misiones franciscanas de California⁷⁵.

Con semejantes antecedentes, no extrañará el rechazo terminante del «panamericanismo imperialista y sin alma» que hacían los hispanistas:

«... El vacío de la unidad vital ha pretendido llenarse con la invención del panamericanismo... (Al) hispanoamericano carente de fe, la doctrina Monroe debía presentársele como un refugio en su inferioridad. Sugestionado de su impotencia, acabaría por confiar su defensa a manos más fuertes. De esta manera, al abdicar de su independencia espiritual y... borrar dentro de sí el sello de lo propio e inconfundible, vino a parar en mero apéndice de la gigantesca usina yanki»⁷⁶.

—El penúltimo rechazo de Eyzaguirre y los suyos estaba reservado al indigenismo o indoamericanismo, «romántico y marxista»:

«... El intento panamericano de infundir en el cuerpo del Quijote un alma de mercader debía traer a la postre una reacción de falso e incompleto contenido. La exaltación del indio como forma de cultura americana, tal es el canon de la nueva tendencia. Rehuye la tutela anglosajona en un legítimo impulso de voluntad, pero a la vez abandona y desconoce lo español como factor determinante en la convivencia de los pueblos del Nuevo Mundo. Y nada... más necio y ajeno a la realidad histórica... que esta actitud indigenista que, tras su apego a lo autóctono, estático por esencia y carente de visión universalista, pretende expulsar del solar americano el factor hispano, olvidando que él se ha adentrado por proceso de siglos y ha llegado a constituirse en elemento medular».

—¿«Latinoamérica»? Tampoco. «Denominación... más inofensiva y menos falsa, disfraza malamente el propósito de diluir el nombre español en una fórmula genérica, que dará cabida preponderante a otras naciones, muy ilustres sin duda, pero que no estuvieron presentes en las etapas culminantes de la conquista y colonización»⁷⁷.

Reiteremos que la cultura iberoamericano*-colonial es mestiza, indoespañola. Pero en los hispanistas, la «sábana materna», Encina *dixit*, lo indígena, aparentemente no reviste tanta importancia. Para Eyzaguirre, v. gr. —según se recordará—, los componentes peninsulares de nuestra idiosincracia: etnia, idioma, arte, religión, el dolor cristiano y el de «alumbrar» una cultura,

* Los hispanistas a veces hablaban de Hispanoamérica, y otras de Iberoamérica, término más amplio y que comprendía Brasil.

tenían mucho mayor trascendencia que los componentes indígenas: raza, dolor de su decaer y su opresión, materia.

Eyzaguirre lo dice de mil maneras sutiles, y sus discípulos con menos precauciones. Es «verdad quemante», señala Guillermo Blanco en *Estudios*, ya lo vimos, que los araucanos combatieron primero a los «Martínez, Pérez y González» monárquicos y españoles... y luego a los mismos, pero chilenos y republicanos⁷⁸.

—Finalmente, anotemos que el hispanismo no integra el pensamiento histórico de Eyzaguirre, aunque se deduzca de él.

¿En qué consistió? ¿Cómo se produjo su aparición?

1. Los hispanistas pensaban que un país se negaba a sí mismo, destruía algo de su propio ser, si desdeñaba sus raíces culturales.

2. Éstas, para Iberoamérica, eran españolas e indígenas. Pero de la España Austria, no de la actual (por eso, cabía perfectamente el hispanismo sin franquismo). Y los hispanistas, vimos —aunque no lo dijeran y quizás no lo pensarán con claridad—, consideraban el aporte indígena de inferior importancia y subordinado al español.

3. El hispanismo consistía en «remontarse a lo propio», aprovechando sus raíces para crear una nueva cultura, «analógica» de la barroco-americana pero, naturalmente, no idéntica a ella. Una cultura, pues, que realizara en el presente, adaptándolos (no copiándolos), los grandes postulados de su antecesora. Especialmente la igualdad esencial de los seres humanos (Concilio de Trento, la «polémica de Indias» del XVI), la protección a los débiles (Las Casas, derecho del trabajo) y la existencia de una comunidad regulada de naciones (Vitoria, derecho internacional).

4. Si olvidaba sus raíces, Iberoamérica no podía crear ninguna cultura auténtica y, por tanto, eficaz. Ello no implicaba una «autodeificación retrógrada y estática». Tampoco rechazar aportes valiosos de otros orígenes, siempre que no ofendieran la idiosincracia iberoamericana.

5. La nueva cultura «relanzaría», en distintas manos, la misión universal de España. Significaría la «comunidad de las naciones de Iberoamérica, con las que tenemos una efectiva solidaridad de cultura». Era preciso, a ese fin, «apartar la vista de una Europa mortalmente desgajada».

Iberoamérica necesitaba «luchar UNIDA para poder surgir después UNIDA en la Historia, como la gran fuerza política del futuro, destinada a implantar en el mundo la justicia de un Orden Cristiano Universal».

Como se ve, la acción política se concebía en el largo plazo; en un plano mundial, no local; y protagonizada no por uno o varios países aislados de Iberoamérica, sino por ésta toda y unida. Que retomaría aquella misión

universal, abandonada por una España exhausta el XVII.

«Mirar a nuestro ayer, a lo que fuimos, con respeto y con esperanza de lo que seremos», resumiría Guillermo Blanco⁷⁹.

Muchas de las ideas que anteceden tenían un predecesor evidente, que Eyzaguirre no ocultaba sino que difundía con entusiasmo: Ramiro de Maeztu y su *Defensa de la Hispanidad*.

Sin embargo, sabemos por Gandolfo que Eyzaguirre, en el fondo, iba más allá: aspiraba a que Chile fuese el líder de este proceso. Recordemos: nuestro país, «casi sin Historia, tan escaso de vestigios y expresiones de su alma», mostraba no obstante «gérmes de grandeza, indicios de un fuego oculto depositado antaño por sus fundadores». «De súbito —afirmaba don Jaime—, me sacude un estremecimiento... el de la visión confusa de lo que podríamos ser... Es la contemplación del pasado... la grandiosidad de una fuerza que se levanta del caos y pasa a través de nosotros».

En España, el '47, sería más explícito:

«Existe en Chile, mi patria, un núcleo resuelto, moldeado en la lucha diaria y libre de todo compromiso y traba, que ha ido a buscar en la Escritura y la Literatura esa sólida envergadura religiosa que no podía dar el gastado individualismo sensiblero; que ha permanecido atento y comprensivo a los grandes reclamos de la justicia social, sin exigir al pueblo compensaciones electorales de ninguna especie, y que se esmera en descubrir la esencia de nuestro destino a través de la Filosofía y de la Historia». De momento, sólo es un «testimonio», pero «si llega a marcar estilo y huella en la vida de mi patria, la cultura hispánica habrá conquistado una nueva y vital posibilidad en el curso de su fluctuante existencia».

Él mismo, sin embargo, confesaba a Gandolfo una secreta duda: la razón le decía «otra cosa... que el tiempo nos aleja cada vez más de esa hora». «Alguien... se reirá mañana de ese iluso que fui».

Aquel viaje a España de 1947, es fundamental para la génesis del hispanismo eyzaguirreano. Dijo don Jaime, de regreso:

«A España la he seguido siempre con ansias vivas y anticipadas nostalgias, como se siente algo propio, como se ausculta lo que se lleva dentro del ser».

«Y España no me defraudó».

Dictó nuestro biografiado un curso de doce semanas en la Universidad Central de Madrid —*Evolución política y constitucional de Chile*— y conquistó amigos fieles y definitivos. Se le tendía alfombra roja, parte por su hispanismo, parte porque a la propaganda española le interesaba cultivar una figura de tanto relieve intelectual. Lo condecoraron. Nunca sería, sin embargo, propagandista del Caudillo, si bien admiraba su obra de gobierno, y la manera cómo había mantenido la independencia de España ante el Eje, du-

rante el conflicto mundial, y luego ante el comunismo y las democracias en la posguerra.

Don Jaime y la señora Adriana llegaron a ser expertos conocedores de la geografía española. En particular Castilla representó para Eyzaguirre como una síntesis de todo lo admirable... paisaje, arquitectura, pueblo, personalidad, fe, arte, historia.

«Para un chileno (diría inmediatamente después) ir a España es salir de la visión exterior de la patria, y entrar al conocimiento medular y místico de la misma. No se camina por España gozando tan sólo de ese placer estético que brinda Italia, la madre del arte, o de esa facilidad del pensar que ofrece Francia. Se va por las tierras de España con la mano en el corazón y con los ojos llenos de esperanza».

«Porque en el polvo del camino está disuelta la carne y los huesos de mil generaciones heroicas que nos abrieron paso en la Historia, que sintieron y obraron anticipadamente por nosotros, que llevaron nuestra ardorosa sangre castellana, y dirigieron al mismo Dios y en el mismo idioma la plegaria eterna del Padre Nuestro. Cada piedra que vemos y tocamos es como un hito glorificador de una raza que ha llenado con su nombre las cuatro fronteras del mundo, que se ha derramado abierta y generosa por todas las latitudes en esa simbolización noble y soñadora del Caballero de la Triste Figura. Cada piedra nos habla de lo que fue un pasado, que abruma de grandeza...».

Y, quijotesco al fin, lo atrajo la estoica resistencia de España ante la presión «democrática», aquellos años, «el noble tono de serenidad con que el hombre de esta tierra mira al enorme mundo hostil que la rodea». En el fondo, apreciaba que la Madre Patria se mantuviese fiel, cuando menos aparentemente, a las esencias hispánicas que para Eyzaguirre eran cada vez preciosas.

Se vivía, entonces, el pleno ostracismo de España, pos Segunda Guerra Mundial, y tanto el viaje como la acogida y la condecoración, molestaron a los antifranquistas de Chile, entre quienes no faltaban miembros de la Falange. Un sacerdote de esta misma tendencia, movió a los alumnos de Derecho de la Católica, para que pidiesen que don Jaime fuera removido de las cátedras que desempeñaba allí. Mas otros lo defendieron, y nada pasó. Desde la distancia, gozaba el maestro —nunca hombre de rehuir combates— con estas soterradas escaramuzas:

«... Se me hizo entrega de la Cruz de Comendador de Isabel la Católica, contribuyéndose así con un botón más de muestra al inverso homenaje que me rendirán los falangetas a mi regreso...».

«A su regreso», halló una novedad que no le cabía haber previsto: la difusión en Argentina y Francia de supuestas declaraciones privadas suyas, contrarias a la Iglesia Española. Las desmintió en *Estudios*. Aprovecharía para

proclamar —allí, y también mediante ocho conferencias chilenas— el «espléndido futuro inmediato» de España, su «resurgimiento material e intelectual» y, «lo que más me interesa subrayar», «su bella y ejemplar catolicidad». Presenciaba la Madre Patria, «un presente que se levanta por la sangre y por la angustia, con dignidad prometedora de lo que será un porvenir de servicio a la verdad, abnegado y sin contemporizaciones». Alabaría, de España, la «obra de justicia social», el «impulso considerable de la investigación científica y de la vida universitaria», y la juventud «sana, estudiosa y trabajadora» que conociera durante el viaje.

Esta juventud, agregaba el año 1948, le pareció «noble», «inquieta y eternamente insatisfecha... buscadora incansable de la perfección absoluta. Es una juventud tan joven, si pudiéramos decirlo (añadía), tan posesionada de su misión renovadora, de su gran deber con la comunidad y con la Historia, que realmente conmueve y obliga a la vez a imitarla».

«Aquí (en Chile) la recuerdo y con nostalgia —terminaba—, pues vamos en un declive progresivo».

Si pensamos que esta misma juventud española, ya madura, haría la transición pos Franco, nos asaltarán la sospecha de que don Jaime se dejaba arrastrar por el optimismo hispanista, viendo exclusivamente Quijotes donde sin discusión —el tiempo lo diría— se juntaban numerosos Sanchos.

Todo lo que precede, sin embargo —advertía Eyzaguirre— lo afirmaba como «estudioso», no como «político», y «sin ningún compromiso con el régimen político en funciones». Si era ajeno a la política chilena, «mal me metería a ejercerla en casa ajena, donde mi consejo y mi acción no han sido requeridos ni necesitados en modo alguno», terminaba diciendo.

La nostalgia de España, de Castilla, jamás lo abandonará... «hombre de dos patrias (dice Fernando Silva), que motivo tiene para vivir dolido por ambas». Cuando Silva, desde la Madre Patria, le explique su «alborozado descubrimiento de Andalucía», la réplica de Eyzaguirre será: «Andalucía es la novia, pero Castilla es la madre».

¡Cuántas veces, en diálogo vivo y nervioso, recordábamos nuestras experiencias por los caminos españoles! ¡Cuántas, en torno a humeantes tazas de chocolate, acompañadas por crujientes churros, Jaime Eyzaguirre, después de las labores diarias, revivía para sus ayudantes el pasmo que había sentido al seguir la huella de los conquistadores, de la reina doña Isabel, de su nieto don Carlos...!».

Avanzando los '50, comenzando los '60, debió comprender Eyzaguirre que no vería cumplirse su sueño hispánico para Iberoamérica y Chile; que los tiempos, las ideas, el arte, la juventud del antiguo Imperio Español, tomaban un rumbo completamente ajeno a la tradición barroco-americana, y para él un rumbo negativo y pernicioso⁸⁰.

REFERENCIAS DEL CAPÍTULO TERCERO

- ¹ RAFAEL GANDOLFO, *Memorias de la otra existencia*, págs. 110-112. EDUARDO TODA OLIVA, *Ante la muerte de Jaime Eyzaguirre* (en revista *Mundo Hispánico*, Madrid, Diciembre de 1968). FERNANDO SILVA, *Semblanza de Jaime Eyzaguirre* (en *Boletín de la Academia Chilena de La Historia*, N° 86, 1972).
- ² Jaime Eyzaguirre a Eduardo Frei, Santiago, 16 de Agosto de 1964. Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi. *¿Reforma o demolición de la Iglesia?*, en *Finis Terrae* N° 50, 1965.
- ³ Jaime Eyzaguirre a Adriana Philippi, carta de 10 de Enero, sin año ni lugar. Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi. Julio Philippi, "mi más querido y venerado hermano" (Jaime Eyzaguirre a Sara Izquierdo, carta de 4 de Enero, sin año ni lugar. Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi). «Varios años hace ya que me despedí del más querido hermano, yerto en su envoltura corporal pero impregnado en ese misterioso halo del justo...» (JULIO PHILIPPI, *Jaime Eyzaguirre*, en *El Mercurio*, 18 de Septiembre de 1972). Entrevista a Adriana Philippi.
- ⁴ Entrevistas a Adriana Philippi, Rafael Eyzaguirre y Javier González.
- ⁵ Citado por CRISTIAN GAZMURI, MARIANA AYLWIN y JUAN CARLOS GONZALEZ, *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, pág. 21.
- ⁶ FIDEL ARANEDA, *Cómo se pasa la vida... Recuerdos íntimos*, pág. 572. Testimonio de Gonzalo Vial.
- ⁷ Jaime Eyzaguirre a Hugo Montes, Santiago, 18 de Mayo de 1959, en HUGO MONTES, *Evocación de Jaime Eyzaguirre*, págs. 21-22. Entrevista a Armando de Ramón.
- ⁸ Entrevista a Jaime Eyzaguirre Ph. *El Mercurio*, 23 de Julio de 1989. GUILLERMO PUMPIN, *Jaime Eyzaguirre, profesor* (en *Boletín de la Academia Chilena de La Historia*, N° 80, 1968). Isabel Eyzaguirre en *El Mercurio*, 20 de Diciembre de 2001.
- ⁹ Entrevistas a Adriana Philippi, a Jaime, Rafael, Isabel, María Paz y María Teresa Eyzaguirre Philippi, y a Armando de Ramón.
- ¹⁰ Entrevistas a Jaime Eyzaguirre Ph. y Walter Hanisch, S. J.
- ¹¹ Entrevista a María Paz Eyzaguirre.
- ¹² ALFONSO LETELIER, *Personalidad del humanista*, en *El Mercurio*, 29 de Septiembre de 1968. Entrevista de Guillermo Blanco a Jaime Eyzaguirre, *El Mercurio*, 10 de Septiembre de 1965.
- ¹³ Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi. Testimonio de Gonzalo Vial.
- ¹⁴ Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi.
- ¹⁵ Jaime Eyzaguirre a Isabel Clara Eyzaguirre, Santiago, 18 de Agosto de 1959. Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi. Jaime Eyzaguirre a Hugo Montes, Santiago, 12 de Febrero de 1964, en HUGO MONTES, *Evocación de Jaime Eyzaguirre*, págs. 24-25.
- ¹⁶ Las citas corresponden a las entrevistas hechas a los hijos que en cada caso se indican.
- ¹⁷ JAIME EYZAGUIRRE, *Perspectivas del cristiano en la encrucijada actual* (en revista *REC*, Septiembre de 1939).
- ¹⁸ Entrevista a Jaime Eyzaguirre por Pedro Milos y Rolando Bianchi, 3° Humanidades, 1967. Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi. GABRIEL GUARDA, *Homenaje benedictino a Jaime Eyzaguirre* (en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 80, 1968), pág. 153. Entrevistas a Adriana Philippi y Gabriel Guarda.
- ¹⁹ Entrevistas a Javier González, Armando de Ramón, Adriana Philippi y Jaime Eyzaguirre Ph. Testimonio de José Pablo Vergara Bezanilla. PATRICIA ARANCIBIA, ALVARO GONGORA y GONZALO VIAL, *Entrevista a Jorge Marshall*, inédita, 24 de Abril de 1989

(Marshall siguió relacionado con Eyzaguirre en la Escuela de Derecho de la Católica, y en la ANEC; no es claro, pues, cuáles recuerdos suyos de don Jaime vienen del Liceo Alemán, y cuáles son algo posteriores). HUGO MONTES, *Conversando con Jaime Eyzaguirre* (en revista *Vértice* N° 7, 1951, pág. 65). PUMPIN, op. cit. en Referencia N° 8, loc. cit. RICARDO LAGOS en *El Mercurio*, 11 de Junio de 2000, ANDRÉS BIANCHI en *La Segunda*, 19 de Mayo de 2000.

- 20 No existía en el Instituto Pedagógico de la Chile, aquella época, un clima antirreligioso, pero tampoco, por supuesto, ninguna formación cristiana incorporada al currículo. De otra parte, y de modo paradójico, fue bajo los gobiernos radicales (1938-1952) que aflojó su severidad el Estado Docente clásico, adquiriendo la enseñanza privada una paulatina, mayor libertad. Ésta intensificó la demanda de profesores titulados para los cursos medios de los colegios particulares. V. gr., si un maestro titulado hacía clases en un colegio particular, podía integrar la comisión del Estado que tomara a sus alumnos el examen anual. A la misma demanda cooperó el fuerte aumento numérico de la educación privada. Necesitando más maestros por este segundo motivo, ella naturalmente también los prefería con título universitario.
- 21 PATRICIA ARANCIBIA, ALVARO GONGORA y GONZALO VIAL, *Entrevista a Ricardo Krebs*, inédita, 26 de Junio de 1989.
- 22 Carta de Jaime Eyzaguirre citada en referencia N° 15.
- 23 PUMPIN, op. cit., loc. cit.
- 24 Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi.
- 25 JAIME EYZAGUIRRE, *Treinta años de la Academia* (en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N° 69, 1963, pág. 7).
- 26 WALTER HANISCH S. J., *Jaime Eyzaguirre*, pág. 304.
- 27 Revista *REC*, N° 52, Abril de 1939.
- 28 Lista completa de los artículos y temas de *Estudios* en BIBLIOTECA NACIONAL, *Bibliografía General de la revista Estudios (1932-1957)*.
- 29 *Estudios*, N°s 206, 1950, y 212, 1951 (Stenger); 33, 1935 (Hamilton); 11, 1933 (Huneeus); 128, 1943 (Beca); 40, 1936 (Arteche); 61, 1937 (S. D. G.: *Reversión experimental...*).
- 30 Id., N°s 19, 1934; y 132, 1944.
- 31 Testimonio de Gonzalo Vial.
- 32 *Estudios*, N° 237, 1954.
- 33 Id., N° 176, Septiembre de 1947.
- 34 Id., N° 156. Enero de 1946.
- 35 Id., N° 180. Enero de 1948.
- 36 JAMES O. BRAY, *La intensidad del uso de la tierra en relación al tamaño de los predios en el Valle Central de Chile*, en *Finis Terrae* N° 24, 1959. También se publicaron artículos del Premio Nobel Theodore Schultz —uno de los grandes partidarios del acuerdo con la Universidad Católica—, sobre desarrollo económico de América Latina, a la luz de las tesis de Chicago (N° 26, 1960) y de Simón Rottenberg, Director del Centro de Investigaciones Económicas de la Universidad Católica (CIEUC) analizando la economía urbana (N° 17, 1958) y el problema de los países de economía retrasada (N° 10, 1956). El CIEUC era la base operativa de los profesores norteamericanos venidos de Chicago. Con su director, fueron fuertemente atacados por los economistas cepalianos, en particular por Aníbal Pinto, desde la revista *Panorama Económico*. Véase GONZALO VIAL Y OTROS, *Una trascendental experiencia académica*, págs. 139 y ss.
- 37 *Finis Terrae*, N°s 42 (1964), 53 (196), 5 (1955), 14 (1957) y 28 (1960). La *Bibliografía General de Finis Terrae* fue publicada por TOMAS P. MC HALE.
- 38 Entrevista a Walter Hanisch S. J. Testimonio de Gonzalo Vial.

- 39 Una muy completa bibliografía de Eyzaguirre por MARIANA AYLWIN (en CRISTIAN GAZMURI, MARIANA AYLWIN y JUAN CARLOS GONZALEZ, *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*), registra 347 libros, folletos, artículos de prensa diaria y revistas, reseñas bibliográficas, etc.
- 40 En otro plano, los *Elementos de la Ciencia Económica* —un manual para estudiantes de media, sabemos, pero clara y concisamente escrito— llevaba once ediciones al morir Eyzaguirre. En las últimas, figuraba como coautor el abogado y hombre de negocios Ricardo Claro, quien mantuvo una gran amistad con don Jaime.
- 41 Ver Referencia N° 19.
- 42 Ver Referencia N° 45. RICARDO KREBS, *Algunos aspectos de la visión histórica de Jaime Eyzaguirre* (en revista *Historia*, No 7, 1968).
- 43 *El Mercurio*, 27 de Octubre de 1974.
- 44 MARIO CESPEDES, *Jaime Eyzaguirre, intento de análisis crítico de un hombre y su obra* (en revista *Aurora*, N° 17, Diciembre de 1968).
- 45 JULIO CESAR JOBET, *La obra histórica de Jaime Eyzaguirre y las cuestiones de límites chileno-argentinas* (en revista *Occidente* N° 257, Agosto/Septiembre de 1974).
- 46 Revista *Atenea*, N°s 377 (Julio/Agosto/Septiembre de 1957) y 378 (Octubre/Noviembre/Diciembre de 1957).
- 47 También el *Conde de la Conquista* fue «encargo», esta vez de un descendiente de don Mateo Toro, Juan de Dios Correa.
- 48 GONZALO VIAL, *Historia de Chile 1891/1973*, Volumen II, *Triunfo y decadencia de la oligarquía*, Cap. Séptimo, especialmente N°s 3 y 4.
- 49 JAIME EYZAGUIRRE, *Chile en el tiempo*, pág. 58.
- 50 RENATO CRISTI y CARLOS RUIZ, *El pensamiento conservador en Chile*, págs. 67 y ss. *Estudios* N°s 53 y 54, 1937, Notas Editoriales.
- 51 Ver Referencia N° 28 del Capítulo Segundo. No deben confundirse los textos de Eyzaguirre anteriores a 1940 (censura episcopal del lacuncismo) con los posteriores a esta fecha. En los primeros, el Reino de Cristo es temporal; en los segundos, no. A los últimos pertenece la entrevista a Eyzaguirre realizada por GUILLERMO BLANCO, *El Diario Ilustrado*, 2 de Diciembre de 1956. En cambio, el ensayo *Muerte y resurrección de Israel* es del año 1938, aunque se haya republicado dentro de *Chile en el tiempo*, libro sin fecha de impresión, pero posterior a 1973. En vida, don Jaime seguramente no lo hubiera reproducido, fiel a su compromiso de no volver a manifestar inclinaciones lacuncistas.
- 52 LENKA FRANULIC, *Treinta preguntas a Jaime Eyzaguirre* (en revista *Ercilla* N° 1.222, 22 de Octubre de 1958).
- 53 Entrevista citada en la referencia N° 51.
- 54 JAIME EYZAGUIRRE, *Introducción al tema de la cultura cristiana*, en *Estudios* N° 205, 1950.
- 55 Ver Referencia N° 42.
- 56 JAIME EYZAGUIRRE, *Historia de Chile. Génesis de la nacionalidad*, pág. 55. Id., *Hispanoamérica del dolor*, págs. 21 y 40-41.
- 57 JAIME EYZAGUIRRE, *Historia de Chile...*, pág. 55.
- 58 JAIME EYZAGUIRRE, *Fisonomía Histórica de Chile*, pág. 19.
- 59 JAIME EYZAGUIRRE, *Hispanoamérica del dolor*, págs. 12-13 y 26-27.
- 60 Id., págs. 12, 13, 17, 27 y 28. JAIME EYZAGUIRRE, *Imagen de la Cultura Hispana* (en revista *Relieves*, del Liceo Alemán, Julio/Agosto de 1942). JAIME EYZAGUIRRE, *Hispanoamérica del dolor*, págs. 43-47.
- 61 JAIME EYZAGUIRRE, *Fisonomía Histórica de Chile*, págs. 75-78.

- ⁶² Id., pág. 81.
- ⁶³ Id., pág. 86.
- ⁶⁴ Las ideas de Eyzaguirre sobre la independencia hispanoamericana y chilena, se hallarán en sus libros *Fisonomía Histórica de Chile*, *Historia de Chile*, y (particularmente) *Ideario y ruta de la Emancipación Chilena* (cita de Rojas en pág. 76). Éste había sido precedido por un estudio que publicó la revista *Atenea* (Nº 291, 1949): *Los presupuestos jurídicos y doctrinarios de la Independencia de América*.
- ⁶⁵ Entrevista citada en Referencia Nº 52.
- ⁶⁶ JAIME EYZAGUIRRE, *Fisonomía Histórica de Chile*, pág. 131; *Hispanoamérica del Dolor*, pág. 36.
- ⁶⁷ JAIME EYZAGUIRRE, *Fisonomía Histórica de Chile*, págs. 167 y 170-171.
- ⁶⁸ Id., págs. 167-175. Entrevista citada en Referencia Nº 52. JAIME EYZAGUIRRE, *Hispanoamérica del Dolor*, págs. 22-23, y *Chile en el tiempo*, pág. 47.
- ⁶⁹ Id., *Chile en el tiempo*, págs. 136-138. *Con don Jaime Eyzaguirre...* (en revista *Relieves*, del Liceo Alemán, 1946).
- ⁷⁰ Contradeciría el carácter biográfico de este libro, extenderse sobre el pensamiento histórico de Jaime Eyzaguirre. Se puede completar su conocimiento con los serios trabajos de Gazmuri y González, en CRISTIAN GAZMURI, MARIANA AYLWIN Y JUAN CARLOS GONZALEZ, *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, y además con RICARDO KREBS, *Algunos aspectos de la visión histórica de Jaime Eyzaguirre* (en revista *Historia* Nº 7, 1968) y *El pensamiento histórico de Jaime Eyzaguirre*, en UNIVERSIDAD ALONSO OVALLE, *Jaime Eyzaguirre, historia y pensamiento*; FERNANDO CAMPOS, *Cristianismo e Hispanidad en la obra de Jaime Eyzaguirre* (en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Nº 94, 1983), y EUGENIO PEREIRA, *Jaime Eyzaguirre, perfil de un historiador* (en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Nº 80, 1968) y UNIVERSIDAD ALONSO OVALLE, op. cit.: ANTONIO DOUGNAC, *Jaime Eyzaguirre y la historia del Derecho*; BERNARDINO BRAVO, *Jaime Eyzaguirre, historiografía chilena y conciencia nacional en el Siglo XX*, y JOSÉ MIGUEL LECAROS, *Filosofía de la historia en Jaime Eyzaguirre*. JAIME EYZAGUIRRE, *Hispanoamérica del Dolor*, pág. 499.
- ⁷¹ JAIME EYZAGUIRRE, *Hispanoamérica del Dolor*, pág. 19.
- ⁷² Id., pág. 38.
- ⁷³ *Estudios* Nº 238, 1954.
- ⁷⁴ JAIME EYZAGUIRRE, *Hispanoamérica del dolor*, págs. 39 y 52.
- ⁷⁵ Entrevista a Jaime Eyzaguirre Ph.
- ⁷⁶ JAIME EYZAGUIRRE, *Chile en el tiempo*, pág. 78.
- ⁷⁷ Id., págs. 78-79. JAIME EYZAGUIRRE, *Hispanoamérica del Dolor*, pág. 30.
- ⁷⁸ *Estudios* Nº 255, 1955.
- ⁷⁹ Ibid. Editorial de *Estudios* Nº 141, 1944. «J» (JAIME EYZAGUIRRE), *Esencia Americana*, en *Estudios* Nº 107, 1941.
- ⁸⁰ Jaime Eyzaguirre a Sara Izquierdo, Madrid, 12 de Febrero de 1947. Jaime Eyzaguirre a Julio Philippi, Madrid, 2 de Junio de 1947 (Papeles de la familia Eyzaguirre Philippi). JAIME EYZAGUIRRE, *Verdad contra resentimiento* (en revista *Estudios*, Nº 176, Septiembre de 1947). RAFAEL GANDOLFO, *Memorias de la otra existencia*, págs. 154-156. Declaraciones de Eyzaguirre en España, reproducidas por *Estudios* Nº 172, 1948. Jaime Eyzaguirre a Hugo Montes, Santiago, 8 de Diciembre de 1948, en HUGO MONTES, *Evocación de Jaime Eyzaguirre*, pág. 19. JAIME EYZAGUIRRE, *España del corazón* (en revista *Relieves*, del Liceo Alemán, Nº 26, 1947).